A detailed portrait of Elisabeth de Feydeau, a French aristocrat and perfumier. She is depicted from the chest up, wearing an elaborate 18th-century hairstyle with powdered hair and a large, dark, feathered wig. Her face is pale with rosy cheeks and a soft smile. She wears a pearl necklace and a dark, low-cut dress with a large, light-colored ribbon bow at the shoulder. Her hands are visible, holding a bouquet of light-colored roses. The background is dark and indistinct.

Elisabeth de Feydeau

El
perfumista
de María
Antonieta

Lectulandia

«Todos los años cambian los gustos; todos los días se necesitan nuevos perfumes para todo; sea químico, entonces». Podría pensarse que estas palabras fueron dedicadas especialmente a Jean-Louis Fargeon, el perfumista del siglo XVIII.

Hijo de la Ilustración, nacido en Montpellier en 1748, Fargeon soñaba con el sol de Versalles y el boato de la corte. Los conocía sólo a través de la lectura del pormenorizado relato que circuló sobre la llegada a Francia de la archiduquesa María Antonieta de Austria, luego de su casamiento con Luis, delfín del reino de Francia. En Montpellier, capital de la perfumería francesa, Fargeon adquirió su habilidad; en París, la transformó en arte. Instalada en la calle de Roule, la tienda se convirtió en el templo de los elegantes y su laboratorio, en el refugio de eruditos y curiosos.

La tienda fue solo una etapa: el perfumista pensaba en Versalles. Podía contar con Madame Du Barry -su clienta- y debía desconfiar de los terribles celos de María Antonieta hacia la favorita. Sin embargo, él logró ver a la joven reina en su Trianón, y le preparó los aromas que más la complacían, adaptados a su gusto y a sus estados de ánimo.

Perfumista de María Antonieta, Fargeon también lo fue de los Hijos de Francia hasta el estallido de la tormenta de 1789. A pesar de ser republicano, siguió unido a la familia real hasta la fuga a Varennes, hasta la prisión en el Temple y hasta su propio proceso.

El perfumista de María Antonieta cuenta la exuberancia y derroche de la corte francesa antes de su caída; narra la historia de la perfumería y de otros oficios —como la guantería o la sombrerería— y la inquietante trayectoria de un hombre de oficio progresista, testigo y actor de una época convulsionada y fascinante.

Lectulandia

Elisabeth de Feydeau

El perfumista de María Antonieta

ePub r1.2
adruki 25.08.14

Título original: *Jean-Louis Fargeon, parfumeur de Marie-Antonette*
Elisabeth de Feydeau, 2005
Traducción: Juana Bigozzi

Editor digital: adruki
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Guillome
A Charles, Aliénor y Cordélia

Prólogo

Mañana, 9 de termidor del año II de la República una e indivisible, yo, Jean-Louis Fargeon, perfumista de la antigua corte, seré citado ante el Tribunal Revolucionario. Tengo urgencia por justificarme de los crímenes que me imputan y que jamás cometí. Es falso que sea un enemigo de la libertad y un seguidor del Antiguo Régimen. Si bien odio el sangriento caos de lo que hoy se llama Revolución, sigo siendo republicano y fiel a la divisa: «Vivir libre o morir».

Desde el 8 de nivoso, por orden del comité de seguridad general, estoy detenido en esta mazmorra. Me arrestaron después de reconocer como falsos los billetes de un pago que me estaba destinado y que traían cuatro norteamericanos a suelo francés. Uno de ellos era el señor Thomas Jefferson, ministro plenipotenciario de su nación y gran amigo de las nuevas ideas. Todos fueron puestos en libertad, pero no por eso dejaron de clausurar mi casa de Chaumont, mi antigua tienda del barrio de Roule y mi laboratorio de Suresnes. Me llevaron al Luxemburgo acusado de ser enemigo del Nuevo Orden y de hacer circular moneda falsa. Refuté punto por punto las acusaciones mentirosas y calumniosas contra mí que, sin duda, provenían de vecinos envidiosos. ¡Triste época la que conduce a los hombres a denunciarse unos a otros! Las prisiones están llenas; el comercio, paralizado y los talleres, abandonados. Demasiada sangre inocente, intrigas, ambiciones y perfidias han marchitado el rostro de la Revolución.

Me reprochan haber tenido carruaje, casas y tierras. ¿La propiedad adquirida en forma honesta es un crimen contra la República? Me acusan de haber servido a los antiguos nobles. Fabriqué perfumes para su uso, pero tenían los gustos y los medios que hacía de ellos mi clientela natural. Sufrí por su dejadez y su ligereza en pagar deudas, que me llevaron a la bancarrota. Tuve las mayores dificultades para recuperar mis negocios. ¿Qué prueba de mi civismo debo dar para que me hagan justicia? ¿Solo con mi buena fe lograré convencer al tribunal de que le devuelvan la libertad y el honor a un ciudadano que nunca dejó de ser un buen patriota? Solo puedo repetir lo que declararé por mi honor después de mi arresto: «Nací hombre, amé la libertad en 1789 y di pruebas de ello».

Soy un hombre de ciencia, partidario del progreso como lo fue mi padre. Mis experiencias, conocimientos e inventos se han aplicado al arte sutil del perfume. París se ha convertido en el centro de las ciencias, de las artes y del gusto. En la química, ciencia cuyos descubrimientos no han dejado de sucederse en el curso de los últimos años, pude explorar caminos hasta el momento desconocidos. Busqué y encontré en la naturaleza lo que, en mis preparados, podía suscitar los movimientos del alma y resucitar recuerdos perdidos. ¿Qué le exigen ahora a mi oficio? Para probar mi patriotismo, ¿debería crear un perfume con el olor de la sangre que flota

alrededor de la guillotina?

¡Ah, ojalá pueda dejar de respirar el fétido olor de la celda, que me aprisiona aun más que los barrotes! Mientras me hielo en esta miseria, el dulce perfume de los días pasados me transporta a los jardines y los salones de un mundo donde florecía, rosa entre los lirios, la difunta reina de Francia. Sí, lo confieso, estoy orgulloso de haber podido exaltar en ella a la mujer, sin haber sido por eso esclavo de la soberana.

Cuando surge ese perfume del pasado, mi vida entera se ordena como yo ordenaba mis preparados aromáticos. El acorde se fija en un principio en el tono mayor, antes de dejar escapar las notas de cabeza que surgen, enloquecidas, vivas, impacientes como la juventud. Luego palpitan las notas de corazón, plenas y vibrantes, como la realización total de una personalidad. Y, por último, pesadas, persistentes y tenaces, resuenan las notas de fondo, presentes desde el primer momento. Ese fue mi arte y esa fue mi vida. Mañana sabré si habrán de quitármela.

I . Las notas de cabeza

1748-1774

El olfato es el sentido de la imaginación.

Jean-Jacques Rousseau

LOS AROMAS DEL MONTE

Las calles y callejuelas de Montpellier, agobiadas por el sol, olían a cidro y bergamota. Los prados de los alrededores, a tomillo cultivado, tomillo silvestre y lavanda. Los que los recogían dejaban secar y destilaban esas olorosas materias primas y se ganaban muy bien la vida. Ningún lugar era más apropiado para la llegada al mundo de Jean-Louis Fargeon, futuro perfumista de la reina de Francia.

En el año 1748, Luis XV gobernaba en el más hermoso reino del universo y el Tratado de Aquisgrán, después de que Francia «hubiera luchado para el rey de Prusia», ponía fin a la guerra en Europa. Montesquieu publicaba *El espíritu de las leyes*. Los franceses se inundaban de *agua admirable* que en la actualidad llamamos agua de Colonia y que habían llevado a esa ciudad los soldados franceses. El niño estaba destinado a la perfumería por derecho de nacimiento, porque en su familia se ejercía ese oficio desde hacía más de un siglo. Primer hijo de un padre con su mismo nombre, lo llevaron a la pila bautismal el 12 de agosto en Notre-Dame-des-Tables. Un antepasado había sido comerciante de lana, y su hijo, Jean, se había distinguido en 1655 como boticario y perfumista de Su Alteza Real Mademoiselle de Orleans con la marca *Vase d'Or*. Se había asociado con Paul Portallès, maestro boticario y perfumista, y Jean Guiraud, maestro boticario de Roquetaillade (Rouergue). Sus hijos no siguieron la carrera paterna: Jean se convirtió en consejero del tribunal de cuentas, ayudas y finanzas, y Lambert, hijo del anterior, fue señor de La Lauze. Jean-Louis pertenecía a la rama menor, la de Claude Fargeon, que pobló de perfumistas el reino de Francia, como por ejemplo Antoine Fargeon, «comerciante perfumista», que se casó el 27 de enero de 1715 con Marie-Rose Romieu en Notre-Dame-des-Tables. La mujer, decidida y enérgica, enviudó en 1729, y logró hacerse cargo de la tienda y administrarla con la ayuda de su sobrino Antoine, que había hecho un aprendizaje de quince meses como «dependiente licorista». El abuelo materno de Jean-Louis se había casado, el 21 de enero de 1724, en Notre-Dame-des-Tables, con Marguerite Salles. Su hermana Jeanne había entrado en una de las principales familias de perfumistas de Montpellier, los Matte La Faveur. Jean-Jacques Joseph Mathieu Matte La Faveur se estableció en Grasse como «comerciante perfumista y perfumista del rey».

La corporación sostenía que el arte del perfumista se remontaba a la más lejana Antigüedad. Sin embargo, Jean-Louis Fargeon padre tenía la costumbre de decir que la perfumería había nacido en Montpellier. La municipalidad apoyaba esa pretensión debido al tipo de regalos que ofrecía. Las ampollas de vidrio llenas de agua olorosa, polvo de violeta y otros «presentes de aroma» reemplazaron a las confituras para agasajar a los huéspedes de paso. El perfumista recordaba con orgullo una tradición que se remontaba a la Edad Media cuando, según el romance provenzal *Flamenca*, en

Navidad se vertía en las calles de la ciudad aromas de perfumes. Los manuales de perfumería no identifican a ciertos productos como a la manera de Montpellier porque se agregaba a las recetas tradicionales un elemento del reino animal, algalia o almizcle, que dejaba una emanación más profunda y más seductora. El perfumista de Luis XIV, el señor Barbe, mencionaba en sus fórmulas el polvo de Chipre como se hacía en Montpellier: «Tome —prescribía— dos libras de polvo de musgo de roble muy puro, que haya sido purgado con flores... Agregue luego dieciocho granos de algalia. Luego media pizca de almizcle». Señalaba que el paño *al modo de Montpellier* «estaba enriquecido con nueve vegetales: lirio, raíz de camana, palo de rosa, santal citrino, cálamo, juncia, canela, clavo, ládano, aromas todos contrastados».

Desde entonces, los primeros estatutos de la profesión, instituidos en Francia en 1190, no dejaron de ser modificados. La Biblia de Fargeon era el tratado de su antepasado Jean, «boticario y perfumista con privilegio real». En 1668, había perfeccionado las recetas de un gran número de productos catalogados según su uso, «composiciones para la salud» o «perfumes para los embellecimientos». La obra era una fuente muy rica de fórmulas que habían labrado la reputación de la familia. Existían muchos otros tratados que eran autoridad en la materia. Antoine Hornot había hecho editar en París, con el seudónimo de Dejean, dos obras importantes en las que bosquejaba una teoría de los olores: «Lo que es sensible a la nariz está compuesto de partes volátiles, sutiles y penetrantes, que afectan no solo al nervio olfativo, sino que se expanden por todo el cerebro». En la misma época, el científico alemán von Haller publicaba una enciclopedia de anatomía y fisiología en ocho volúmenes en la que explicaba sobre todo el mecanismo de la respiración, preludeo a cualquier comprensión del fenómeno olfativo.

En Montpellier, importante lugar de la medicina, los boticarios tenían un estatuto desde 1572, y la independencia de su corporación fue confirmada en 1674. Importaban y fabricaban «drogas para los enfermos» y, aunque no pertenecieran a las corporaciones de comerciantes, tenían derecho a vender perfumes. En efecto, entre la cincuentena de sustancias vegetales y las cuatro o cinco animales destinadas a la botica, algunas se usaban en perfumería. La ciudad tenía su puerto de mar en Aigues-Mortes pero, a fines del siglo anterior, Sète lo había reemplazado como lugar de desembarco de las mercancías orientales en la misma categoría que Marsella. Los contactos de la región con el extranjero habían facilitado el desarrollo progresivo de la actividad de transformaciones de las materias primas olorosas. En 1669 un observador había escrito sobre la ciudad: «La farmacia y la química tienen aquí un gran esplendor debido al número de personas hábiles que las ejercen; las tiendas de los boticarios son muy hermosas y perfumadas, están colmadas de jarabes, polvo de Chipre, licores y perfumes de todo tipo para tocador, bolsitas de aromas y otras mil cosas». A los hombres que ejercían este negocio se los llamaba *pébriers sobeyrans*,

«negociantes al por mayor», a diferencia de los «minoristas», *pébriers de mercat*. Los *especiayres* o *especiers-apothicaires* empleaban las drogas sobre todo con fines terapéuticos, pero se consideraba que habían aprendido de los árabes el arte de destilar las esencias y los perfumes, lo que les había valido el título de *aromatarii*. Este esbozo de especialización fue confirmado por la separación entre boticarios y comerciantes especieros-drogueros, luego «guanteros-perfumistas-destiladores».

Los Fargeon, surgidos de la corporación de los boticarios, centraron su negocio familiar en la actividad de perfumistas. Estos últimos ejercían su oficio en el mismo barrio y entretejieron lazos de familia por medio de matrimonios. Sus tiendas se concentraban en las calles de mucho movimiento del barrio oeste, las calles Saint-Guilhem, de l'Aiguillerie, la Grand-Rue, el bulevar de la Saunerie. Los Fargeon tenían su establecimiento en la Grand-Rue frente a la cortada de los Grenadiers. El de Jacques Matte La Faveur estaba enfrente del Cheval Blanc.

Jean-Louis Fargeon tenía siete años cuando, el 2 de noviembre de 1755, nació una archiduquesa de Austria llamada María Antonieta Josefa Juana que, veinte años más tarde, se convertiría en reina de Francia y, luego, en su cliente más ilustre. Ese año, un espantoso terremoto arrasó Lisboa, anunciando tal vez el destino funesto de la futura reina de Francia. Sin duda, el niño de Montpellier, alumno de la escuela de su parroquia, nada supo de estos grandes acontecimientos. Le inculcaban el sentido del trabajo bien hecho al mismo tiempo que la lectura, la escritura y, sobre todo, el cálculo, saber indispensable para un futuro comerciante. Participaba de los pequeños trabajos de la tienda rodeado de la tosca ternura de un padre y una madre ocupados con el trabajo. El local que daba a la calle, con mesas, aparadores, estantes y vitrinas, era el reino de su madre. Había escaleras que permitían alcanzar los recipientes de toda clase: cajas de bergamota, estuches de aromas, tabaqueras de cuerno, decantadores, botellas con tapones de porcelana, damajuanas y vasijas con espíritus.

La nota florida de los perfumes la ponían las esencias de rosa, de narciso o de azahar, o los cítricos llegados de Italia: limón, naranja, mandarina, cidra, bergamota y pomelo. También se utilizaban las maderas de Oriente, como el sándalo, y cortezas de aromas especiados, como la canela o la cascarilla. Y dominaba todo un olor alcanforado, sin duda medicinal, que aportaba a cualquier mezcla un efecto tónico muy especial. Los aceites, los polvos y las aguas de olor se aromatizaban con rosa, jazmín, violeta, lirio, junquillo, clavel o lavanda, pero también con naranja y limón. El ámbar y el azahar gozaban de gran estima, mientras que el almizcle desde hacía años era menos apreciado por los clientes. Los preparados más frecuentes eran los polvos milflores, de ángel, de Chipre, y las aguas *a la Mariscala* o *a las hierbas de Montpellier*, en las que predominaba el tomillo. A éstas se unían las aguas de limpieza, el agua de alcaparras y muchos vinagres de tocador, al igual que jabones, pastas y pomadas.

La tienda también tenía a la venta, dispuestos en un agradable desorden, varios objetos pequeños: bolsas para labores, motas de cisne, mondadientes, lunares postizos, esponjas, tabaqueras e incluso ligas, además de *sultans*, pequeñas cestas o bolsitas de perfumes. Los guantes y los mitones constituían una parte no desdeñable de la mercancía. Muchos colegas agregaban a los perfumes, en un sentido amplio del término, aceitunas, anchoas en salmuera o azúcar en terrones, pero Fargeon se negaba con altivez a hacer concesiones y utilizar comestibles. La «segunda tienda», término que designaba a la trastienda, guardaba los recipientes de gran tamaño y cajas de madera que se utilizaban para los pedidos. También había cestas que, una vez forradas en tela, servían de exhibidores.

En el fondo de la habitación, el laboratorio era el lugar misterioso donde se preparaban las especialidades. Allí reinaba el perfumista en medio de sus calderas, alambiques, serpentinas, prensas, coladores y morteros. Las barricas, que al niño le parecían gigantescas, contenían las materias primas. Se embriagaba con todos los aromas, los del monte cercano, y otros, menos comunes, porque venían de Oriente. Toda su vida conservaría el recuerdo de esas notas exóticas, creadas con almizcle, ámbar, algalia y resinas de Arabia, incienso, mirra, opopónaco y gálbano. Su abuela Marie-Rose le enseñaba canciones de cuna y rondas, así como un buen número de leyendas locales.

Le encantaba en especial la del agua de la reina de Hungría. Contaban que las notas refrescantes de esa agua aromática habían seducido, en el siglo XIV, a la reina Juana, soberana de setenta y dos años, paralítica y gotosa, que la había recibido de manos de un ermitaño. Halló en ella tanta fuerza y belleza que, a los setenta y seis años, logró casarse con el rey de Polonia. El agua de la reina de Hungría se consideraba una panacea para males tan diferentes como el reumatismo, los zumbidos de oídos, los dolores abdominales y para prevenir las epidemias, pero, sobre todo, se pensaba que devolvía la belleza y la juventud. Tal vez el recuerdo de la anciana que volvió a ser deseable por la magia del agua aromática fue el origen del sueño del que muy pronto Jean-Louis tomó conciencia y que acariciaría durante toda su vida: embellecer a la mujer, encontrar el medio de favorecer su tez, conservar la frescura de la piel, disimular los defectos, modificar el color de sus cabellos y hacer desaparecer las manchas y marcas de la edad. Para él, la perfumería estaría estrechamente relacionada con el arte de los cosméticos.

UN PADRE ADMIRADOR DE LOS FILÓSOFOS

Jean-Louis Fargeon padre, al igual que muchos burgueses de provincia, adhería a las ideas de los filósofos. Estaba abonado al *Journal des Savants* y al *Avant-Coureur*, periódico que salía los lunes de cada semana y exponía las «novedades de las ciencias, las artes liberales y mecánicas, los espectáculos, la industria y la literatura». Se había suscrito, a pesar de su precio elevado, al *Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* de los señores Diderot y D'Alembert, más conocido con el nombre de *La Enciclopedia*, y se había sentido dolido al ver que le reembolsaban su dinero en 1752, cuando la censura acusó a los autores de la obra de «provocación a Dios y a la autoridad real». Felizmente, Diderot continuaba con su magistral empresa gracias al apoyo de las mentes lúcidas. Antes de colocar a su hijo como aprendiz propiamente dicho —el niño ya tenía algunos rudimentos del oficio— el perfumista quiso que realizara estudios sólidos. Fue uno de los pocos temas en que estuvo en desacuerdo con su esposa. Con clarividencia, él calculaba las ventajas de una educación del cuerpo y del alma en un oficio refinado, en el que la clientela exigía que se supieran expresar en un lenguaje bello, y no en esa lengua de oc que todavía se hablaba en las provincias del sur. Su esposa tenía una concepción más tradicional del comercio. Hija de un frutero, pensaba que nadie se instruía mejor que entre el mostrador y la caja. La regla del negocio, en la pequeña burguesía, era suceder al padre y aprender el oficio a su lado sin estorbar el espíritu con conocimientos inútiles. Pero, como la omnipotencia se encontraba, como dice Moliere, «del lado de la barba», se decidió que la pareja podía prescindir de su hijo en la tienda y que éste estudiaría humanidades en los oratorianos de Montpellier.

La víspera del gran día, el perfumista llamó al muchacho a su laboratorio y le dirigió, en el estilo que le gustaba, una advertencia solemne cuyo tenor es fácil de reconstruir:

—Hijo mío, mañana te vas al colegio. Te convertirás en alguien más instruido que tu padre. Espero que no decepciones mis esperanzas. Sigue los preceptos de tus maestros y haz honor a nuestra familia. Tendrás condiscípulos que sentirán un gran orgullo por sus títulos de vizconde o de marqués y te tratarán con desdén. Debes saber que no tienen que ruborizarte por tu posición social ni por la de tu padre, que un día será la tuya. La superioridad de nacimiento es un prejuicio, una sombra que disiparán un día las luces de la razón. Uno se establece en el mundo por sus méritos y su trabajo. Muchos nobles sólo son ociosos y un día deberán ceder el lugar a hombres de nuestra condición. Tú tienes excelentes disposiciones para nuestra profesión. Me sentiría morir mil veces si mi hijo mayor tuviera el olfato de alguien resfriado. Cuando yo no esté, será conveniente que pienses en trasladar nuestra casa a París. Montpellier no se presta para las grandes empresas. En la capital se encuentra la

clientela más elegante y más rica. Serás llamado a vivir cerca de la Corte y espero, algún día, ser su proveedor. Por eso, entre otras razones, debes ser instruido y expresarte con elegancia. Trata siempre a los cortesanos con toda la consideración que exige el decoro, pero nunca olvides que, si bien les sirves, no eres su sirviente. Serás un hombre de progreso, apto para vivir los tiempos nuevos que se anuncian. Tal vez con tus ojos verás brillar el sol de la virtud, la igualdad y la fraternidad sobre las ruinas de un mundo corrompido. ¿Has comprendido bien, hijo mío?

—Sí, padre.

Había retenido lo esencial de la arenga: los hombres eran iguales, y la perfumería le aseguraba el éxito en ese mundo si se distinguía por su trabajo y su talento.

El lector de los filósofos no vivió la era de la sabiduría y la virtud que anunciaba. Murió todavía joven, el 29 de julio de 1760. Viuda con cinco hijos, su esposa respetó la voluntad del difunto. Tomó como encargado a Jean Poncet, de Sète, que le procuró entera satisfacción y no retiró a su hijo mayor, que tenía entonces doce años, del colegio de los oratorianos donde seguía sus estudios. Era un buen alumno, no brillante, pero dotado de una memoria fuera de lo común que enriquecía tanto con la enseñanza que le prodigaban sus maestros como con fórmulas de perfumería. Adornó su espíritu con lo necesario, pero era de naturaleza reservada y se cuidaba bien de mostrar dotes o conocimientos que no convenían a un burgués destinado al negocio.

LA NARIZ ES LA PUERTA DEL ALMA

Jean-Louis no quería limitarse a las recetas. Deseaba comprender la naturaleza de la facultad olfativa. De manera sumaria, la Academia Francesa había definido el perfume como «el agradable aroma que exhala algo odorífero mediante el fuego o cualquier otro medio». El artículo de *La Enciclopedia* consagrado al perfumista lo calificaba de «comerciante y obrero a la vez, que hace, vende y emplea todo tipo de perfumes, polvo para el cabello, jabones, guantes perfumados, bolsas de aromas, popurrís, etcétera».

Jean-Louis Fargeon leyó el *Tratado de las sensaciones*, en el que Condillac resaltaba el papel educativo de los sentidos y contaba la parábola de la estatua a la que el creador había provisto sólo de una nariz. El olfato estaba en el origen de la Ilustración ya que, si se disponía solo de él, el mármol podía adquirir todas las otras facultades y tener pleno acceso al mundo exterior. Así, la estatua, al respirar un «olor de rosa» no tiene representación alguna de la flor. «Será olor de rosa, de clavel, de jazmín, de violeta, según los objetos que actúen sobre su órgano. En una palabra, los olores no son, para él, más que sus propias modificaciones o maneras de ser».

El alumno de los oratorianos se entusiasmó con esa teoría. Los filósofos que tanto amaba su difunto padre rehabilitaban el olfato, que ya no era el patito feo de la noble carnada de los cinco sentidos. ¿Acaso Diderot no escribió: «Considero que, de todos los sentidos, la vista es el más superficial; el oído, el más orgulloso; el olfato, el más voluptuoso; el gusto, el más supersticioso y el más inconstante; el tacto, el más profundo y el más filosófico»? Los primeros trabajos de Lavoisier, que el joven leyó sin entenderlos todavía bien, anunciaban la revolución de la química. Se abría un campo inmenso para la perfumería. El perfume ya no era sólo, según la definición sumaria del *Diccionario de comercio* de Savary, un «aroma agradable que acaricia el olfato»: era una llave del alma. Jean-Louis tenía conciencia de que debería trabajar para clientes estetas, en busca de aromas exquisitos, sutiles y nuevos.

Desde que volvió a su casa y después de aprender de Poncet algún elemento de su futura profesión, se sumergió en los libros de Voltaire que estaban en la biblioteca paterna. También descubrió a Jean-Jacques Rousseau, cantor de la naturaleza y de la sensibilidad, oráculo con cuya voz el hombre captaba la verdad sobre sí mismo. Su lengua, de una musicalidad especial, se dirigía como un perfume al alma, que así se elevaba. El hombre moderno nacía por su pluma, con sus tormentos y su bondad natural. Rousseau fue el primero en escribir que el hombre que siente sobrepasa al hombre que piensa, que la imaginación «extiende para nosotros la medida de los posibles» y se impone a la razón, que puede elevar hasta lo sublime. Para el autor de *Las ensoñaciones del paseante solitario* era la condición esencial e indispensable para el logro de la formación. En *Emilio*, Rousseau aseguraba que el olor, sobre todo

el de nuestros semejantes, al actuar sobre la imaginación, era un poderoso factor de atracción o de repulsión. Contaba que, al llegar a la capital, se había sentido incómodo por los efluvios nauseabundos del barrio de Saint-Marcel. De esto deducía que «los olores por sí mismos son sensaciones débiles. Sacuden más la imaginación que el sentido y no afectan tanto por lo que producen como por lo que hacen esperar». Se le otorgaba una nueva importancia al olfato, capaz de suscitar tumultuosos movimientos del alma, resucitar recuerdos borrados y modificar el humor del momento. «El mundo real tiene sus límites, el mundo imaginario es infinito; al no poder ampliar uno, limitamos el otro; porque de su sola diferencia surgen todas las penas que nos hacen desdichados». Jean-Louis colocaba en las nubes a Jean-Jacques, para quien «el olfato es el sentido de la imaginación». La viuda, cuando escuchó decir a su hijo que «la nariz es la puerta del alma» y que esa extraña revelación se debía a un filósofo, creyó que perdía el sentido.

—No tenemos que reflexionar tanto. Cumplamos lo mejor posible con nuestro oficio, es todo lo que esperan de nosotros. Los filósofos son soñadores.

Lamentaba que su marido no hubiera querido escucharla cuando le decía que el latín no le serviría a un perfumista. Sin embargo, el joven logró que admitiera que sus estudios le habían sido útiles. Cualquiera fuera el encanto de la lengua de oc, había que aprender a hablar como los parisienses y liberarse de un acento que podía convertirse en una molestia. Ella estuvo de acuerdo, pero lo conjuró a ser digno de sus antepasados languedocianos y nunca renegar de su patria.

Se sintió totalmente tranquilizada al ver el ardor que, desde su salida del colegio, ponía en profundizar el oficio de perfumista. El encargado de Sète continuaba la educación que unos años antes había iniciado Fargeon padre. Aseguró a la viuda que su hijo mayor tenía una nariz de primer orden, que distinguía sin problema las innumerables sustancias olorosas. La mayoría de los vegetales tenían un olor, a veces agradable, y muchas flores contaban con la doble ventaja de dar placer a la vista y al olfato, pero su aroma desaparecía con su belleza fugaz. Los jugos ácidos, simples o fermentados tenían olores fuertes, casi molestos, debido a la putrefacción alcalina. La trituración o el calor servían para extraer aromas y la materia sutil contenida en el aceite esencial de las plantas se llamaba *espíritu*. Desde hacía un siglo se sabía extraer el *espíritu rector* mediante el procedimiento llamado *enfleurage*, es decir, *extracción de los perfumes* o maceración. Era una especialidad de Grasse y había enriquecido a la pequeña ciudad provenzal, pero también se lo practicaba en Montpellier.

El aprendiz ya era un adepto a la naturaleza. Destiló aguas olorosas simples, espíritus ardientes y aceites esenciales y aprendió a desconfiar de las falsificaciones del que eran objeto sustancias raras y caras. Poco a poco, creó su paleta de perfumes y algunos lo inspiraron más que otros. No dejó de perfeccionar los preparados

familiares: cosméticos, lápices de labios, maquillajes, jabones y pastas para blanquear las manos y el rostro, polvos y opiatas para los dientes, pastillas y licores que servían para perfumar la boca. Para el cuidado del cabello creó aceites y polvos de todos los colores, pomadas y tinturas. Una de las dificultades era obtener productos inofensivos que fueran eficaces. Por último, fiel a una de las especialidades de Montpellier, ejercía el oficio de fabricar guantes, teñirlos y perfumarlos *a la manera de Provenza* con algunas flores adecuadas para las pieles: azahar, rosas mosquetas, nardos y jazmín.

A pesar de todos los esfuerzos, el negocio familiar se estancaba. Los «licoristas», que pretendían ser perfumistas sin serlo, le hacían una competencia desleal. Además, aunque muchas fórmulas se seguían llamando *a la manera de Montpellier*, la ciudad estaba siendo ocupada poco a poco por Grasse. Desde 1750, habían quebrado seis perfumistas de Montpellier y los miembros de la corporación eran cada vez menos. El cuerpo de los perfumistas de Grasse se beneficiaba del favor real mientras que en Montpellier los productos orientales tenían un impuesto excesivo. Jean-Louis Fargeon se acordó de la recomendación de su padre. Había que irse para escapar de la decadencia.

La lectura del *Mercure de France*, cuya divisa virgiliana era *mobilitate viget* («sólo se prospera con el movimiento»), terminó de decidirlo. El número de mayo-junio de 1770 ofrecía un resumen de las fiestas y ceremonias realizadas en ocasión de «la llegada a Francia de la archiduquesa María Antonieta y de su casamiento con Monseñor el Delfín». La joven princesa parecía unir belleza e inteligencia: «La Delfina —escribía el *Mercure*— pudo observar a su paso por Francia la solicitud y el entusiasmo de los franceses por verla, admirarla y amarla». El joven de Montpellier leyó el cumplido que el señor Bignon, preboste de los comerciantes, le había hecho a la futura soberana, a su llegada a París: «Será el adorno y las delicias de Francia». Contempló el retrato unido a oleadas de homenajes y elogios. El poema de Sicard de Roberti que lo acompañaba parecía aludir al oficio del perfumista.

*L'odeur de vos bouquets me fit croire un moment
Qu'ils étaient composés de mille-fleurs nouvelles,
J'ouvris votre panier avec empressement,
Je n'y vis que des immortelles.*^[1]

Los rumores de la Corte llegaron hasta Montpellier. Se decía que a la Delfina, a su llegada a Francia, se le había asignado como dama de honor a la condesa de Noailles, a la que de inmediato apodó «La señora Etiqueta». Esta dama de compañía a la francesa vivía en la estricta observancia de las costumbres, ritos y conveniencias. ¿Era tonta? Una contemporánea aseguraba que era la prueba viviente de que «la reserva y un gran manejo del mundo pueden reemplazar la inteligencia». Se decía que la primera camarera de la Delfina, la señora de Misery, también era una apasionada

de la etiqueta y no le gustaba mucho que la joven austríaca se echara a reír «como una burguesa del Marais». Para la gente formal era un espíritu burlón que a veces podía llegar a ser hiriente, y se decía que había heredado la ligereza y el gusto por los placeres de su padre, Francisco, duque de Lorena, tan cerradamente francés que después de casarse con la emperatriz de Austria, nunca aceptó aprender alemán.

Jean-Louis Fargeon solo retenía una cosa: la futura reina de Francia era joven y bella y, en consecuencia, era la imagen de la clienta ideal. ¿Acaso no la habían descrito, cuando tenía quince años, «deslumbrante de frescura... más que hermosa para todos los ojos. Su andar tenía a la vez la actitud imponente de las princesas de su casa y las gracias francesas; sus ojos eran dulces, su sonrisa amable»? Parecía que su matrimonio con el Delfín había dado impulso al comercio de lujo de la capital. En el negocio de Fargeon se decía que el «problema del maquillaje» se había discutido en la casa del ministro de Finanzas. La etiqueta exigía que en el momento de las presentaciones en la Corte, las grandes damas estuvieran muy maquilladas y estas ocasiones se multiplicaban, por lo que se consideraron nuevas compras y un fabricante ofreció cinco millones para obtener la exclusividad del *rouge*. El diálogo entre el hombre de Estado y el caballero de Elbée lo contó este último, orgulloso de haberlo sostenido:

—Señor ministro, ¿cuántos potes de *rouge* se venden anualmente?

—Dos millones.

—Cargue, pues, en cada pote un impuesto de veinticinco soles. Éste será una pensión para las viudas pobres de los oficiales.

Había que creerlo. París era el único lugar donde podían reconocerse y recompensarse las dotes de un joven perfumista. Allí se encontraba el centro del gusto y de la elegancia, y se le ocurrió una maravillosa idea. Jean-Louis le comunicó el proyecto a su madre y halagó a la Delfina con términos sin duda parecidos a los de la marquesa de Durfort: «Tiene un encanto que va a marearnos; no hablo de su figura, la encuentro encantadora».

—He tomado una decisión, madre. Seré proveedor de la Corte.

— La Corte es un lugar de perdición y allí uno se expone a todas las vicisitudes de la suerte. Dicen que los cortesanos raramente pagan sus deudas.

Pero, como sabía que su ciudad no le ofrecía a su hijo mayor un campo digno de él, aceptó su decisión.

La excelente reputación de la casa de Montpellier había llegado a París, donde uno de sus primos Fargeon explotaba, con el nombre de perfumería Oriza, una tienda instalada en un recinto llamado «privilegiado» del patio del Louvre. Ejercía en ese lugar porque no había sido aceptado en la corporación de guanteros-perfumistas y le estaba permitido tener un negocio sin estar sujeto a la jurisdicción y a la visita de los maestros de dicha corporación. Los productos de la casa Oriza no por eso eran menos

afamados, sobre todo los destinados a mantener la frescura de la tez, preparados para la célebre Ninon de Lenclos. Por intermedio de esa rama parisiense de la familia, le informaron a Jean-Louis que podía perfeccionar su aprendizaje con la viuda de Jean-Daniel Vigier, cuyo nombre de soltera era Marie-Geneviève Boutron, establecida en la calle Roule, en la parroquia de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Vio como un signo de buen augurio que la tienda estuviera cerca de la iglesia donde se había celebrado la misa solemne del matrimonio del Delfín. Su madre se tranquilizó al comprobar que estaría cerca de los comerciantes de Provenza que ofrecían a los clientes las «aguas de azahar y otras esencias fuertes y suaves» cerca del claustro de esa parroquia, en el barrio llamado «callejón de los provenzales». Tenía excelentes informaciones. El difunto Jean-Daniel Vigier había sido perfumista del rey y miembro de la prestigiosa corporación parisiense. Madame Du Barry y altos personajes de la Corte y de la ciudad le aseguraban una clientela brillante. Su esposa, de apellido Boutron, provenía de una gran familia del oficio y se la consideraba una comerciante inteligente. Las dos viudas establecieron un contrato: Jean-Louis pasaría con la viuda Vigier el año destinado a preparar su maestría.

Las condiciones del acuerdo eran las que se aplicaban en todas partes a un aprendiz: debía respeto a su maestro «como si fuera su padre», se comprometía a guardar el secreto respecto de todo lo referente a su actividad, vivir en armonía con sus compañeros y mostrarse «limpio y modesto». Se acordó que la suma que pagarían los Fargeon formaría parte de una renta vitalicia de cuarenta mil libras por el precio del fondo que, después de su maestría, adquiriría el joven perfumista.

UNA PERFUMERÍA PARISIENSE

A comienzos del año 1773, Jean-Louis tomó la diligencia a París. Tan ocupado estaba soñando con su gloria futura que el largo viaje le pareció corto. Al amanecer de un hermoso día entró en la capital por el puesto de la ruta de Orleans, teniendo por todo equipaje sus veinticinco años, un agradable carácter y un manejo profesional ya muy apreciable. Se detuvo un momento en un merendero frente a la barrera Saint-Jacques y recuperó el ánimo con un vaso de vino.

El aire era suave, pero el olor poco agradable. París merecía el sobrenombre de «ciudad de fango». Luego comprobaría que en el Louvre, en las Tullerías, en el Palacio de Justicia, en el Palais-Royal, sucedía lo mismo. El Sena, que arrastraba basuras e inmundicias de todo tipo, estaba contaminado por el río de los Gobelinos y por los residuos de los hospitales y los talleres. Los relentes de las letrinas eran insoportables, ya que ningún propietario respetaba los reglamentos sobre higiene. Pero al joven no le importaba: en su ánimo se embriagaba con el aire vivo de la capital de las ideas nuevas. Llegó a la calle de Roule haciendo un desvío para ver la plaza Luis XV, recién terminada, donde se alquilaban caros los pabellones edificados por Gabriel, la calle Royal y la iglesia de la Madeleine, en construcción. Rodeó las verjas de los jardines de las Tullerías antes de llegar a la cuadra de Roule, que ocupaba un lugar central en el barrio des Halles. La calle, «con una anchura conveniente, bordeada por casas colmadas de comerciantes de todo tipo, parecía una de las más pobladas y más frecuentadas de París». La circulación era fluida al desembocar en el Pont-Neuf y más densa al norte, donde la estrecha calle de Prouvaires terminaba en el portal de San Eustaquio.

En el número 11, la casa de cuatro pisos de Vigier, con sus balcones, buhardillas y aguilonos, era idéntica a todas las que bordeaban la calle. En 1691 se estableció el loteo que había impuesto esta regularización en una parcela antes ocupada por un edificio oficial. Al joven provinciano le latía el corazón al empujar la puerta. En la primera ojeada la tienda no parecía muy diferente de la de su padre, pero en ésta todo era más refinado y delicado. Las paredes estaban cubiertas de maderas pintadas de blanco perlado, realzado con azul porcelana. Los estantes de caoba llegaban hasta el techo decorado con angelotes mofletudos que jugueteaban en un cielo de apariencia engañosa. Contenían cajas, frascos, artículos de tocador, guantes, ligas y todo lo que podían necesitar las mujeres de calidad. Respiró con ebriedad un sutil aroma a flores que hacía olvidar el aire de la calle. El lugar le gustó: visiblemente estaba consagrado al deseo de seducir.

La dueña había pasado los cuarenta años, pero era muy agradable y tenía un talle esbelto. Estudió de pies a cabeza al joven de una manera que, en Montpellier, hubiera parecido el colmo del descaro.

—Estoy contenta de tenerlo aquí —dijo por fin—. Me gusta la gente con buena cara y me parece muy adecuado para su oficio. Sé que su formación fue excelente y la reputación de su familia es conocida. Sus primos me han ayudado muchas veces. Y por eso la recomendación en su favor tuvo gran peso para mí. Deseo retirarme y la propuesta de compra de su madre me ha agradado. Si Dios quiere, usted sucederá a mi difunto marido. Como hemos convenido, le daré los medios para ser recibido en la maestría.

Le expuso con amplitud qué debía esperar. En verdad, el negocio era floreciente, pero exigía mucha prudencia y discernimiento. Al entorno de Su Majestad lo llamaban la «Corte perfumada» y el uso de perfumes se expandía sin cesar. Era verdad, porque en ese año, 1774, el conde de Fersen, al descubrir París, exclamó: «¡Qué derroche de joyas y de perfumes! ¡Y este olor tan especial en los salones del país!». A Fargeon lo sorprendió una costumbre que ignoraba en Montpellier: los parisienses de calidad perfumaban las paredes de las piezas para quitar el desagradable olor a cebolla del barniz que las revestía. Con orgullo citó a las clientas más notables, madame Du Barry y la princesa de Guéménée, gran amiga de la Delfina. Estuvo de acuerdo en que ciertas cortesanas tenían la molesta costumbre de no pagar sus cuentas y al presentárselas había que mostrarse firme sin ser inoportuno. Los gustos eran de una diversidad increíble; la condesa de Sainte-Hermine gastaba todo su dinero en ligas perfumadas y el abate de Osmond, en polvo a la violeta. La gente de alto nivel usaba un perfume distinto según el momento del día. El perfumista Bailly, que había introducido el uso de jabones moldeados y perfumados en 1713, se enriqueció y llevó una vida de gran señor.

—¿Tiene buena memoria? —le preguntó.

—Los padres oratorianos estaban satisfechos, señora.

—Eso viene de maravillas, porque tendrá que recordar las preferencias de cada uno. Veo por sus modales que ha recibido una excelente instrucción. Aquí le servirá. Nada detesta más nuestra clientela que a los rústicos sin educación.

Caía la noche y, después de una cena frugal, el joven provinciano tomó posesión del pequeño cuarto que le habían preparado en el entresuelo. Al día siguiente empezó a trabajar con vigor. A cada momento debía dejar el laboratorio para ir a la tienda, donde la dueña del lugar le presentaba a sus principales clientes. Se asombró de que las grandes burguesas se tomaran el trabajo de ir en persona. La viuda Vigier le dijo que les gustaba encontrarse en su tienda porque allí, de alguna manera, estaban en terreno neutral. Podían hablar con toda libertad porque sabían que nada sería repetido. Invitó al joven a ser tan discreto como ella.

—No hay comerciante próspero si es charlatán. Tratamos con cortesanos que se enfrentan entre ellos y disputan sin cesar. Necesitamos mucha diplomacia para no estar mal con alguna de las facciones en pugna. Una indiscreción o un paso en falso

puede perdernos. Tiene que saberlo.

En los días siguientes descubrió a los parisienses: mujeres extremadamente adornadas; unas bastante feas que lo sospechaban, porque trataban de tener tan buen aspecto que no se notaba; otras que para nada lo sospechaban y que, con la mejor buena fe del mundo, tomaban su coquetería por una linda cara. Muchas clientas alababan su buen aspecto y lo provocaban hasta el punto de hacerle creer que querían seducirlo. Algunas lanzaban alusiones de tal impudicia que se ruborizaba hasta las orejas, lo que las hacía estallar de alegría. Les veía un ardor en la mirada y una licencia que habrían horrorizado a su madre. En Montpellier, las damas de alto linaje se hacían las mojigatas y los nobles ocultaban mal su desprecio por la plebe.

En París, aunque era joven y en posición todavía subalterna, los nobles cortesanos siempre se dirigían a él con cortesía. Es verdad que, en general, había que quejarse menos de los grandes señores y cortesanos que de la nobleza provinciana, pobre y poco ilustrada. No era de sorprenderse, porque ésta solo gozaba de títulos que oponía, sin cesar, a la superioridad verdadera de una clase burguesa cuya riqueza e instrucción la molestaba y humillaba. Siempre se reconocía a un hombre de la Corte por su cortesía.

El joven estaba azorado por la manera en que esos nobles tan corteses hablaban de sus pares apenas éstos les daban la espalda. Madame de Marsan, gobernanta de las hijas del rey, ponía en la picota el gusto por las fiestas y la coquetería de la Delfina. La Du Barry era el blanco de epigramas feroces y palabras ultrajantes. No se dudaba de cometer con palabras el crimen de lesa majestad de criticar al mismo rey. Fargeon reconoció el retrato del cortesano que le había hecho su padre. Tenía razón cuando decía que Francia estaba arruinada por estos prebendados y que un día habría que pensar en reformar o suprimir la monarquía. Pero el perfumista agregaba, con una sonrisa, que la república, como lo había señalado Montesquieu, se basaba en la virtud; pero, por desgracia, no era en la virtud en la que se basaba la prosperidad de la perfumería.

En la calle de Roule se bromeaba sobre los temas más graves sin siquiera bajar la voz. Jean-Louis tenía la impresión de descubrir, a su pesar, secretos de Estado. ¿No irían a comprometerlo en intrigas de la Corte? Le confió su inquietud a la viuda Vigier.

Nada tiene que temer si sabe callarse. Aquí puede escucharse todo con la condición de no repetirlo.

—¡Pero hablan del Delfín en términos increíbles! Lo pintan como un torpe, a quien sólo le gusta cazar y mirar las estrellas con un anteojo.

—En efecto, esos son sus gustos principales.

—Llegan a decir que no ha consumado el matrimonio.

La viuda Vigier se limitó a contestar:

—Como dice alegremente una de mis amigas, con su conducta en el matrimonio sólo anuncia que nuestro próximo rey carecerá de firmeza.

—Esto debería ser secreto.

—Nada hay secreto en la Corte, y todos los secretos terminan en las tiendas de moda. Por eso las frecuentan los espías. ¿No observó a un grandote desgarbado que, con el pretexto de tener pasión por los guantes, está siempre instalado aquí? Es el secretario del embajador de España, que viene a hacer provisión de rumores. No dude de que no está aquí para comprar guantes, sino para informar a su señor.

UNA VISITA A MADAME DU BARRY

Jean-Louis Fargeon empezaba a impacientarse cuando, por fin, se presentó la ocasión que iba a distinguirlo de sus colegas. Madame Du Barry, al haber oído que la viuda Vigier alababa el talento de su futuro sucesor, pidió que se lo presentaran. Una mañana, pues, se sentó en el almohadón gastado de una banqueta de un coche de punto y por primera vez, al ritmo de los cascos, tomó el camino de Versalles.

Quedó maravillado por el castillo, pero, cuando entró, sintió un olor que lo mareó. «El parque, los jardines, hasta el castillo revuelven el estómago por los malos olores. Los pasadizos, patios, edificios y corredores están llenos de orina y materias fecales. Al pie del ala de los ministros, un porquerizo desangra y asa sus cerdos todas las mañanas. La avenida Saint-Cloud está cubierta de aguas estancadas y de gatos muertos».

Cuando se hizo anunciar, Su Majestad estaba con la favorita. Para que su trato fuera cómodo, ésta se alojaba en los pequeños apartamentos del segundo piso, encima de los gabinetes del rey. En la minúscula pieza donde le habían dicho que esperara a que se fuera el soberano, Fargeon, sin quererlo, escuchó su conversación. Sólo captó una réplica, lanzada con tono burlón:

—Entonces, sire, ¿los reyes envejecen?

Temió que el rey, al pasar delante de él al dejar la habitación, creyera que estaba espionando. Sólo había visto a Luis XV en las monedas y los grabados. El Bienamado «era todavía en su vejez el hombre más hermoso de su reino; su fisonomía ofrecía una mezcla perfecta de gracia y majestad; su figura era admirablemente proporcionada; una expresión de inefable dulzura suavizaba la altivez de su mirada; nada podía igualar el encanto de su sonrisa; su voz llegaba al alma». Cuando Fargeon entró en el tocador, el rey había salido por otra puerta. La condesa estaba estirada en una *chaise-longue* con la cabeza apoyada en la mano, para así destacar el brazo más lindo del mundo. Esa pose dejaba percibir la mayor parte de una pierna admirablemente torneada. Cuando llegó, lo contempló durante un momento.

—¿Es el joven perfumista de Montpellier que me han recomendado?

—Para servirla, señora condesa.

Bien, joven, tiene un buen aspecto. Por lo que me han dicho, su talento no desmerece en absoluto esta apariencia. Muéstreme algunos de sus preparados.

Con el corazón palpitante, le tendió un frasco de agua de Chipre compuesta, en la que el jazmín, el iris, la angélica, la rosa y el nerolí surgían de tres nueces moscadas blancas machacadas y treinta gotas de ámbar. El olor agradaba aun a los que sentían horror por el ámbar.

La joven dejó caer en el dorso de su mano una gota hacia la que inclinó su linda nariz. El perfume le resultó exquisito y Jean-Louis, estimulado, le hizo oler un

preparado más audaz. Había puesto en él cidra, nerolí e iris en aguardiente de Cognac adicionada con macis y una onza de biznaga. Ella dijo que era una mezcla sorprendente y revigorizante como un cordial y preguntó el nombre de ese perfume.

—Lo llamé *agua sensual*, señora condesa.

Ese nombre le dio risa, y él sintió que había ganado la partida. Después de haberle recomendado, por su tipo de piel, el bálsamo de La Meca, le presentó sus matices de pequeños potes de *rouge* de diferentes tonos según las circunstancias. Estaba orgulloso en especial de los nuevos tonos que había obtenido aumentando media onza el polvo de talco hasta el *déblanchi*, que es una libra de talco sobre una cantidad de carmín. A la goma había agregado gotas de aceite de oliva para que los *rouges* se mantuvieran amalgamados y untuosos.

Por último, abrió la pequeña caja de lunares recortados con sacabocados de hierro en tafetán negro engomado: redondos, en media luna, estrellas y corazones.

—Apuesto, señor Fargeon, que no conoce su lenguaje.

—Tiene razón, señora —mintió con cortesía.

—Por lo tanto, debo enseñárselo. Cerca del ojo, es ánimo asesino; en la comisura de la boca, reclama el beso. Es picaresco en los labios, descarado en la nariz, majestuoso en la frente, galante en la mejilla, jovial en el pliegue de la sonrisa, discreto en el labio inferior y cuando disimula un granito, ¿no es receloso?

Madame Du Barry deseaba acentuar el rubio natural de sus cabellos, y él le prometió que le daría una mezcla de azafrán, cúrcuma, hipérico, raíces de polipodio, genciana, sándalo citrino o ruibarbo. Si la usaba para lavarse regularmente el pelo, este se volvería aún más rubio, pero agregó galantemente que dudaba mucho que pudiera ser más hermoso.

Con esta frase, que podía parecer una adulación mercantil, Jean-Louis Fargeon quería hacerle comprender a la condesa la verdad que profesaba: que nada valía tanto como la belleza natural mantenida con cuidados sensatos prodigados a la piel. La entrevista duró más de una hora. El joven perfumista estaba muy asombrado por haber encontrado a la favorita diferente del retrato que hacían de ella sus detractores. Así, la duquesa de Choiseul desde hacía mucho tiempo había renunciado al honor del trato íntimo con el rey, para evitar encontrarse con madame Du Barry. La Delfina no la podía soportar y sólo la llamaba «la criatura». Fargeon no comprendía que se juzgara con tanta severidad a una mujer respecto de la cual hubiera aplaudido, de haberla conocido, la opinión del marqués de Bouillé, para quien «su tono no tenía nada de común, y aun menos de vulgar; no tenía una mente brillante, pero no carecía de ésta, como se suele decir; le agradaba hablar y había captado el arte de contar con bastante gracia. El rasgo distintivo de su carácter era la bondad. Era buena y le gustaba complacer, no tenía rencor y era la primera en reírse de todas las canciones que hacían sobre ella. Bastaba verla una vez para adivinar esa calidad dominante que

ninguna decepción había podido agriar. Había tomado el tono y las maneras de la mujeres de la Corte». El marqués de Bouillé agregaba a sus elogios que madame Du Barry, «con un aire muy noble que realzaba una belleza irreprochable, era instruida, había leído mucho. Su conversación era interesante y, después de su arreglo, era su principal ocupación».

La viuda Vigier quedó encantada al saber que su sucesor había conquistado a su más ilustre cliente. No compartía los prejuicios de los nobles sobre la querida plebeya y, como linda mujer que no ha renunciado a gustar, detestaba a las damas de compañía y a las santurronas.

LA RECEPCIÓN DEL MAESTRO GUANTERO-PERFUMISTA

Jean-Louis pasaba los días preparándose para la maestría. Se sumergía a menudo en el gran libro que contenía los estatutos de la profesión. Nadie podía ser recibido como «comerciante maestro guantero-perfumista» sin haber hecho cuatro años de aprendizaje, seguidos por otros tres como obrero. Esto no se aplicaba a los hijos de los maestros, pero al igual que los otros debían realizar una «obra maestra» que, para ellos, se llamaba «experiencia», lo que en nada cambiaba su naturaleza.

Después de una profunda reflexión, el candidato decidió perfeccionar el lienzo *a la moda de Montpellier*, aprovechando la ocasión de rendir homenaje al trabajo de sus antepasados. A la viuda la idea le pareció excelente y comentó por adelantado a sus clientes la maravilla que preparaba. Cuando él se lo reprochó respetuosamente, ella le contestó, como hábil comerciante, que quería despertar el interés de su clientela más ilustre hacia el futuro producto.

Trabajó sin pausa en su «lienzo». La palabra venía de la tela tendida sobre la mesa de marquetería o de madera preciosa e impregnada con un delicado perfume. Para llevar a la perfección el lienzo *a la moda de Montpellier*, lo conveniente no era modificar la preparación de la tela, sino mejorar la composición de la preciosa mezcla que la bañaba, modificar las proporciones de sus componentes, aligerar algunos y agregar otros. Era importante ser paciente.

En el secreto de su laboratorio anotó en su cuaderno de fórmulas:

«Emplear un tela nueva y poco tupida, que se cortará del tamaño que se considere adecuado para hacer el lienzo. Empezar por limpiar la tela lavándola varias veces con agua común y después dejarla en remojo veinticuatro horas en el agua de olor, mitad de ángel y mitad de rosas. Retirla. Exprimir ligeramente el agua y extenderla al aire de un día para el otro, donde se secará. Luego, para terminar, cubrirla con la composición siguiente: media libra de flores de azahar secas, media de raíces de campanilla, media de iris de Florencia, cuatro onzas de madera de sándalo citrino, dos de aguardiente de agua de ángel, una de palo de rosa, una de juncia, media de ládano, media de clavo, media de cálamo y dos pizcas de canela. Reducir a polvo en un mortero con goma adragante, diluida con agua de ángel. Hacer una pasta. Frotar

vivamente los dos lados de la tela en la que se dejarán los trozos que queden pegados. La hacen más lisa. Secarla a medias y volver a frotarla de los dos lados para alisarla aun más con una esponja embebida en agua de ángel o de milflores. Secarla por última vez y doblarla. La parte de abajo de este lienzo por lo común se hace de tafetán y la parte de arriba de tabí o satén. Sólo debe guardarse entre dos trozos de seda.

»Para la segunda fase, tomar una libra de naranjas secas, una de iris de Florencia, media de raíces de campanilla, doce onzas de sedimento de agua de ángel, dos de cáscaras secas de limón, dos de juncia, una de clavo, una de cáscara de naranja seca, una de cálamo, una de ládano y una de agua de canela. Reducirlas a polvo en el mortero mezclándolas de a una con una cantidad suficiente de goma adragante, diluida con una parte igual de agua de rosas para que, al majarlas juntas, formen una pasta perfecta con la que pueden untarse los dos lados de la tela que se deja secar y en la que se vuelve a plisar la siguiente composición: machacar en el mortero una pizca de almizcle y media de algalia. Diluir con agua aromática una cucharada de esta pasta, que se debe aumentar poco a poco con agua de milflores o de ángel. Luego, con una esponja, se frota la tela con esta mezcla para dejarla lo más lisa posible. Después, se la pone a secar por última vez. Mientras está húmeda se la dobla según los pliegues que debe tener. La preciosa tela que da nombre al lienzo está lista».

Estaba tan satisfecho de su fórmula que no pudo dejar de comentárselo a la viuda Vigore: «Su emanación es maravillosa. Viva y fuerte, perfuma sin repugnar. La considero admirable». También pensó en innovar el deshabillé, con una alteración de menor importancia, por cierto, pero que podía realzar su gracia. Al hacer su tocado, las elegantes llevaban esa ligera y sugestiva prenda interior. Pensó en colocarla, entre dos usos, en un «portafolio», un sobre perfumado que le devolvería cada mañana su delicado aroma.

En la mañana del 1º de marzo de 1774, día de su recepción, el corazón le latía con fuerza, pero no estaba de verdad inquieto, porque tenía conciencia de lo que valía y de la amplitud de su saber. Al frente de la corporación, cuatro maestros y guardias jurados aseguraban el respeto de los reglamentos. Cada guardia permanecía dos años en el cargo y, cada año, se renovaban los dos más antiguos. Le pidieron, sobre todo, que expusiera la novedad referente al deshabillé, y alabaron su invento. Después de la recepción, llevaron al joven con gran pompa al Châtelet a ver al procurador del rey, que recibió al maestro y le hizo prestar juramento según el artículo 8 del reglamento de la corporación. Lo declararon «maestro guantero-perfumista y de talcos», en virtud de la decisión del consejo de 1745, e inscribieron su nombre en los registros. Cuando volvió a la tienda, su protectora lo felicitó y aludió, al terminar, a su necesidad de encontrar una mujer. Quedó convencido, porque siendo soltero no podía hacerse cargo de la tienda. La viuda, al verlo dispuesto a escuchar su sugerencia, dijo que

pensaba para él en una parroquiana de San Eustaquio, Victoire Ravoisié, cuyo padre, Guillaume-Louis, era bruñidor del rey, es decir, armero. Su madre, Françoise-Charlotte Gouël, provenía de una excelente familia; su hermano mayor, Jean-Arnault, era arquitecto, y el menor, Gabriel-Louis, procurador en el Châtelet. La viuda Vigier señaló que la joven había recibido una excelente educación, ya ayudaba a su madre a llevar las cuentas del negocio paterno y era evidente que sería una comerciante inteligente.

Como el nombre Victoire le parecía de buen augurio para su éxito en París, Jean-Louis Fargeon aceptó que avanzaran con las tratativas. La madre de la joven, en respuesta a preguntas discretas, aportó las referencias más halagadoras: en la familia había un cónsul de la ciudad de París, un escribano, un joyero del rey, un ex cirujano mayor y otros parientes pensionistas del rey. Los amigos de la casa eran abogados en el parlamento, controladores de rentas o comerciantes de telas. Por su parte, la viuda Vigier no dejó de presentar de manera ventajosa a la familia de su sucesor y de garantizar su seriedad y su dedicación al trabajo.

Con el terreno así preparado, Jean-Louis fue a oír misa a San Eustaquio con el único fin de ver allí a Victoire Ravoisié. Durante el oficio tuvo tiempo de observar a la joven y le causó una excelente impresión. Linda sin ser una gran belleza, con un aire gracioso, cubría con una mantilla una abundante cabellera castaña de reflejos dorados. Se detuvo delante de la gran pila para verla más de cerca y a su paso notó, como experto que era, que tenía una hermosa tez.

Apenas dio su acuerdo lo invitaron a la calle Coquillière, adonde fue con el título oficial de pretendiente. Enseguida se lo comunicó a su madre, porque sabía que esa alianza iba a satisfacerla. Y empezó a cortejarla según las costumbres, que exigían la presencia de una mujer de la familia, tía o prima. Las chaperonas a menudo tenían otras cosas que hacer, por lo que pasó largos momentos en el salón en la intimidad con su prometida. Victoire miró con admiración a un pretendiente que, por su elegancia y sus modales, sobresalía entre la mayoría de los jóvenes del oficio. Sentía curiosidad por su futuro estado y le dijo que sería un gran cambio para ella porque, en la armería paterna, desde su infancia había estado rodeada de espadas y mosquetes.

—Estará en su lugar, en medio de perfumes y flores —le dijo Jean-Louis.

Se sintió maravillado al verla ruborizarse por esa trivial galantería. La joven no pensaba llevarse por delante el mundo. Ella le preguntó si debía perfumarse y él le contestó que habría que limitarse a las aguas de olor que le iría creando según la estación.

Victoire le confesó que, como nunca había entrado en la tienda de un perfumista, ignoraba todo de aquella profesión y deseaba que le enseñaran. Con los ojos brillantes de entusiasmo, Fargeon se entregó al elogio lírico de su oficio:

—Entre las artes hijas del lujo y de la riqueza, ninguna hay que produzca

sensaciones más voluptuosas que la del perfumista. Ocupado sin cesar en recoger los aromas que exhalan las flores, las cáscaras o las maderas de algunas plantas odoríferas, fija sus olores en aguas espirituosas, aceites y esencias. Crea a su gusto nuevos olores, sensaciones cada día más agradables y mezcla en un solo placer los perfumes de todas las estaciones, todos los climas y todos los países.

—Debe de ser muy difícil.

—En efecto, este oficio ingenioso no deja de tener su dificultad para los que quieren obtener de él beneficios constantes y merecidos. Conocer la teoría de los olores, la manera de extraerlos de las sustancias que los contienen, conservarlos unidos con las que le son más afines, saber qué efectos producirán esas mezclas en el olfato, las sensaciones más voluptuosas y más dulces; estudiar los métodos según los que se han compuesto hasta ahora los cosméticos y los perfumes: esos son los conocimientos teóricos necesarios para el perfumista que quiere sobresalir en su oficio.

En sus sucesivos encuentros le ofreció diferentes esencias y comprobó, con placer, que tenía buen olfato y distinguía fácilmente los aromas elementales. Un día él le dijo que a menudo estaría expuesta a escuchar las charlas de los clientes y que sería conveniente que nunca las repitiera.

—Sobre esto, nada debe temer. La charla lleva a la maledicencia y ese es un pecado del que espero nunca tener que confesarme.

Con esta respuesta confirmó la certeza de que la viuda Vigier había sabido elegir admirablemente a su futura esposa.

II . Las notas del corazón

1774-1782

A ti que amas tanto las flores, te ofrezco este ramo.

Luis XVI a María Antonieta

REINA DE FRANCIA... Y DE LA MODA

La condesa Du Barry había prometido al joven perfumista alabarle frente al rey para sentar su prestigio en la Corte, pero Luis XV nunca llegó a escuchar ese elogio. Menos de un mes después de que Jean-Louis Fargeon aprobó la maestría, una tarde abril de 1774, al volver de la caza el rey empezó a sentir escalofríos. Los médicos diagnosticaron viruela, mal del que después de nueve días uno se cura o se muere. Jean-Louis conocía sus daños por haber inventado remedios contra las marcas de esa enfermedad. El 9 de mayo, el rey recibió la extremaunción. Sus granos, al secarse, según un testigo, le habían hecho «una cabeza de moro, de negro, cobriza e hinchada». El olor era insoportable. Murió al día siguiente.

En la calle de Roule se comentaba con ardor lo que pasaba en Versalles. Un petimetre aseguró que conocía, por una camarera, la última entrevista del moribundo con su favorita.

—Señora, ahora que sé cuál es mi estado —había dicho Luis XV—, no hay que empezar otra vez con el escándalo. Me debo a Dios y a mi pueblo. Debe retirarse.

La hermosa pecadora, llorando, le besó la mano antes de irse a su casa de Rueil.

Fargeon estaba desolado por haber fracasado tan cerca de la meta.

—No hay mal que por bien no venga —le dijo la viuda Vigier—. Pierde a la favorita, pero a la nueva reina le gustan los perfumes con pasión y es muy coqueta. No tiene límite para sus gastos y se dice que su esposo cumple todos sus deseos. En adelante debe esperar de ella su prosperidad.

Luis XVI tenía veinte años y María Antonieta, diecinueve. «¡Dios mío, protégenos, reinamos demasiado jóvenes!», se decía que había exclamado el nuevo monarca. En adelante sólo la reina marcaría el tono de la moda. Sin embargo, circulaba un malvado cuplé:

Petite reine de vingt ans

Vous qui traitex si mal les gens,

Vous repasserez la barrière!^[2]

La difamación empezaba a perseguirla. Fargeon pudo leer en *Nouvelles Ephémérides* de Baudeau, en la fecha del advenimiento de los jóvenes soberanos: «Le hacen una guerra sin cuartel a la reina y no le ahorran ningún horror. Estos rumores, que buscan su perdición, los ponen en circulación la cábala jesuítica del canciller Maupeou y las viejas beatas». Mal informada, la emperatriz escribía a su hija: «No sabría expresarte mi alegría personal por lo que se oye: todo el universo está extasiado. Y hay motivo: ¡un rey de veinte años y una reina de diecinueve! Todas sus acciones están colmadas de humanidad, generosidad, prudencia y un gran juicio». La

«pequeña reina» tomaba las calumnias con humor. En diciembre de 1775, escribió a su madre: «Estamos en una epidemia de canciones satíricas. Nada me han ahorrado; con libertad me han supuesto dos gustos, el de las mujeres y el de los amantes». Hasta le atribuían amores con su amiga madame de Lamballe y, para llegar al colmo, con su modista, mademoiselle Bertin. Esas calumnias eran muy ridículas para que se preocupara. Pero, sin duda, se equivocaba al no tenerlas en cuenta. ¿Quién se habría animado con fríos y sólidos razonamientos a prohibir las diversiones de una reina vivaz, joven y linda? Sólo una madre o un marido habrían tenido derecho, y el rey no ponía ningún obstáculo a la voluntad de María Antonieta... y era esclavo de todos sus deseos.

Los comerciantes que seguían a la Corte no se quedaban atrás. Un joyero tuvo la idea de poner el retrato del rey y de la reina en cajas simples, forradas con *galuchat*, nombre que se le daba a la piel de tiburón. A esta fantasía le dieron el nombre de *consuelo en la pena*. Rose Bertin concibió un taburete apropiado para las circunstancias. Era una composición asombrosa: a la izquierda se alzaba un gran ciprés adornado con caléndulas negras, al pie del cual un crespón representaba un revoltijo de raíces; en el lado derecho, un grueso haz de trigo apoyado en un cuerno de la abundancia, de donde salían uvas, melones, higos y otros frutos en gran cantidad, perfectamente imitados, todo mezclado con plumas blancas. Había que comprender que mientras el dolor de la pérdida del rey hundía sus raíces más profundas en el corazón de la gente, el nuevo reino prometía abundantes riquezas. A ese taburete alegórico lo reemplazó muy pronto el *puf* de la inoculación. Luis XVI fue inoculado contra la viruela el 18 de junio de 1774 y el éxito de lo que todavía no se llamaba vacuna inspiró a la modista. Concibió, bajo un sol naciente, un olivo cargado de frutos alrededor del cual se enroscaba una serpiente que sostenía una maza rodeada de guirnaldas. Estaba claro que la serpiente de Esculapio derribaba al monstruo de la viruela a la luz de un nuevo rey y en la paz que simbolizaba el olivo.

El matrimonio de Jean-Louis Fargeon se celebró en San Eustaquio, parroquia de la esposa, como era la costumbre. El contrato lo firmaron ante el maestro Paulmier, el 26 de julio de 1774. El régimen matrimonial era la comunidad de bienes, muebles e inmuebles, según el uso de París. Los jóvenes esposos estaban rodeados de testigos. Los de la desposada eran comerciantes, un abogado del parlamento, un ex cónsul y un controlador de rentas. Los de Jean-Louis eran Louis-Sébastien Mercier, profesor de artes en la universidad y futuro autor de un célebre *Cuadro de París*; Étienne Chaulair, pintor del rey y Pierre Guiraud, doctor en Medicina de la Universidad de Montpellier.

El matrimonio se instaló en el piso de arriba de la tienda de la calle de Roule, en el que había sido el departamento de los Vigier. Victoire representaba su nuevo papel a la perfección; sabía mostrarse amable sin complacencia y respetuosa sin adulación.

Los esposos se dedicaban al futuro de su negocio que se anunciaba favorable, si bien la competencia era dura. Por un lado, venía de los lugares «privilegiados», donde artesanos y obreros que, sin haber alcanzado la maestría, tenían licencia para ejercer la profesión de perfumista en lugares determinados que eran objeto de una severa vigilancia por parte de los agentes de policía. Los colegas de pleno derecho del barrio de Saint-Honoré eran los rivales más inquietantes. Por pedido de Colbert, Le Nôtre había abierto en el bosque de Boulogne una vista hacia la colina de l'Étoile. Grandes señores y recaudadores de impuestos construían en el nuevo barrio soberbias residencias, cuyos jardines prolongaban los de los Campos Elíseos. Para estar cerca de su clientela, los perfumistas se instalaban en los alrededores. En 1775, un tal Jean-François Houbigant, que se beneficiaba con el patronazgo de la duquesa de Charost, abrió una tienda en el número 19 del barrio de Saint-Honoré con el nombre de El cesto de flores. Acaba de lanzar al mercado el agua de Houbigant, de propiedades refrescantes y calmantes, compuesta exclusivamente de flores. Su manera de promocionar el producto mostraba que sería un competidor temible: «Es para la belleza del rostro lo que el rocío de la mañana es a las flores; refresca y tonifica la piel, le otorga un aterciopelado de lo más delicado y preserva el tinte de todas las afecciones cutáneas. Empleada en el baño, el cuerpo retoma su fuerza, la energía vital reencuentra en ella su estímulo». Houbigant también vendía polvo para las pelucas, extractos de milflores, guantes y abanicos, pastillas para quemar y, en homenaje a su protectora, una pomada *a la duquesa*. Se decía que había hecho llevar a la reina dos perfumes bautizados *María Antonieta* y *María Teresa*, pero a la soberana le había parecido demasiada adulación y no quiso aceptarlos.

Fargeon no perdía de vista el objetivo que se había marcado: embellecer el brillo de la belleza con cosméticos artísticamente preparados y reparar los daños de la edad o de la naturaleza en el sexo femenino, cuyo más dulce gozo es el de complacer. Era, al mismo tiempo, un marido feliz de ver que su esposa no le iba a la zaga a sus nobles clientes y un comerciante que deseaba familiarizar a Victoire con los productos que estaba destinada a vender, por lo que le pidió, poco después del matrimonio, que se prestara a una sesión de maquillaje al estilo de la Corte. La joven aceptó de buena gana y, una mañana, el perfumista procedió a una cuidadosa limpieza de su piel con leche de belleza y, luego, con loción astringente; después, con un pincel, empezó a cubrir con virtuosismo el rostro de su esposa con una masilla blanca muy fina, mientras explicaba las operaciones que realizaba.

—Hay que cuidar que la luz sea desigual, porque, si es uniforme, sólo extenderemos un enyesado. El blanco de la frente debe ser más brillante que en otras partes. Conviene que brille muy ligeramente cerca de las sienes, donde puede ser un poco azulado. Alrededor de la boca se necesita un blanco de albatros.

La aplicación del blanco llevó tanto tiempo que Victoire perdió la paciencia.

Observó que una mujer debía de tener muy pocas ocupaciones serias para dedicarse cada mañana a eso. Fargeon explicó que la piel debía estar completamente laqueada para borrar las marcas del sol y, por desgracia, muy a menudo, de la varicela. Una vez distribuido el blanco examinó con cuidado su batería de pequeños potes de rouge.

—El matiz del rojo siempre debe elegirse según la circunstancia y el carácter de la clienta. El carmín para el aire libre, adecuado para un paseo por el bosque, sería espantoso a la luz de las velas. El semirrojo solo se emplea para acostarse. Descarto el rojo de Corte porque no es conveniente para una mujer honesta. «No hay medio más adecuado para halagar los ojos que lucir un bermejo subido, porque no se halaga a un órgano desgarrándolo». Voy a usar para ti el rojo menos violento que existe.

Cuando terminó, bordeó los ojos de Victoire con un ligero trazo negro, luego dio brillo, con una pomada, a sus labios, cejas y pestañas, después de cepillarlas con un peine minúsculo.

Cuando le entregó un espejo, Victoire hizo un movimiento de rechazo ante la imagen de linda marquesa que éste le devolvía.

—¡No soy yo!

—Eres tú después de la sesión de maquillaje. Te garantizo que en la Corte estarían celosas, porque tu belleza sigue siendo natural. Falta el peinado, pero no es de mi competencia, fuera, por supuesto, del polvo *a la Fargeon* que proveemos a los peluqueros.

Explicó que una elegante se hacía peinar y empolvar cada día por su doncella o por un peluquero-peinador que, provisto de una gran mota de seda, cubría con polvos pelucas y cabellos. Para protegerse de esas nubes blancas, las mujeres sostenían delante del rostro un gran embudo, el cucurucho de polvo. Los polvos más apreciados eran los de violeta, que tenían una base de iris.

—Devuélveme mi verdadero rostro —imploró Victoire.

Mientras destruía su obra con gran cantidad de agua de arroz, le dijo que las coquetas debían evitar mantener durante demasiado tiempo su maquillaje, porque éste, a menudo, tenía partes minerales corrosivas que, a la larga, tenían funestos efectos. Se lo podían quitar con agua de avena perlada, de lentejas, de lirios, de leche o de almendra dulce o amarga. Todo era cuestión de piel y lo mismo sucedía con las pomadas. Algunas exigían aceite de almendras dulces, bálsamo blanco o manteca de mayo; otras, cacao, blanco de ballena o aceite de cuatro semillas frías. Por último, dijo que sentía horror del azul con el que las damas de la Corte subrayaban algunas venas para resaltar mejor la aristocrática blancura de su piel. Nada había más opuesto a lo natural.

Victoire asintió y declaró que estaba lo suficientemente instruida acerca de los misterios del maquillaje. Se interesaría más por el negocio. Así, alentó la voluntad de su marido de abrir sucursales en la provincia y en el extranjero. Las primeras se

instalaron en Nantes y en Burdeos, que ofrecían la ventaja de ser un trampolín para las Antillas. Fargeon se hizo pagar en materias primas exóticas como vainilla, de la que obtuvo un maravilloso aceite esencial.

Inglaterra hacía furor y Voltaire había ponderado en sus *Cartas inglesas* la belleza de sus jardines y la sensatez de sus instituciones liberales e ilustradas. El lujo de la *gentry* era célebre y debía de ser posible conseguir entre ella una clientela selecta. El maestro perfumista decidió visitarla. Después de desembarcar en Douves, cruzó Kent y llegó a Londres admirando la belleza de las campiñas de un verde más fresco que el del continente. Tal vez compartía las impresiones del conde Tilly que, en general, encontraba a las mujeres de allí bastante bellas y a algunas más feas que en cualquier otra parte, y a los hombres vestidos con bastante riqueza, aunque en su mayoría un traje bordado y una espada parecieran molestarlos más que engalanarlos. La vida de los ingleses ricos hacía pensar en la campiña y ellos siempre aspiraban a las comodidades del confort. También se preocupaban mucho más por la higiene y la limpieza que los súbditos de los Reyes Cristianísimos. Se lavaban la cara y las manos cada día y todo el cuerpo dos o tres veces por semana. Todos tenían bañera, porque consideraban que el baño era un complemento de los ejercicios del cuerpo.

Inglaterra tenía una larga tradición en materia de perfumes. La corte de Isabel I se enloquecía con las especias, los bálsamos y las esencias animales que traían de Oriente y de Arabia las naves venecianas. Desde 1730, un joven español de Menorca, Juan Famenias Floris, vendía su famosa *La vender* a todo el Londres elegante. A ésta agregaba esencias de lavanda, de bergamota, de tomillo o de serpol, pomadas a la rosa o a la vainilla, y todo lo que podía agrandar a una clientela refinada. Jean-Louis lo visitó y recogió en su tienda ideas de las que estaba dispuesto a sacar el mayor partido. No dejó Londres sin haber establecido los contactos que le permitirían, llegado el momento, crear allí un establecimiento próspero.

LAS EXTRAVAGANCIAS DE ROSE BERTIN

En París, la reina, como la fortuna, favorecía a los audaces. La última extravagancia de Rose Bertin había terminado por convertirla en la más grande de las modistas. Nacida treinta años antes en Picardía, en una familia de campesinos, se había abierto camino desde que entró a los doce en el Trait Galant, de Mademoiselle Pagelle, comerciante de modas, como mandadera encargada de entregar los vestidos, en su estuche de cotín, a las clientas de calidad. La princesa de Conti, divertida por su parloteo, fue quien provocó su prodigioso ascenso. Su última creación era «un penacho de plumas que las jóvenes elegantes llevaban en la parte posterior de la cabeza». Había tomado el nombre de una memoria que el señor de Beaumarchais acababa de publicar contra el señor Marin con el título *Quès aco, Marin?* (¿Qué es esto, Marin?). Este panfleto había tenido tanto éxito entre el público bromista de París que un día, cuando paseaba por el Palais-Royal, el infortunado Marin se vio obligado a huir ante una multitud que no dejaba de zumbarle en los oídos: «*Quès aco, Marin?*». María Antonieta se hizo explicar el sentido de esa locución provenzal y le gustaba repetirla con frecuencia en la intimidad.

A Bertin se le ocurrió construir un nuevo andamiaje compuesto de tres penachos, colocados detrás del recogido. En ese entonces los cabellos se llevaban levantados sobre la frente con la ayuda de enormes alfileres; tenían las puntas rizadas y, por detrás, formaban varias hileras de bucles enormes. Este peinado, que completaba el *Quès aco?*, se llamó *erizo*. Todo es efímero en materia de moda, pero lo es mucho más cuando se trata de peinados. Muy pronto apareció el *puf de los sentimientos*, en el que podía leerse la inscripción siguiente: «El *puf de los sentimientos* es un peinado que ha reemplazado a *Quès aco?*, infinitamente superior a él por la multitud de cosas que entran en su composición y por el genio que exige para cambiarlos con arte. Se lo llama *puf* debido a la confusión de objetos que puede contener y a los sentimientos porque éstos deben relacionarse con lo que más gusta. Todas las mujeres quieren tener un *puf* y se enloquecen por él». El *puf* reunía los objetos más variados: frutas, flores, verduras, pájaros embalsamados, muñecas y adornos de todo tipo. De esta manera, permitía afirmar los gustos y los sentimientos.

El principal peluquero de la reina, el célebre Léonard, sobresalía en el arte de colocar los pufs de gasa que introducía entre los mechones de pelo. Un día, en una proeza, hizo entrar hasta catorce varas de tela en un solo peinado. Las grandes damas rivalizaban en extravagancia. La duquesa de Lauzun apareció en casa de la marquesa Du Deffant con un *puf* que ofrecía a la vista todo un paisaje: un mar agitado con patos que nadaban en la orilla, un cazador al acecho y en la punta del peinado, un molino en el que un abate cortejaba a la molinera, y, finalmente, debajo de la oreja, se veía al molinero, marido ignorante de su suerte, que tiraba de la rienda a un asno

empacado.

Fargeon trasvasaba sus perfumes en los frascos de porcelana de sus clientes nobles. Colocados sobre un entrelazamiento de flores y rocalla, esos objetos artísticos estaban adornados con miniaturas de temas mitológicos, galantes o campestres: Cupido y Baco, Vertumno y Pomona, Arlequín y Gilles, un pastor que cortejaba a una pastora, animales familiares o pájaros exóticos acompañados por galanterías en letras doradas: «Soy fiel», «El amor pasa, la amistad queda», «La libertad me hace fiel». Un amor enmascarado tamborileaba como un sargento reclutador arriba de «Recluto los corazones». A Fargeon le agradaba descifrar los jeroglíficos que tenían algunos frascos: en una gloria dorada se leía «Puse mi gloria en amar»; una mujer muy arreglada buscaba una pulga debajo de la liga encima de un «Envidia su suerte»; un monje lascivo llevaba a su convento un haz de trigo a la espalda de donde salía la parte de abajo del cuerpo de una belleza desnuda.

Madame de Pompadour había vuelto a introducir la tradición antigua de la glíptica, y las cajas y los frascos estaban adornados, en su mayoría, también con camafeos. Los neceseres estaban forrados de *galuchat*. Desde 1750, el cristal de plomo descubierto en Inglaterra permitía fabricar en cantidad frascos con monturas de oro y de plata. Por todas partes reinaban los perfumes más refinados y sólo se encontraban marquesas ambarinas, petimetres que olían a Chipre, magistrados almizclados como garduñas. Los moralistas denunciaban este exceso de aromas, pero esto no perturbaba a esa sociedad en trampantojo, que usaba y abusaba de ellos al igual que del maquillaje, el unguento y el polvo.

«¡PÓNGASE *rouge con FURIA!*»

En materia de moda todo debía ser «al modo de la reina», hasta los gestos y la manera de expresarse. En términos actuales, la reina de Francia era la estrella a la que espiaba y admiraba el mundo elegante de todas las capitales, de Madrid a San Petersburgo. Los que no tenían el privilegio de verla sabían cómo se había arreglado por los resúmenes del *Journal des dames*. El estatus de soberana de la moda, atribuido a su hija, irritaba a la emperatriz María Teresa. Se enojó al ver uno de sus retratos: «¡No, no es el retrato de una reina de Francia, hay una equivocación, es el de una actriz!». Por su parte, el emperador le reprochaba a su hermana haber introducido demasiado modas nuevas y «la atormentaba sobre el uso del *rouge* al que sus ojos no podían acostumbrarse». Un día que, para ir a un espectáculo, se puso más que de costumbre, le aconsejó que agregara aun más y, señalando a una dama que estaba en la habitación y que en verdad tenía demasiado: «“Un poco más debajo de los ojos”, dijo el emperador a la reina. “Póngase *rouge con furia*, como esta dama”. La reina le rogó a su hermano que terminara con sus bromas y, sobre todo, que se las dirigiera a ella sola».

A la reina le gustaban con locura las flores: rosa, junquillo, lila, violeta o lirio.

Fargeon creó un agua, un polvo y una pomada *al modo de la reina*. Pero fuera de esa pasión, todo se movía y se modificaba sin cesar. Un día del verano de 1775, María Antonieta se había presentado ante su real esposo con un vestido que le hizo exclamar que ella tenía «el color de las pulgas». Enseguida, París y las provincias adoptaron ese tono y los tintoreros variaron sus colores: vieja y joven pulga, vientre, lomo o patas de pulga. A un recién llegado a la Corte le aconsejaron: «Tenga un traje pulga, una chaqueta pulga y preséntese con confianza». En la tienda se repetía la ocurrencia del ministro Maurepas. Un día, la reina, vestida de verde, se encontró con el estadista que prefería verla ocuparse de telas y no de los asuntos del reino: «Mire —le dijo ella— a qué simplicidad me he reducido: véame entregada a un solo color, hasta en los zapatos que son de satén verde liso». Y Maurepas le contestó, inclinándose: «Más me asombro de ver el universo a sus pies». Luego vinieron los tonos «salmón intimidado», «gamuza». Como monsieur vio que cierta tela de color tenía el tono ceniciento del pelo de la reina, enviaron una mecha de este a Gobelinos y a Lyon para que imitaran el tono. Sedas, terciopelos y hasta géneros de lana entrefina y sábanas solo tenían valor si lo usaban.

El reproche de ruinoso trivialidad, que tanto mal haría a María Antonieta, empezaba a resquebrajar el trono. Se decía que «gastaba como una mujer a la moda, como una favorita, no como una soberana». En 1776, el rey pagó sin vacilar de su caja personal las cuatrocientas veintisiete mil libras de deudas que ella había contraído. Corría el rumor de que por imitar a la reina, las damas francesas se arruinaban. Al respecto, la condesa de Adhémar pronunció un alegato que, a decir verdad, acusaba a su señora creyendo defenderla: «El cálido amaneramiento que ponía en todo lo que se refería a su arreglo fue un medio hábil del que se sirvió para alejar de su persona a los intrigantes. Se la veía ocupada sólo en decidir el número, el color y el tamaño de las plumas, que a partir de ese momento se convirtieron en la clave maestra de todos los peinados de la Corte. Las plumas que la reina puso de moda hicieron verdadero furor; se adornaban con ellas los bonetes y los sombreros con una especie de extravagancia. Como las carrozas no eran lo suficientemente altas, hubo que ir en ellas de rodillas, o hacer bajar los asientos, y con los miriñaques era imposible». Se hicieron caricaturas y panfletos contra las plumas y las damas reales fueron las primeras en condenar esta fantasía.

Fargeon quería servir a la belleza de María Antonieta de manera menos escandalosa y más natural. Tenía prisa por repetir con ella el trabajo de seducción que tan bien le había resultado con la condesa Du Barry antes de que se malograra, pero a menudo se preguntaba si la reina estaría molesta por el breve favor que había recibido de la «criatura». Victoire le aseguró que no debía temer tal cosa.

—Eras un desconocido cuando te distinguí. Todos saben que madame Du Barry era muy exigente en materia de proveedores. El hecho de que te haya alentado es una

recomendación más que una desventaja. De todas maneras, tenemos el privilegio de proveer a la princesa de Guéménée y, por medio de ella, establecerás tu crédito en la Corte.

—No puedo pedirle ese favor. Sabes que es muy burlona. Sentiría demasiada vergüenza de ser rechazado.

—Demuéstrale que no eres como los otros.

Madame de Guéménée había recibido de su tía, madame de Marsan, la sucesión del cargo de gobernantas de los Hijos de Francia. Formaba parte de la sociedad íntima de la reina y daba brillantes fiestas en París y en su propiedad de Montreuil. Mientras que el rey se acostaba cada noche a las once en punto, la reina, cuando no iba a la casa de madame de Lamballe, pasaba la velada con madame de Guéménée, porque estaba segura de encontrar allí a la condesa de Polignac. Yolande de Polignac la había hechizado desde el primer encuentro. ¿Se debía a que «su andar tenía la marca de un abandono seductor» y «que ponía en sus movimientos una gracia descuidada que la hacía notar en medio de las más hermosas»? La manera en que lanzaba burlas encantaba a la reina que iba a verla sin ceremonia, comía con ella cuando tenía ganas o, cuando no, iba a ver a madame de Lamballe. Ésta trataba de reemplazar lo mejor posible a su rival. En su casa se hacían partidas de lansquenete, se cantaba, se bromeaba, se tocaba el clave y, sobre todo, se conversaba. También se jugaba mucho y la casa, como observó José II en su viaje a Francia, a veces «parecía un verdadero garito». En una de esas veladas la reina jugó al faraón hasta las cuatro de la mañana y al día siguiente, hasta las tres. Luis XVI lo consentía: «Sin embargo, el rey, que nunca sale de su apartamento a la noche y que no le gusta que jueguen tanto, en esta ocasión no se permitió decirlo porque lleva hasta la deferencia su consentimiento a todo lo que pueda divertir a la reina».

Un día que le hacía una entrega a la princesa de Guéménée, Fargeon guardó silencio, lo que asombró a la dama.

—Y bien, ¿qué pasa, amigo mío? ¿Sufre una pérdida de voz como los cantantes de moda?

Él le confesó que soñaba con ser proveedor de Su Majestad.

—¿Es sólo eso? Hágame traer uno de sus productos y recomendaré su uso a la reina. Tiene la bondad de confiar en mi opinión.

Cuando volvió a su casa anunció la gran noticia a Victoire.

—¿No te dije que la salvación vendría de ese lado? De soltera era Rohan y pertenece a lo más grande de la Corte. Goza de la plena confianza de la reina.

Buscó en qué campo podía sorprenderla y se decidió por los guantes. Como todo hombre cultivado, conocía la significación del guante. Ese objeto, que las damas fingen olvidar cuando quieren que vuelvan a llamarlas, lleva la marca de la persona, el perfume y la huella. Oculta la mano que se da o se quita. A la reina le gustaba

llevar guantes de color claro para acompañar sus vestidos. Le encargaba al señor Prévost por lo menos dieciocho pares por mes, todos blancos o grises claro. Ahora bien, los guantes perfumados eran una especialidad de Montpellier. A diferencia de sus competidores, Fargeon no se limitaba a perfumarlos: conocía los secretos de la fabricación, la elección y el tratamiento de las pieles, la mejor manera de teñirlas en todos los tonos. Por lo tanto, era capaz de diferenciarse de la competencia en ese campo y crear guantes *al modo de la reina*, que la soberana podría llevar a caballo. Le gustaba cabalgar, se ponía de buena gana un traje de caza y su caballo llevaba los magníficos arreos de los guardias nobles húngaros. Su madre, la emperatriz, le escribía en vano que «montar a caballo estropea la tez». En realidad, temía que ese ejercicio le impidiera dar un heredero al reino. La reina lo sabía y se irritaba, en lo más hondo de su alma sabía que el verdadero obstáculo no residía en los peligros de la equitación, sino en la indiferencia del rey, que nada hacía para que se produjera aquel acontecimiento feliz.

Fargeon eligió una piel de cabritilla y la tiñó de color gamuza, que consideró que combinaba con el traje de amazona. Los guantes blancos estaban de moda y las personas de calidad no llevaban otros, pero la reina creaba la moda y, por lo tanto, no tenía que seguirla. Para perfumar los guantes eligió flores simples: violetas, jacintos, claveles rojo carmesí, junquillos almizcleros llamados *al modo de la reina*. Debían recogerse en tiempo seco, una hora después de la salida o antes de la puesta del sol. Era importante no ajarlos, no «dejar nada verde en la violeta y cortar la mitad de las cañas de la tuberosa». De esta manera se garantizaba un olor natural y puro. Los guantes luego se pusieron «entre flores», dispuestos en cajas entre dos capas de flores frescas durante ocho días para que se impregnaran perfectamente de su aroma. El perfumista los untó con un preparado que tenía la virtud de conservar la suavidad y la frescura de las manos y de protegerlas del duro contacto con las riendas. Untó los guantes de piel con una mezcla de cera virgen blanca, aceite de almendra dulce y agua de rosas, luego los extendió sobre un lecho de rosas mosqueta frescas, para que se impregnaran por última vez de su olor. Después de ese tratamiento debían tener las mismas propiedades bienhechoras que los guantes llamados cosméticos, que se consideraba que embellecían las manos durante la noche.

LA BENEVOLENCIA DE LA REINA

Unos días después de haber enviado los guantes, recibió de la camarera el pedido de varios pares idénticos, así como otros de color pastel. Madame de Guéménée le comunicó esta buena nueva y le aconsejó que se colocara al paso de la reina cuando iba a la misa, para agradecerle su bondad. Le aseguró que le avisaría de su presencia.

—No dejaré de testimoniarle su benevolencia. Para montar a caballo ahora exige sus guantes, de los que habla maravillas.

Salió hacia Versalles el domingo siguiente con el regocijo en el alma. El ceremonial era inalterable: las damas de la reina iban primero al salón que precedía al dormitorio y se amontonaban como podían, porque eran muchas y llevaban trajes con miriñaques. Luego, la princesa de Lambelle entraba en el cuarto donde la reina hacía su aseo. Al cabo de unos minutos un ujier llamaba en voz alta: «¡El servicio!». Entonces, las cuatro damas de palacio «de semana» y otras que habían ido a ser su corte entraban en la habitación. En el salón de juego, por donde debía pasar la reina para ir a misa, se admitía a algunos privilegiados, ya recibidos antes en audiencia particular o que representaban a extranjeros.

La audiencia se prolongaba hasta las 12.40. Entonces se abría la puerta y el ujier anunciaba: «¡El rey!». Luis XVI se reunía con la reina y el cortejo se ponía en marcha para ir a misa. El primer gentilhomme de la Cámara de ese año, el capitán de los guardias de turno y varios otros oficiales de las guardias tomaban la delantera, pero el capitán de los guardias era el que más cerca iba del rey. Luego venían el rey y la reina, que caminaban muy lentamente, para decir una o dos palabras al pasar junto a los numerosos cortesanos que formaban una hilera a lo largo de la gran galería.

Mientras ella se acercaba, Fargeon se olvidó de mirar al rey, invadido como estaba por la idea de que no debía perder el menor detalle del espectáculo que le ofrecía su futura clienta. Unía a un gran aire de dignidad una gracia extrema en el paso y en la actitud. Su tez era deslumbrante y el porte de su cabeza, admirable. Saludaba al pasar a los que quería distinguir y, antes de llegar a su altura, oyó decir palabras amables a las personas que le habían sido recomendadas. Con un nudo en la garganta por la emoción, vio que, por fin, se acercaba a él, lo miró y se sonrió como si acabara de reconocerlo. Siguió su camino, pero ya era un signo firme de su benevolencia.

Madame de Guéménée, a la que Fargeon fue a agradecerle, lo felicitó.

—Le ha parecido de buen tono. En ella, la primera impresión decide todo, nunca vuelve a ver a los que su aspecto le ha desagradado. Desea que, además de guantes, le procure lo que podría enriquecer su baño.

El perfumista llevó él mismo a Versalles las bolsitas que contenían su preparado, e indicó la composición y el uso a las bañadoras.

—Empleé cuatro onzas de almendras dulces peladas, una libra de helenio, una libra de piñones, cuatro puñados de semillas de lino, una onza de raíces de malvavisco y una de bulbos de azucena. Les recomiendo que hiervan agua del río, sobre todo la que ha pasado por la rueda del molino, la suficiente para un baño, y cuando esté caliente, echarla en la cuba. La reina debe sentarse sobre la gran bolsa, y ustedes utilicen otras dos, que contienen salvado, para frotarle el cuerpo. Es una lástima que no le guste el ámbar, el estoraque ni el benjuí, porque ayudan a que el cuerpo quede blanco, limpio y sin mal olor.

—¿Cómo debo llamar a su preparado si la reina lo pregunta?

—Es el *baño de la modestia*.

Sabía que ese nombre le gustaría a la que siempre proclamaba que detestaba la etiqueta y la pompa.

Las bañadoras-lavadoras lo recibieron con reticencias, porque empezaba a correr el rumor de que gozaba del favor real. El «cuarto de baño» se encontraba en el primer piso, detrás de la cámara de la reina, cerca del salón de la Meridiana. El suelo, recubierto de lajas, estaba inclinado para permitir que se evacuara el agua. La bañadera recibía agua caliente o fría por una cañería de la sala de cubas situada justo encima. A Fargeon le impresionó la simplicidad del lugar. Nada había de la fastuosa decoración que los hermanos Rousseau habían concebido para el baño de Luis XV, convertido en la sala del Tesoro.

La jefa de bañadoras explicó a Fargeon que la emperatriz le había inculcado a su hija la costumbre del baño, porque en Austria se daba mucho valor a la higiene. En las clases altas de la sociedad, al baño le seguía una fricción del cuerpo con un lienzo mojado en agua de salvado, pero si bien ese tratamiento espartano servía para la educación de una princesa, no convenía a una reina. Refinada hasta el punto de haber instalado en sus apartamentos «lugares a la inglesa» en caoba, con un chorrito de agua ingenioso e higiénico, la reina tomaba baños perfumados. Un difamador tomó este pretexto para escribir que «había recibido desnuda en su baño a un venerable eclesiástico». Ella se bañaba con una gran camisa de franela inglesa abotonada hasta el cuello, así como en el extremo de las mangas. Cuando salía del baño, la primera mujer tenía una sábana muy alta que luego le colocaba en los hombros. Las bañadoras la envolvían y la secaban; luego se ponía una larga camisa abierta y toda adornada con puntillas, un salto de cama de tafetán blanco y pantuflas de bombasí también adornadas con puntillas. La doncella del guardarropa calentaba la cama y la reina se acostaba; las bañistas y los mozos quitaban entonces todo lo que había servido para el baño, mientras la reina tomaba un libro o su labor de tapicería. Los «días de baño», almorzaba en el mismo baño porque le ponían una bandeja en la bañadera.

Fargeon, partidario decidido de la naturalidad, consideraba que los baños

mantenían la belleza femenina. «Porque la limpieza es, por decirlo así, el alimento de la piel, y contribuye a la salud. Es necesario bañarse y cada uno establece su norma particular para los baños. Unos los toman cada ocho días, otros cada quince, otros cada mes, y muchos cada año, durante ocho o diez días seguidos, en la época más adecuada para hacerlo. Se pueden tomar los baños en su casa o en la casa de los bañistas, donde se encuentran todas las comodidades sin problemas, y las operaciones depilatorias ya no ofrecen ningún peligro. Sin embargo, muchos preferían los llamados domésticos, porque se los puede tomar en la propia casa. Hay tres tipos de baños. En el primero, todo el cuerpo está en el agua hasta el cuello. En el segundo, el semibaño, el cuerpo está sentado y sólo tiene agua hasta un poco encima del ombligo. El tercero es para los pies, donde solo hay agua hasta la pantorrilla».

Fargeon supo rápido cómo se desarrollaba el aseo de la reina. Después de un primer momento en la intimidad, el «tocado de representación» tenía lugar a mediodía. Se sacaba el mueble, el «tocador» propiamente dicho, al centro del cuarto y la reina usaba el mismo lugar para desvestirse a la noche. La primera dama presentaba el peinador de la reina, si estaba sola al comienzo del tocado, y las damas de honor llevaban los otros objetos a su llegada. Al mediodía, dos mujeres en traje de corte relevaban a las que habían servido durante veinticuatro horas. Se admitían las «grandes entradas» durante el aseo; la superintendente, las damas de honor, las camareras y la gobernanta de los Hijos de Francia cuando estaba, adelantaban en círculo a los que presenciaban sentados.

Las damas de palacio empezaban su servicio sólo a la hora de salir para la misa; esperaban en el gran gabinete y entraban cuando el aseo estaba terminado. Las princesas de sangre, los capitanes de las guardias, todos los grandes cargos que tenían acceso, formaban su corte a la hora del tocado. La reina saludaba con la cabeza o con una inclinación del cuerpo, apoyándose en su tocador, para indicar el movimiento de levantarse; esta última manera de saludar estaba reservada sólo a los príncipes de sangre.

Los hermanos del rey habitualmente iban a hacer la corte a Su Majestad mientras la peinaban. Vestirse, desde los primeros años del reinado, tenía lugar en la habitación y seguía las leyes de la etiqueta; la dama de honor pasaba la camisa y vertía agua para el lavado de las manos; la camarera pasaba las enaguas del vestido o del traje de ceremonia, colocaba la toquilla, anudaba la gorguera; pero la altura prodigiosa de los peinados obligaba a pasar la camisa por abajo. Cuando luego la reina quiso tener a su modista, mademoiselle Bertin, las damas se negaron a compartir el honor de servir a la reina, el aseo dejó de hacerse en la habitación, y la reina, luego de saludar al grupo, se retiraba a sus gabinetes para vestirse.

Vestir a la reina era una obra maestra de etiqueta; todo estaba reglamentado. La dama de honor y la camarera, las dos si estaban juntas, ayudadas por la primera

doncella y por dos doncellas comunes, hacían el servicio principal; pero había distinciones entre ellas. La camarera ponía las enaguas, presentaba el vestido. La dama de honor vertía el agua para lavar las manos y ponía la camisa. Cuando en la ceremonia se encontraba presente una princesa de la familia real, la dama de honor le cedía esta última función, pero no directamente a la princesa de sangre; en ese caso, la dama de honor entregaba la camisa a la primera camarera que la presentaba a la princesa de sangre. Cada una de las damas observaba escrupulosamente las costumbres como si fueran derechos. Sucedió que, un día de invierno, la reina, desvestida, estaba a punto de ponerse la camisa. Madame Campan la tenía desplegada. Entró la dama de honor, se apuró a quitarse los guantes y tomó la camisa. Golpearon a la puerta, abrieron: era la duquesa de Orleans; se quitó los guantes y se adelantó para tomar la camisa, pero la dama de honor no debía entregársela; se la dio a madame Campan que la pasó a la princesa; volvieron a llamar: era madame, condesa de Provenza; la duquesa le pasó la camisa. La reina mantenía los brazos cruzados sobre el pecho y parecía tener frío. Madame vio su actitud incómoda y se contentó con tirar su pañuelo, guardar los guantes y al ponerle la camisa despeinó a la reina que se puso a reír para disimular su impaciencia, pero después de haber dicho varias veces entre dientes: «¡Es odioso! ¡Qué inoportuno!».

La azafata de la reina tenía a sus órdenes a una primera doncella, para doblar y repasar los objetos de tocador, a dos ayudantes y a un criado de guardarropa. Este último tenía a su cargo transportar al apartamento cestos cubiertos con tafetán verde que contenían todo lo que la reina llevaría durante el día; le daba entonces a la primera doncella un libro donde estaban sujetas las muestras de vestidos, trajes de ceremonia, batas y deshabillés, etcétera. Una porción del adorno indicaba de qué tipo era. La primera doncella presentaba este libro con una almohadilla a la reina cuando se despertaba. Su Majestad colocaba alfileres en todo lo que deseaba para el día: uno en el traje de ceremonia, uno en el vestido de la tarde, y uno en el traje de etiqueta para la hora del juego o la cena en los apartamentos privados. Se llevaba ese libro al guardarropa y muy pronto llegaba en grandes tafetanes lo que Su Majestad había elegido. La camarera del guardarropa, encargada de la lencería, llevaba, por su parte, un cesto tapado que contenía dos o tres camisas, pañuelos y cepillos. El cesto de la mañana se llamaba «lo dispuesto para el día»; a la noche se llevaba otro que contenía la camisola, la cofia de dormir y las medias para la mañana: éste se llamaba «lo dispuesto para la noche». Terminado el aseo, se hacía entrar a los ayudantes y a los criados de guardarropa que devolvían a éste los objetos inútiles donde se doblaban, colgaban, revisaban y limpiaban con un orden y un cuidado tan asombrosos que hasta los vestidos arreglados tenían el brillo de lo nuevo. El guardarropa de los atavíos consistía en tres grandes habitaciones rodeadas de roperos; unos con cajoneras corredizas, otros con perchas; en cada una de esas piezas, grandes mesas servían para

extender los vestidos y los trajes, y para doblarlos. Cuando llegó a la Corte de Francia la reina había heredado el gran tocador bermejo de la Delfina María Josefa de Sajonia, conservado con los bienes de la corona por orden de Luis XV. Los orfebres Jacques y Jacques-Nicolas Roëttiers, figuras dominantes entre los orfebres parisienses, habían restaurado aquel tocador para María Antonieta.

La reina tenía, para el invierno, doce trajes de ceremonia, doce vestidos llamados de fantasía para diario y doce vestidos con miriñaque que llevaba para el juego o la cena en los apartamentos privados. La ropa interior del verano servía para el otoño. Todos se reformaban al final de cada estación, a menos que Su Majestad conservara alguno que le gustaba. No se mencionaban los vestidos de muselina, percal, u otros de este tipo: su uso era reciente y no entraban entre los que se incluían en cada estación, porque se los usaba durante muchos años.

Apenas volvió a la tienda, el perfumista se puso a buscar otra composición original. Tenía una base de incienso, espicanardo y mirto incorporados a aceites de arándano, membrillo o nenúfar. Hizo pequeñas bolitas que, aseguraba, servían para «desengrasar y blanquear la piel y le dejaban un olor agradable». Durante meses sólo proporcionó guantes y bolsitas. Como la perfumería combinaba naturalmente con el peinado, Victoire le aconsejó que hiciera una alianza con el principal peluquero de la reina, el célebre Léonard, y que le señalara que en Montpellier había estudiado los polvos y las pomadas que servían para cuidar el cabello, que le podrían ser útiles. En efecto, Léonard colocaba en la cabeza de las damas un adorno ahuecado de crin y gasa sobre el que levantaba toda la cabellera y la untaba con pomada. Luego empolvaba con almidón perfumado y agregaba postizos. Fargeon no tuvo problemas en que una de sus clientas lo presentara al peluquero con el pretexto de que lo admiraba tanto como para desear conocerlo. Tuvo la impresión de ver en su persona a uno de esos marqueses con cintas de los que se había burlado Molière. «Trabajo con el peine y con el espíritu» —le gustaba decir a la vez que se proclamaba pomposamente «académico de peinados y moda»—. El perfumista explicó que no era un competidor de los peluqueros, sino su aliado. Lejos de invadir su territorio los instalaba con más solidez en él, al proveerlos de productos de mejor calidad que los que usaban. El último argumento convenció a Léonard.

El peluquero sacó más ventajas que el perfumista de su colaboración. Era de una extraña avaricia y nunca tenía dinero para pagar sus facturas. «¡Más tarde, más tarde!» —decía cuando se mencionaba el tema—. Apreciaba y elogiaba las pomadas y el polvo de Fargeon, pero se cuidaba muy bien de pagarlos. Al igual que mademoiselle Bertin, estaba ensoberbecido por el favor de la reina. La mayoría de las veces, para que no le reclamaran las cuentas, enviaba a la tienda al «hermoso Julien», su primer ayudante, «personaje medio imponente, medio ridículo, al que también se empezaba a arruinar».

ALIADO DE MADEMOISELLE BERTIN

Como esa alianza terminó en nada, Fargeon decidió buscar si no el favor, al menos la protección de mademoiselle Bertin. No era fácil, porque la modista «se trataba de igual a igual con las princesas». Sólo la había cruzado sin que hubiera reparado en él. Fue así como, una mañana, se quedó asombrado cuando la vio entrar en su tienda con paso decidido, seguida por un lacayo que llevaba una gran caja de madera lustrada. Le dijo que lo había recomendado madame de Guéménée e hizo abrir la caja donde el perfumista distinguió hermosas flores de varias especies. ¿Qué iba a hacer con eso? Ella sonrió por su asombro y le explicó que esas flores, creadas en un convento de Italia, nada debían a la naturaleza. Estaban hechas de batista fina, tafetán y gasa enyesada. Deseaba que Fargeon les agregara el perfume que les faltaba. Se deshizo en agradecimiento ante esta proposición de una alianza que probaba que su reputación ya estaba consolidada. La modista le habló de la reina, insistiendo en su bondad y su gran gusto por la novedad. Para perfumar las flores artificiales, Fargeon empezó a frecuentar la soberbia tienda Au Grand Mogol, donde mademoiselle Bertin empleaba a una treintena de obreras. Era de buen tono mostrarse en sus salones, donde, con el pretexto de que iba de compras, podía codearse con todo el mundo. Ella había desarrollado el uso de las muñecas de moda, pequeños maniquíes vestidos según el último gusto de París, que cada mes cruzaban las fronteras para presentar a todas las cortes de Europa las obras maestras de la elegancia francesa. De esa manera, casi todas las personas reales eran clientas de la modista.

Fargeon aprendió a conocerla mejor: era antojadiza y embarulladora, pero fiel en la amistad. Lo trataba como un artista igual que ella, capaz de valorar su trabajo. Desbordaba de ideas, a menudo excelentes y a veces disparatadas, que dibujaba sin cesar, pero se desinteresaba de la administración de su negocio y nunca había conocido el valor del dinero. En fin, era altiva y peleadora. El gran favor que recibía le había hecho creer que todo le estaba permitido, y trataba con altanería hasta a los grandes personajes. La reina no dejaba de repetirle el verso del rey Prusias: «¡Ah! no me cree problemas con nuestra nobleza». La baronesa de Oberkirch lo resumía en una fórmula cruel: «La jerga de esta joven es muy divertida; es una mezcla especial de altivez y bajeza, que roza la impertinencia, cuando no se la frena, y que se convierte en insolente si no se la pone en su lugar». Todos se acordaban de la disputa que la había enfrentado a mademoiselle Quinault, en la que la reina había hecho de árbitro. Esta comediante había logrado que el duque de Nevers se casara con ella y era una de las habladoras de la Corte. Un día decidió tener un puf sentimental y mandó llamar a la modista, que se negó a desplazarse. Cuando la doncella de la duquesa de Nevers se lo reprochó, escuchó esta respuesta: «Por más que sea una creadora de moda, no se debe pretender que me moleste por una ex actriz de la ópera,

cuando tengo el honor de ser empleada por la reina». Las damas con título habían exigido el castigo de la insolente y la reina ordenó a su modista que fuera a presentar sus excusas. Ésta lo hizo enfurecida y estuvo en cama seis semanas.

En otra ocasión, un día de Pascuas, cuando Sus Majestades volvían del saludo, mademoiselle Bertin vio entre la multitud en hilera a su paso a una joven llamada Picot, que había trabajado en su tienda y que la había dejado para fundar una casa rival. Furiosa le escupió en el cuello y le dijo: «Te lo había prometido y mantengo mi palabra». Se planteó una queja y ella atribuyó su «movimiento involuntario» al «rechazo y el asco». «Ignoro las mentiras que han dicho la pandilla y los amigos de la señorita Picot —agregó— pero estoy moralmente segura de que ninguno de ellos ha dicho ni ha podido decir que me vieron escupir en el rostro de la joven Picot. ¡Cometer yo tan baja indecencia!»

Cuando Fargeon llevó a su esposa los frascos de la modista, Victoire levantó los brazos al cielo. Era de naturaleza austera y, aunque los negocios fueran excelentes, consideraba que un comerciante, en ningún caso, debía llevar un gran tren de vida y suscitar la envidia. En adelante, la casa gozaría del favor de la Corte. Desde 1775 hasta 1781 fue la época de la vida de la reina en que ella más se entregó a los placeres que le ofrecían de todas partes. Fargeon proveía a la mayoría de los miembros de la familia real, preparaba para cada uno las mezclas que más le convenían. Las mesdames, tías del rey, se habían instalado en la planta baja del palacio, y la habitación más amplia de su apartamento daba a la vez a la terraza del estanque y al cantero del norte. Se las veía espiando por las ventanas lo que pasaba afuera o entregadas a una conversación con alguna comadre de alto linaje que les transmitía los chismes de la Corte.

A veces, debía esperar que el rey, que había ido a buscar el parecer de «sus buenas tías», se fuera, y escuchaba pacientemente sus diatribas contra las modas nuevas, peinados y extravagancias de la reina, sobrina de ellas. Encargaban artículos de tocador, motas de cisne o escarbadiantes, agua de Colonia y, en recuerdo de Luis XV, agua de azahar del rey y agua de lavanda. Las mesdames eran tacañas, y sus deudas no eran muy grandes. Después de cruzar corredores muy sucios y de golpear pobres puertas, el perfumista iba a atender a monsieur, hermano del rey, bueno y fiel cliente. Para él había creado el *polvo de Monsieur*, variante más lujosa del *polvo a lo Fargeon*. A monsieur y a madame les gustaban los aromas de azahar y tuberosa. Hacían gran uso del agua espirituosa de lavanda. A diferencia de muchos grandes señores, el conde de Provenza tenía la costumbre de pagar sus deudas y no había que representar con él la escena del cobrador. Las cuentas se enviaban a su conserje y las pagaban en los mejores plazos.

Al hacer sus entregas, Fargeon había notado que apenas uno se alejaba de los lugares donde reinaba un hedor de letrina, el palacio tenía un olor específico y para

nada desagradable: un perfume ligeramente rancio, con un fondo de pimienta y almizcle que no existía en otra parte. Por falta de lugar, muchos grandes personajes debían contentarse con apartamentos sombríos e incómodos en las buhardillas, pero el solo hecho de estar en Versalles hacía olvidar la incomodidad. Ya no se extraviaba por los corredores y escaleras donde, en invierno, reinaba un frío siberiano. El conde y la condesa de Artois, así como madame Elisabeth y su dama de honor, Diane de Polignac, ocupaban la primera ala del sur del palacio que daba a la Orangerie, «esos apartamentos, aunque amplios, no lo eran tanto porque varios gabinetes tomaban la luz de la galería para no ser muy oscuros». La joven hermana del rey, a quien lo había recomendado madame de Marsan, era una encantadora princesa. Encargaba sobre todo agua de lavanda y agua de Colonia, así como espíritu de azahar. Para el conde de Artois creó también un polvo especial que sólo podía bautizar *polvo a la d'Artois*. Para ir a los apartamentos del duque de Orleans, subía por la escalera interior del pabellón llamado de Orleans, que comunicaba por el palier de la escalera de los Príncipes con la sala de los Cien Suizos. Del otro lado del pequeño patio de los Príncipes, estaba el apartamento de los Polignac, justo enfrente del apartamento del duque de Orleans. Madame de Polignac era una de las pocas damas de la Corte que no usaba perfumes. Fargeon lo deploraba, pero era otra la razón por la que escapaba de su presencia: sabía que le gustaba asestar a las reputaciones sus flechas envenenadas. La princesa de Lamballe, superintendente de la Casa de la reina, estaba muy bien alojada, al igual que madame de Guéménée, su vecina, en el extremo del ala Sur. Era gobernanta de los Hijos de Francia desde el nacimiento tan esperado de Madame Royale en 1778.

Los pedidos a la casa Fargeon eran de lo más variados; dependientes y criados se doblegaban ante los artículos de tocador y de coquetería, pomada al limón, pasta real en potes o bastones, pomada al azahar doble, piezas de tafetán de Inglaterra, aguas espirituosas, rascadores de lengua para conservar el buen aliento, cepillos de dientes, polvo de clavel, pomada al pepino, peines, cardadores para el pelo y esponjas, potes de porcelana fina, bolsitas bordadas y perfumadas, ligas, cintas para peinadores, hebillas de tocador, motas de cisne, potes de *rouge*, esponjas para la barba, guantes cosméticos o helados, surtido de lunares, aguas de melisa y vulneraria, cajas de coral y baratijas.

Victoire se ocupaba de que no olvidara nada y llevaba una rigurosa contabilidad. Su esposo había clasificado hábilmente a los clientes, grandes señores o burgueses, según la prontitud en pagar sus cuentas. Entre los «buenos deudores» se encontraban, por supuesto, la reina y su entorno inmediato, los messieurs, hermanos del rey, madame Elisabeth y el joyero Boehmer. Entre los «deudores dudosos con los que no salían las cuentas» había pocos grandes, porque el rey no veía con buenos ojos que no pagaran sus deudas. También existían «malos deudores», como la lectora de la reina,

mademoiselle Laborde, que tenían los medios para sus deseos, pero a los que había que contentar. También era el caso del duque de Orleans y del peluquero Léonard, por citar sólo dos.

LOS PERFUMES PREFERIDOS DE LA REINA

Todos los proveedores trataban con la azafata de la reina, cuyos pedidos eran considerables. Sólo en el año 1778, su cuenta se elevó a más de doscientas mil libras. A menudo había que recurrir a fondos provenientes del departamento de la Casa del rey para cubrir el déficit de la Casa de la reina. Fargeon conocía a la perfección los gustos de su augusta clienta. Aunque amaba el lujo con locura, apreciaba sobre todo las aguas simples, como la de azahar, llamada *del rey*, que el difunto Vigier había dedicado a Luis XV. Se obtenían por destilación de una única materia prima olorosa, de origen vegetal o animal, y se consideraba que tenían virtudes calmantes. La reina gozaba de los beneficios de la esencia de lavanda, muy de moda desde hacía más de veinte años, y de la esencia de limón. Hacía poner algunas gotas en el agua del baño y en cazoletas para purificar sus apartamentos. Elegía vinagres aromatizados con azahar o lavanda. Las damas de la reina siempre tenían al alcance de la mano pequeñas cajas, llamadas «vinagreras», para presentárselas a su señora en caso de una emoción fuerte o un malestar. Las preferían a las sales revigorizantes que se obtenían de tártaro vitriolado, embebido de espíritu de Venus rectificado.

Para María Antonieta, Fargeon preparaba sobre todo aguas espirituosas de rosa, violeta, jazmín, junquillo o nardo, obtenidas por destilación con espíritu de vino, después de una infusión más o menos prolongada. Las intensificaba con almizcle, ámbar u opopónaco. Como la reina había adquirido el gusto de los perfumes concentrados, creó *espíritus ardientes*, que ella se divertía en rebautizar *espíritus penetrantes*, y que eran fruto de varias destilaciones sucesivas. Su precio era muy alto debido a que exigían mayor consumo de materia prima y de tiempo de trabajo. De esto se ocupaba la azafata de la reina, y a menudo le hacía encargos para perfumar el aire, así como pastillas para quemar y popurrí de milflores.

La reina guardaba sus perfumes preferidos en un admirable mueble tocador. Cuando viajaba, los llevaban en un suntuoso neceser en el que había hecho colocar frascos de vidrio con facetas coloreadas y tapones de plata. Le gustaban las bolsitas de aromas, entonces muy de moda. Para fabricarlas, Fargeon tapaba una pieza de tafetán de Holanda con otra tela de satén o de seda y, según los gustos, las rellenaba de popurrís, polvos o algodones perfumados con plantas aromáticas. A María Antonieta le agradaba regalarlas a sus íntimos y se preocupaba de que concordaran con su personalidad. Cuidaba mucho su cutis. El *agua cosmética de paloma* limpiaba la piel, el *agua de los encantos*, hecha con las lágrimas que chorrean de la vid en mayo, la tonificaba. El *agua de ángel* blanqueaba y purificaba la tez. María Antonieta, cuyo cutis era admirable, no necesitaba el *agua de Ninon de Lenclos*, que se creía que conservaba la juventud. Cubría sus manos con pasta real que mantenía la suavidad y preservaba de grietas. Adoraba la pomada a la rosa, a la vainilla, al

franchipán, al nardo, al clavel, al jazmín, a la milflores. Para el baño usaba jabones a las hierbas, al ámbar, a la bergamota o al popurrí y, para mantener el brillo de sus dientes, encargaba polvos y opiatas. El maestro perfumista creó un polvo y una pomada *a la reina*, sólo para ella. Se proveía de *rouge con* mademoiselle Martin, pero Fargeon se permitió hacerle llegar, sin que se la hubiera encargado, una pomada roja excelente para los labios. No supo si la había usado.

El año 1778 fue beneficioso tanto para la reina, como para su perfumista. Versalles y la calle de Roule estuvieron marcados por un feliz acontecimiento. Desde su matrimonio, los maldicientes hacían correr el rumor de que María Antonieta nunca sería madre y que lo sufría en secreto. Mademoiselle Bertin le sugirió que hiciera una novena a la Virgen de Monflières, en Picardía. Una mañana, la reina entró en el gabinete del rey y le dijo unas palabras que hicieron que la mirara con un asombro incrédulo, como si hubiera perdido la razón.

—Sire, vengo a pedirle justicia con uno de sus súbditos que me ha insultado con violencia.

—¿Qué me dice, señora? No puede ser.

—Sire, puedo asegurarle que he sido golpeada.

—¡Vamos! ¿Es una broma?

—En absoluto, Sire. Se trata un ser tan audaz como para darme fuertes patadas en el vientre.

El rey, que por fin había comprendido, lanzó un grito de triunfo.

Victoire informó a su marido de su futura paternidad de manera menos ingeniosa, pero la alegría del perfumista fue igual a la del monarca. Llamaron a su primer hijo, heredero de la tienda y de sus secretos, Antoine-Louis. Su padre aprovechó el embarazo de su esposa para estudiar y crear varios preparados útiles para ese estado y proponerlos a la reina. El verano era abrasador. María Antonieta sufría el calor y no podía dormir sin hacer un paseo al aire libre por los jardines, donde los músicos tocaban partes de su repertorio. Para aliviar a Su Majestad, Fargeon preconizó, además del *agua de la reina de Hungría*, el agua de melisa, en la que se asociaban limón, canela, angélica, clavo y cilantro. Aconsejó abandonar los *espíritus penetrantes* por un *agua de ángel*, cuya fórmula creó: iris, palo de rosa, sándalo citrino, flor de benjuí, flor de cálamo aromático y estoraque. Excluyó el almizcle de sus preparados y solo mezclaba algunas gotas de quintaesencia de ámbar, para que resaltaran mejor los otros olores. Sabía que el embarazo exacerbaba el olfato de las mujeres. Por último, preparó un agua fresca y un agua refrescante para proteger la piel de los efectos del calor.

Apenas dio a luz, el 18 de diciembre de 1778, a María Teresa de Francia, la reina encargó a Rose Bertin un traje de brocado de quinientas libras para ofrecérselo a la Virgen de Monflières en acción de gracias. Los ayudantes de los comerciantes y los

regidores de París llevaron con gran pompa a Sus Majestades los presentes que la ciudad tenía la costumbre de ofrecer por «la abertura del vientre de la reina». Madame de Guéménéé, convertida en gobernanta madame Royale, hizo de Fargeon un «proveedor de los Hijos de Francia». En esa circunstancia ofreció una gran cesta de tafetán perfumada, una alfombra de tocador de terciopelo verde forrada con tafetán del mismo color y bordeado por un galón de oro, así como dos candelabros de tocador.

María Antonieta estaba muy decidida a que sus hijos gozaran de una educación menos convencional y menos rígida que la de los viejos tiempos. Se lo explicó a su madre: «De la manera en que se educa ahora se los molesta mucho menos; no se los faja y, desde que pueden estar al aire, se los acostumbra, poco a poco, y terminan por estar allí casi siempre. Creo que es la manera sana y mejor de criarlos. La mía vivirá abajo, con una pequeña reja que la separa del resto de la terraza, lo que le enseñará antes a caminar por el entarimado». Fargeon insistió con madame de Guéménéé sobre la importancia de inculcar, desde la tierna edad, hábitos de limpieza saludables y estos consejos, transmitidos a la reina, aumentaron su crédito.

Poco tiempo después del nacimiento de la princesa, Léonard envió al «hermoso Julien» a pedirle ayuda a Fargeon. La reina había llamado a su peluquero al noveno día del parto, porque había comprobado que perdía pelo. El barbero, cada mañana, debía visitar y cuidar la real cabellera y usaba la pomada *a la Fargeon*, pero quería saber si no existían productos adecuados para prevenir la caída del cabello. El perfumista le dio al emisario aceites antiguos a la violeta, al junquillo y al jazmín, para masajear el cuero cabelludo. Agregó su polvo para conservar los cabellos y hacerlos crecer, y precisó que fortificaba las raíces y además tenía la ventaja de «alentar la imaginación y fortificar la memoria».

UNA QUIEBRA PRONTO REPARADA

Absorbido por sus trabajos, Fargeon prestaba poca atención a las advertencias de su esposa, que se inquietaba al ver que sus clientes pagaban cada vez de manera más irregular sus facturas. Victoire estaba molesta, en particular con el duque de Orleans.

—Es un pozo sin fondo y nunca paga.

El desorden y la despreocupación parecían invadir toda la Corte y aunque no le faltaban ricos clientes, la casa Fargeon iba hacia la quiebra porque no cubría sus créditos. Un día no se pudieron pagar las compras de materias primas ni los salarios. La bancarrota quedó registrada el 12 de enero de 1779. Se elevaba a trescientos cuatro mil libras. La Casa de la reina le debía a la perfumería una fuerte suma. Sin embargo, el renombre del establecimiento era excelente y no se podía permitir que desapareciera. En esas circunstancias difíciles, Fargeon dio pruebas de una notable sangre fría. Había que pagar a los acreedores, entre ellos su suegro y su cuñado, así como a numerosos proveedores, la mayoría de Grasse, como los Tombarelli o los Escoffier, y cobrar los impagos. En su mayoría, los deudores por negligencia pagaron, porque no deseaban privarse de los servicios de la casa Fargeon. La Casa de la reina y su entorno, los condes de Artois y de Provenza, las mesdames, madame Elisabeth y los Hijos de Francia pagaron sus facturas.

Fargeon, que había aprendido de esa desventura, se esforzó por diversificar su clientela y sus actividades. Envío sus productos a toda Francia y, gracias a sus tiendas de Nantes y de Burdeos, desarrolló su negocio con Inglaterra, las «islas francesas de América» y los jóvenes Estados Unidos. Dieciocho meses después de esa seria alarma, en julio de 1780, Fargeon recibió la visita de Léonard. El maestro peluquero parecía muy agitado. Le explicó, con la promesa de secreto y con su estilo enfático, que a pesar de los masajes, la situación se volvía inquietante.

—La reina corre el riesgo de perder su cabellera. Al comprobar esta catástrofe tuvo un ataque de fiebre y temblores. Si se produce este espantoso acontecimiento, todo mi crédito en la Corte quedará arruinado de golpe. Es un desastre para mí, seguro, pero también para todo el arte de la peluquería, en la que nadie podrá tener mi lugar. ¿No dispone de un tratamiento más eficaz que el que yo uso? Créame que contará con mi gratitud infinita.

Fargeon disponía de otras armas contra ese flagelo: recomendó una nueva pomada fortificante perfumada al iris, así como una pomada con aceites esenciales de jazmín, nardo, cidra y junquillo. Esta última flor era la más difícil de elaborar y aumentaba el precio del producto, pero la reina la apreciaba especialmente y daba un perfume admirable.

Feliz coincidencia o efecto del polvo y de la pomada, la caída de los cabellos reales se detuvo. Léonard, tranquilizado, confió su proyecto de que Su Majestad

adoptara un *peinado de niño* inventado por él. Por el contrario, la retratista de la reina, madame Vigée-Lebrun, asegura que fue ella la primera en sugerir a la soberana que apareciera «con sus cabellos». Espantada, en un principio, por ver su cabello tan corto, la ilustre clienta cedió al argumento según el cual ese corte devolvería a las raíces el vigor perdido. El peinado de niño pronto fue la última moda. Rose Bertin comprendió que no debía quedar al margen de esa evolución. Era necesario que hablaran de ella, tanto más por cuanto quería presentar a una de sus parientas para el puesto de gobernanta de las nodrizas de madame Royale. Fue entonces cuando recibió una distinción insigne: Luis XVI, en la euforia de su reciente paternidad, decidió dotar a cien jóvenes y asistir a su matrimonio en Notre-Dame. El cortejo real, compuesto de veintiocho carrozas, dejó Versalles para ir a Notre-Dame. A la altura de *Au Grand Mogol*, María Antonieta levantó la cabeza y vio a Rose en el balcón rodeada por sus obreras. Exclamó: «¡Ahí está mademoiselle Bertin!», y le hizo un pequeño saludo con la mano a la modista embriagada de felicidad. El favor de mademoiselle Bertin fue tan deslumbrante que madame Du Barry por un momento pensó en pedirle que intercediera por ella. En 1783, mademoiselle Bertin vendía a treinta y seis libras el ramo de rosas, ranúnculos y claveles, y a veinticuatro libras la rama de grandes lilas blancas. No ponía límite a sus cuentas y facturó un «traje de Año Nuevo» al extravagante precio de seis mil libras.

EL «PERFUME DEL TRIANÓN»

En esos últimos años de felicidad, María Antonieta cada día disfrutaba más del Petit Trianon que el rey le había regalado en 1774. Con Luis XIV el lugar había sido una «casa de porcelana para hacer colaciones». La reina había aceptado el regalo con la expresa condición de ir allí a «reposar de su cansancio de la etiqueta» y vivir en ese asilo campestre «no como reina, sino como una particular, fuera de las exigencias del ceremonial». El arquitecto Richard Mique y el pintor Hubert Robert habían revisado y corregido la naturaleza. Ni siquiera el rey podía ir al Trianón si no era invitado; acudía a cenar, pero nunca dormía en el cuarto que tenía reservado. Todo el servicio pertenecía a la reina. Condenaron su inocente capricho y la calumnia llegó hasta a acusarla de tener un gabinete adornado de piedras preciosas cuando, en realidad, se trataba de un teatro de hojalata y abalorios de vidrio. Los críticos subrayaron que la fantasía real costaba muy cara: sólo el jardín anglochino había requerido trescientas mil libras en la primera etapa de los trabajos. El conserje, Bonnefoy du Plan, mantenía con cariño un cantero de violetas, flores que, con las rosas, eran las favoritas de la reina. En la primavera se sacaron las macetas de la Orangerie con los motivos ornamentales vueltos a diseñar por María Antonieta, esencias raras que habían sido importadas y cuyo precio provocó escándalo: duraznillo, almendro de la India, arce, alerce, árbol de Judea, cedro, cítiso, roble extranjero, hasta un tulipanero de Virginia que decían que había estado con los pieles rojas y cruzado los océanos en un velero de tres palos.

Durante el verano de 1780 la soberana del decorado campestre lanzó la moda de los vestidos blancos de linón sostenido en el talle por una simple cinta, de la modesta capelina de paja y de los cabellos sueltos. Los sostenedores de la tradición se ofuscaron por esos batones de muselina con una cinta en la cintura, llamados «de niña» o «de *g aulle*», considerados poco decentes. Corrió el rumor de que la reina quería arruinar el comercio lionés de la seda y enriquecer las fábricas de linón de Bruselas. Rose Bertin se había inspirado en su provincia natal para crear el *bonete a la picarda*, que hizo furor al mismo tiempo que el *bonete de lechera* y reemplazó al pomposo *peinado a los insurgentes*, inventado por Léonard para celebrar a la joven América. La real pastora privilegiaba los tonos suaves y pálidos, crema mate, rosa durazno o azul primaveral. Eran los colores de una joven feliz de ser madre y enamorada de lo natural.

Se ha escrito que la familia real y la del maestro perfumista aumentaban al mismo ritmo. El 18 de abril de 1781 nació Auguste-Frédéric Fargeon. El 22 de octubre, la reina por fin dio un Delfín al reino. Luis XVI estaba embriagado de alegría y todas las corporaciones de los oficios de la capital fueron a Versalles a felicitar a Su Majestad: pasteleros, albañiles, cerrajeros, zapateros y hasta enterradores. Fargeon

formó parte de la delegación de los perfumistas. En esa ocasión comprobó, al igual que madame Vigée-Lebrun, que después de dos maternidades «María Antonieta seguía siendo grande, admirablemente bien hecha, bastante gruesa sin serlo demasiado. Sus brazos eran soberbios, sus manos pequeñas, perfectas de forma, y sus pies encantadores». Cincuenta damas de La Halle, vestidas de negro, la mayoría con diamantes, fueron presentadas a la reina. Las malas lenguas aseguraban que estaba preocupada por envejecer y que por intermedio de madame Campan había consultado a mademoiselle Guimard, bailarina de la Ópera, sobre los procedimientos que usaba para borrar los efectos de la edad. El perfumista, informado de esos rumores, deslizó en sus entregas *agua de belleza* o *agua favorita* sabiendo que la reina no necesitaba más que «un poco de *rouge* para resaltar la transparencia de su piel, a la que nada oscurecía». Preparó con aguardiente, benjuí, palo brasil y otro tanto de alumbre de roca un licor que, cuando se frotaban con él ligeramente las mejillas, era difícil darse cuenta de si la persona se había puesto *rouge* o si eran sus colores naturales.

Las mujeres se coronaban con flores artificiales y cubrían sus vestidos y sombreros con guirnaldas. Sólo se veían ninfas adornadas con esas engañosas y costosas imitaciones de la naturaleza. Las polleras de un solo color o a rayas estaban adornadas con flores de arvejillas; las tocas, con lentejuelas lila; los pañuelos, bordados con guirnaldas de jazmín. Las flores reinaban por todas partes. La decoración del salón de la Meridiana, renovado en 1781, era un himno a la belleza femenina y a la maternidad. Las guirnaldas florales se unían a las esculturas de los hermanos Rousseau, y caídas de rosas enmarcaban los paneles donde estaba representado el pavo real, símbolo de Juno. Muy a menudo, el soberano recibía en ese salón a sus proveedores. A partir de ese momento, habría que remitirse a una campaña idealizada donde las damas no corrían el riesgo de ensuciarse sus lindos zapatos con el estiércol. Fargeon llamó a sus perfumes de acuerdo con el espíritu de la época: *botón de oro*, *prados floridos* o *agua de ramo de primavera*. Sin embargo, la creación de esos olores supuestamente naturales era cada vez más compleja y era necesaria una larga preparación para dar a las *aguas superfina*s todo su poder de ilusión. Las mujeres, cuya ambición proclamada era parecerse a las flores del campo, habían renunciado a pintarse el rostro como muñecas, pero su simplicidad era el colmo del artificio. Se daban a los colores los nombres más rebuscados y más extraños, *caca de delfín* para los verdes amarillentos, *barro de París* o *mierda de oca* para el marrón irisado, *fuego de Ópera* para un rojo incandescente que recordaba el incendio de la sala de la Ópera en el Palais Royal el 15 de junio de 1781 y hasta, en una rara metáfora, *entrañas de petimetre*.

Una mañana, la reina, a la que Fargeon veía por lo general brevemente en su tocador, lo mandó llamar al Triánón. Descubrió maravillado los senderos serpenteantes y los canteros floridos de ese pequeño paraíso. Un ayudante de cámara

con aspecto de pastor le dijo que lo esperaban y lo condujo hasta la reina, que paseaba sola por un camino y llevaba, como de costumbre, un vestido de linón sujeto a la cintura por una ancha cinta de seda.

Al inclinarse, sintió un perfume a iris y reconoció, con gran placer, que era una de sus creaciones.

Ella alzó los ojos, le sonrió con benevolencia y le hizo un gesto de que se acercara.

—Estoy encantada de verlo, señor Fargeon. Tenga la bondad de acompañarme un momento en mi paseo, se lo ruego.

María Antonieta era la mujer de Francia que mejor caminaba; con la cabeza muy alta y una majestuosidad que hacía reconocer a la soberana en medio de toda su Corte, pero sin que esa majestuosidad perjudicara en algo todo lo que su aspecto tenía de dulce y benevolente. Era difícil darle una idea de tantas gracias y tanta nobleza reunidas a quien no hubiera visto a la reina. En su Trianón, su paso era diferente, más liviano, casi acariciador, pero no inspiraba olvido del respeto. A su lado, Fargeon se sentía transportado. La reina le agradecía, como si no fuera su soberana sino alguien que estaba en deuda.

—Señor Fargeon —le dijo finalmente—, espero que ponga mi Trianón en un frasco. Quiero tanto a este lugar que deseo llevarlo a todas partes conmigo.

Agregó que las flores que la rodeaban en su retiro tenían para ella un efecto tranquilizador y que le gustaban las rosas apasionadamente. Observó también que el nardo ejercía un poder extraño en ella. Fargeon se sorprendió, porque era un aroma penetrante y casi nefasto. Mientras ella hablaba, él escrutaba a hurtadillas su tez para recordar sus particularidades. Su piel era tan transparente que nada la ensombrecía. «Faltaban los colores para pintar esa frescura, esos tonos tan finos que sólo pertenecían a ese rostro encantador».

La reina se sentó en un banco de piedra frente al Belvedere y se quedó a su lado. Ella le habló de la decoración de ese pabellón, que había querido que estuviera todo consagrado a las flores y a los perfumes. Antes de despedirlo le encargó que preparara un agua de olor destinada a un hombre muy elegante, pero que nada tenía de petimetre y era «tan viril como se podía serlo». Cuando esa tarde Fargeon se lo contó a Victoire, ésta le dijo que no se trataba del rey, a quien no podía calificarse de elegante. Suponía que el agua de olor estaba destinada al bello coronel del regimiento sueco del que se hablaba mucho, tanto en Versalles como en París.

El perfume pedido por María Antonieta planteaba un problema arduo, porque debía evocar el Trianón y la doble naturaleza de la reina-pastora. La entrevista a solas había sido breve, pero Fargeon había comprendido muy bien que la soberana no se parecía en nada a la caricatura que hacían de ella: era dulce y buena, majestuosa sin la menor altanería, impulsiva y, sin duda, imprudente pero no, como pensaba su

hermano, una «cabeza hueca». Decía la verdad cuando aseguraba que buscaba hacer felices a otros y que le gustaba que nunca se fueran descontentos. Su simplicidad no era fingida: además, se conocían sus costumbres sobrias, según decían sus ayudantes de comedor. Desayunaba café o chocolate, sólo comía carne blanca y tomaba agua del manantial de Ville-d'Avray, la única que le parecía digestiva. Cenaba caldo, un ala de ave y se refrescaba con un vaso de agua en el que mojaba galletitas.

Fargeon creó el *perfume del Trianón* como un fragmento de música pensando que a quien lo llevaría le gustaba cantar, tocaba el clavecín y el arpa, protegía a Gluck y apreciaba su *Orfeo*, del que admiraba lo novedoso. En su imaginación, aspiró sus armonías. La nota principal debía surgir de una rosa absoluta, seductora y protectora a la vez, que reuniera a su alrededor las esencias más preciosas y más nobles. Partió de la idea de los pétalos de los azahares blancos, espesos, ricos en aroma y frescura, olor de felicidad, céfiro naciente como un beso de niño. Puso en el preparado un poco de espíritu de azahar, cuyo frescor, en contacto con la piel, tomaba una intensidad perturbadora y cuya emanación desarrollaba una fastuosa embriaguez. Lo acompañó con notas tranquilizantes de espíritu de lavanda, y agregó aceite esencial de cidra y bergamota, que obtuvo por prensado. La reina los conocía bien y se sentiría reconfortada. Terminó las notas de cabeza con gálbano, sustancia grasa, dúctil como la cera, que gustaba de utilizar en lágrimas y que daría una tonalidad verde, como un pequeño latigazo entre la cabeza y el corazón del perfume. Era lo que sentía con claridad cada vez que rompía un tallo bien verde del que escapaba esa nota poderosa. Recordaría que la reina había roto los códigos de la etiqueta con su espíritu libre e independiente de la rutina.

El iris muy pronto se impuso en el corazón del perfume. Esa flor, que debía su nombre a la mensajera de Zeus, daba un «polvo milagroso». Su porte altivo y majestuoso recordaba a la reina, alrededor de la cual, a partir de entonces, el iris creó un halo oloroso. Su perfume secreto exhalaba una calidez radiante, única, muy potente y controlada, dispensadora de una gracia absoluta. Jean-Louis Fargeon ya la utilizaba para perfumar los guantes y el polvo para cabellos de la soberana. Usaba los rizomas que daban una esencia valiosa, verdadero tesoro, así como el polvo que poseía una nota particular. Había comprobado que, a partir del iris, se podía dar a las composiciones el olor de la violeta. Ésta, gran rival de la rosa en el favor de la reina, se reveló de pronto en el aceite esencial. Era una flor especial, que pasaba por tímida, pero cuyo perfume potente y característico no se consideraba de verdad y contrastaba con la imagen modesta y púdica de la flor que gustaba de la sombra. La violeta era la imagen de la joven Delfina, fresca y espontánea que, una vez reina, debió aprender a ocultar sus sentimientos reales y a dar prueba de un gran poder de disimulo. Podía imaginarse la seducción amorosa prohibida a una soberana y sus imposibles amores con el conde de Fersen. También se decía que los efluvios de violeta despertaban el

recuerdo de amores muertos. Por eso Fargeon quiso que estuviera presente en su preparado no sólo a través del iris, sino también con sus propias hojas, cuyo olor recogía para los aceites esenciales. Agregó una pizca del salvaje, hechicero y exigente junquillo, esa flor en apariencia frágil que iluminaba el Trianón y del que emanaba un perfume absoluto de tonalidades contrastantes, acuerdo intimista y opulento justo para dar vértigo.

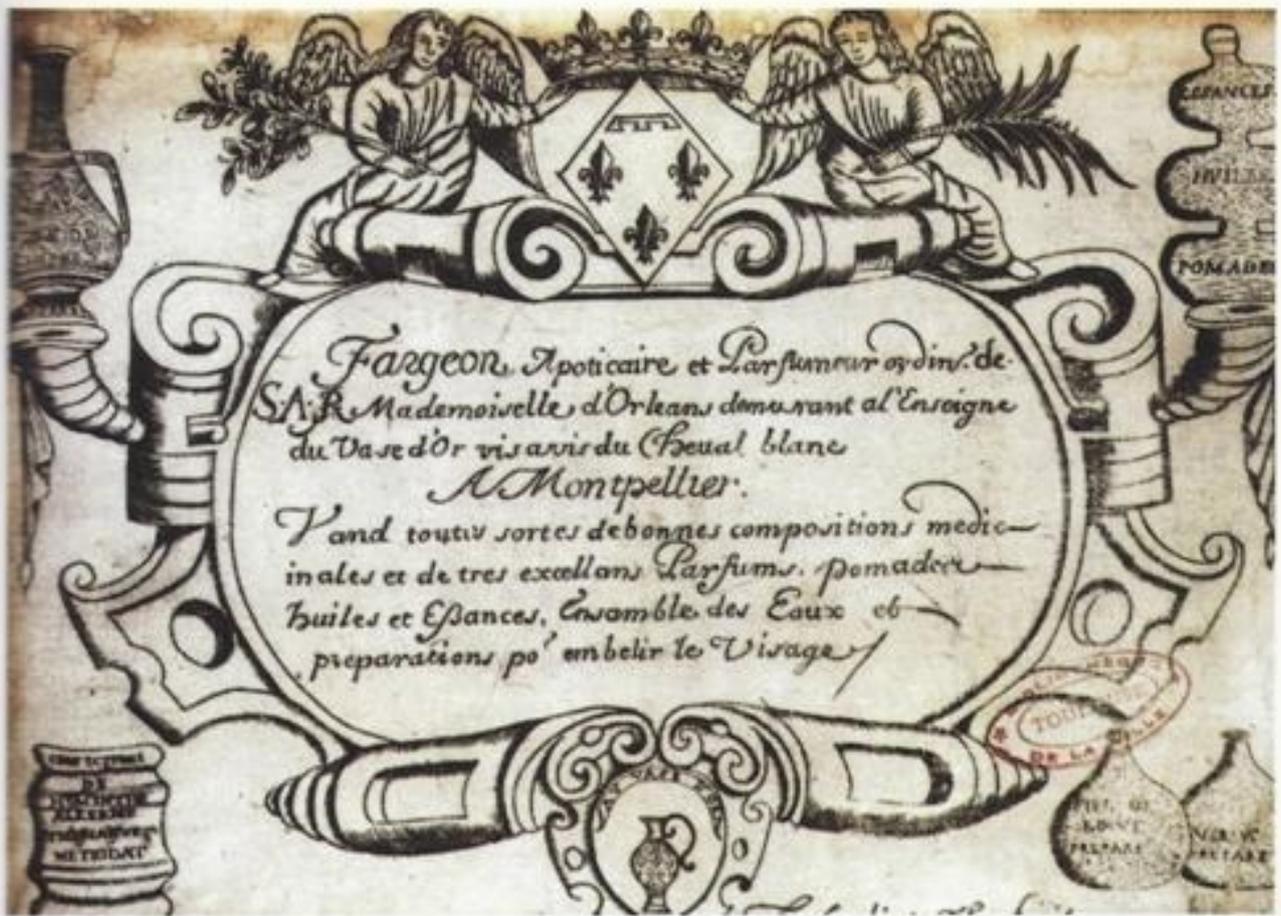
Fue entonces cuando hizo intervenir a las tres flores blancas, las reinas de la noche: el jazmín, la azucena y el nardo. Había que darles los medios discretos para su triunfo, sublimarlas sin traicionarlas, refinarlas y presentarlas en todos sus matices. Le gustaba el jazmín por su follaje de curvas elegantes y sus pétalos delicados de un blanco porcelana. La fragilidad de la flor contrastaba con la asombrosa fuerza de su perfume, que en la piel declaraba su frescura y suntuosidad. Flor de Grasse por excelencia, el jazmín tenía una amplitud inmensa, pero como la reina de Francia, sabía hacerse amar con fasto sin jamás entregarse. Fargeon pensó en recurrir a la azucena y al agua de olor que se obtenía de ella, que tenía la perturbadora sensualidad de un perfume radiante. La fuerza sedosa de sus pétalos blancos revelaba un delicado frescor, casi acuoso, sostenido por una nota verde y sutil de hojas apenas abiertas. Como emblema real que era, tenía un espíritu resplandeciente, pero el perfumista se dio cuenta de que ese aroma celestial sería fatal para la composición que preparaba. Sería el representante de la monarquía, no de la verdadera personalidad de la reina, y era preferible no abusar. Pero se dejó tentar por el nardo de largo tallo que se eleva majestuosamente hacia el cielo. Grasse proveía en abundancia una especie excelente cuyos pétalos blancos, gruesos y aterciopelados dejaban escapar un perfume embrujador, suave y al mismo tiempo sensual. Fargeon había podido comprobar que el nardo tenía el poder de disminuir la ansiedad y estimular el deseo. Puso justo una pizca, porque a la reina le gustaba la flor natural, pero desconfiaba del poder obsesivo de un aroma a mitad de camino entre la miel y la ponzoña. ¿El nardo tendría para María Antonieta un resabio de lo que más execraba: la corrupción deletérea de las almas? Pensó que la flor más olorosa de todo el reino vegetal también podía volverse criminal.

Tenía que asegurar el fondo y redondear el acorde de su preparado. La vainilla le aportó una nota cálida y golosa, ligera y aterciopelada que recordaba la infancia de la archiduquesa y su gusto por las masas vienesas, toque goloso de dulzura y gentileza. El cedro y el sándalo aportaron el toque boscoso del Trianón. El ámbar y el almizcle dieron a lo largo del recorrido una calidez sensual y animal, mientras que una punta de benjuí aportó calor y tenacidad al conjunto.

El preparado destinado al elegante y viril desconocido planteaba un problema mucho menos arduo: recurriría a la bergamota, el jazmín y el musgo de roble con un fondo de nota de cuero, perfume noble y refinado. La emanación de quien lo llevaría

sería especial, como el sello de un amor secreto.

Fargeon llevó él mismo al Petit Trianon su preciosa entrega y le pidió a Bonnefoy du Plan que se la diera a la reina en su propia mano. Unos días más tarde supo que la reina estaba totalmente satisfecha con su perfume. Él había hecho realidad su sueño.



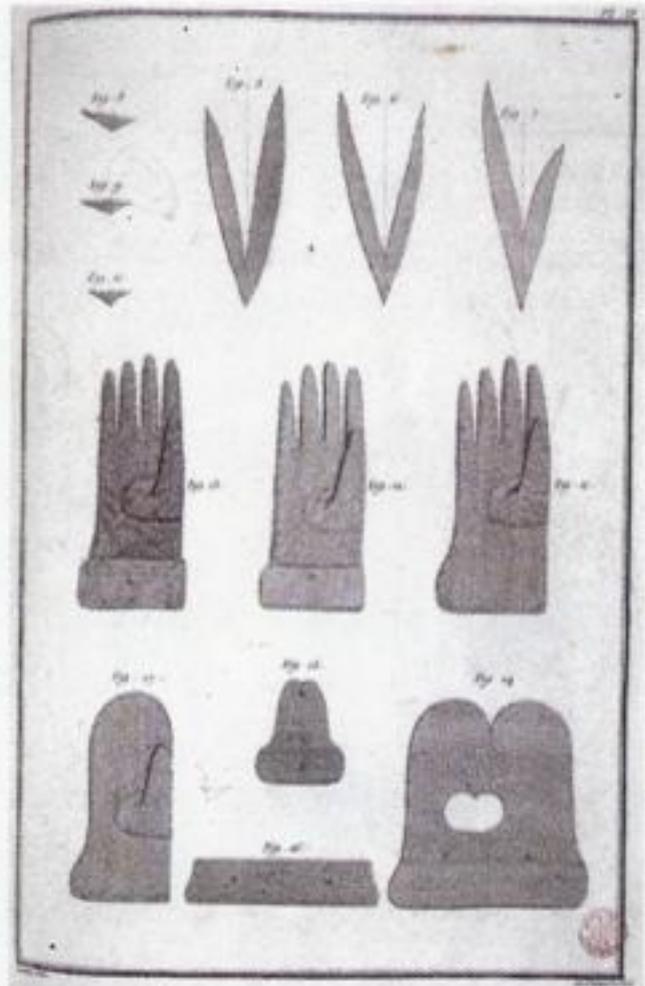
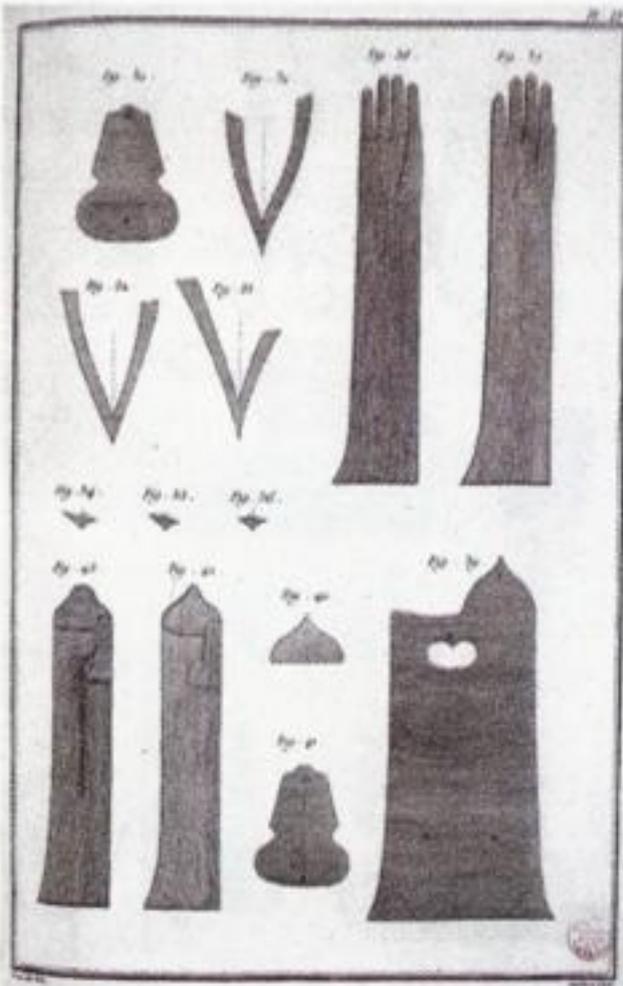
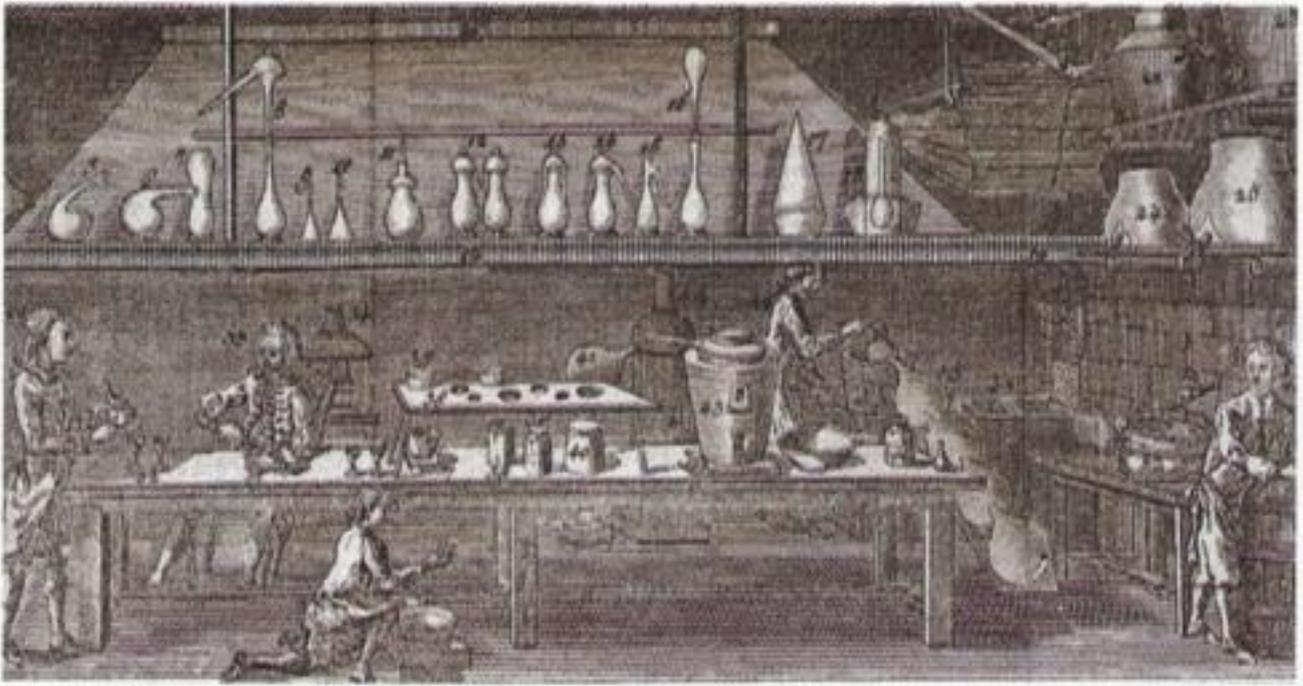
Portada del *Catalogue des marchandises rares, curieuses et particulières qui se font et débitent à Montpellier pour le sieur Fargeon, concernant la santé, les parfums et les embellissements*, del perfumista Jean-Louis Fargeon.

© Biblioteca de Estudio y del Patrimonio de Toulouse.



Este grabado representa un laboratorio con los elementos necesarios para la fabricación de perfume: morteros, serpentinas, alambiques.

Colección Givaudan-Roure. © DR. col. part.



Fargeon no solo fabricaba guantes, también los teñía y perfumaba.
 Taller de guantero (arriba), guantes y mitones de mujeres y hombres.
 Las imágenes son originales de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert.

© Biblioteca Municipal de Versalles/Jean-Marc Manai.



El comerciante de modas, grabado de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert.
© Biblioteca municipal de Versailles/Jean-Marc Manaï.



Escudo de guanteros-perfumistas. *Armorial general*, tomo XXIII. © Col. part.



Retrato de la archiduquesa María Antonieta por Martin II Meytens.
Viena, palacio de Schönbrunn. © Bridgeman Art Library.



La bella Madame Du Barry deseaba acentuar el rubio natural de sus cabellos, tal como se aprecia en este retrato por Jean-Baptiste Gautier-Dagoty.

© Lisboa, Fundación Calouste-Gulbenkian/Reinaldo Viegas.



María Antonieta de Lorena-Habsburgo, luego archiduquesa de Austria en 1769.
Retrato por Joseph Ducreux. © *Palacio de Versailles*.



Tabla de la Gazette de la Reine.
 © Biblioteca municipal de Versailles/
 Jean-Marc Manai.



Tela del mobiliario con espigas (izquierda) y
 elemento del decorado del teatro de la reina
 en el Petit Trianon (restaurado) (derecha).
 © Palacio de Versailles/Jean-Marc Manai.



Elementos florales de los frescos del
 pabellón de música en
 los jardines del Petit Trianon.
 © Palacio de Versailles/
 Jean-Marc Manai.





La reina adoraba llevar guantes de color claro mientras cabalgaba, cazaba o paseaba. *La reina María Antonieta en traje de caza, montando a caballo con los arneses de los Guardias-Nobles húngaros en la corte de Austria*, por Louis-Auguste Brun.

© Palacio de Versalles.



A la reina le gustaban con locura las flores: rosa, junquillo, lila, violeta o lirio.

Retrato "con rosa", por Elisabeth Louise Vigée-Le Brun. *Salón de 1783*.

© Palacio de Versalles.

III . Las notas de fondo

1782-1794

La Naturaleza te había dado la belleza como a la rosa de la mañana. Pero te cosecharía como la rosa de la noche.

Antoine Le Camus, médico, autor de El arte de conservar la belleza.

REDUCIR EL GASTO DE LA REINA

El éxito del perfume del Trianón permitió a Fargeon presenciar el gran aseo de la reina. Mientras ella hablaba con sus mujeres y sus amigas más cercanas, él permanecía discretamente cerca de la puerta a la espera de que notaran su presencia. María Antonieta le hacía un gesto de que se acercara y lo recibía con algunas palabras amables, preguntaba por la salud de su esposa y sus hijos antes de pedirle consejo. Al volver a la calle de Roule no dejaba de escuchar críticas a la que llamarían, a partir de entonces, «Madame Déficit». A Victoire le parecía que su marido no demostraba suficiente indignación ante esas palabras, pero las discusiones políticas terminaban allí. Ella salía de la tienda para no enfurecerse cuando escuchaba tratar a la soberana de «primera ramera de Francia».

El perfumista estaba en la cima de su carrera. Sus primeros meses en París lo habían convencido de que había llegado en el momento más favorable posible. Era el siglo de la seducción iluminada por las luces de la ciencia. Cada mañana, la dama de honor recibía en su «templo del adorno» a grandes señores, poetas, filósofos, abates de corte delante de una estantería de aguamaniles, cajas de lunares y de maquillajes, neceseres, estuches, frascos con raras formas de pájaros, monos o perros, que servían para mantener su belleza. El arreglo ejercía una función social que el espiritual embajador de Nápoles describió mejor que nadie: «Allí es donde la galantería, como en su trono, recibe las esquelas amorosas, las responde, introduce el amor y lo despide, lo acaricia y lo reta, lo incita y lo detiene; allí, el marqués disputa con el caballero la conquista de la linda viuda o de la divina condesa y se rivaliza con educación; allí, loros, canarios y perros se suceden para que los admiren y los besen; allí, despiden, llaman y siempre reprenden a las doncellas temblorosas y un pobre peluquero, con el peine en el aire durante horas, espera que una cabeza movediza se quede quieta para poder, por fin, hacer un bucle al vuelo. Y allí, en un tocador, un abate de patronato cuenta historietas galantes, hace el bufón, se une al médico para cumplimentar a madame por su magnífico cutis, su brillante salud, la colección de sus gracias, la jovialidad de su espíritu».

Como la ropa de la reina era cada vez más cara y las críticas cada vez más acerbas, en Versalles se esforzaban sin gran éxito por reducir el gasto. En 1781, la condesa de Ossun, nieta del duque de Choiseul y hermana del duque de Guiche, sucedió a la duquesa de Mailly en su cargo de azafata, la tercera de la Casa de la reina. Tenía treinta años, un gran sentido común, era enemiga del derroche pero no de los placeres, muy bien vista por María Antonieta y, por lo tanto, muy indicada para esas funciones difíciles. Decepcionada por la avidez del entorno de madame de Polignac e irritada por los incesantes caprichos de madame de Lamballe, la reina apreciaba el desinterés de una mujer sin fortuna a quien debió obligar a aceptar un

suelo. No tenía tanta inteligencia como sus grandes amigas, pero nada pedía para ella ni para su parentela, y se ingeniaba por procurarle a su señora placeres simples y con un costo razonable. Organizaba pequeños bailes y conciertos a los que llevaba cantantes de moda en una época en la que María Antonieta ya no iba a la ópera por miedo a recibir muestras de frialdad o de hostilidad. Para hacerse cargo de sus funciones, la condesa de Ossun pidió un informe exacto de la situación. El secretario del guardarropa redactó una importante memoria para informar sobre el funcionamiento del servicio. Ella comprobó numerosas irregularidades y, después de haber escuchado a todos los proveedores, decidió poner orden en las cuentas. El año 1782 fue, pues, el de la «reforma del guardarropa».

Los principales gastos no concernían a la perfumería y Fargeon comprobó que el año anterior habían sido menos de la décima parte de las ciento diez mil libras de «modas y adornos». María Antonieta era incapaz, a pesar de sus buenas intenciones, de resistir a la tentación de un nuevo adorno. Sin embargo, lo deseaba, y una clienta contó en la tienda lo que le había oído decir al joven Tilly, uno de sus pajes:

—Vístase con más simpleza. Desde hace unos días hay dos trajes bordados. Su dinero no alcanzará. La simplicidad no hace que lo noten, pero hace que lo estimen.

Pero la simplicidad de la reina era ruinosa. Para poner fin a las prodigalidades se decidió «establecer el número de vestidos y trajes necesarios por estación y por año» y «moderar las cantidades de complementos y adornos que los acompañen». Se prohibió a los vendedores de moda llevar directamente sus artículos a la soberana sin pasar por la azafata, que, a partir de ese momento, se esforzaría por poner freno a sus negocios. Debían declarar sus precios antes de depositar las cuentas, lo que hacían con atraso, para aprovechar el olvido en que caía su encargo y aumentar escandalosamente la suma.

Las malas costumbres no se extirpan con facilidad y no se para un torrente solo con las manos. A pesar de todos sus esfuerzos, la condesa de Ossun se vio obligada a escribir al inspector general el 16 de mayo de 1783: «Tengo el honor de enviarle, señor, el estado general de los gastos del guardarropa de la reina durante el año 1782. Esos gastos son mucho más altos de lo que hubiera querido... Tengo motivos para esperar que el año actual sea menos oneroso». No podía decir lo que pensaba: nada sería posible si no se limitaban las extravagancias de la modista bienamada de la reina. Los otros proveedores se irritaban y por ella sufrían controles cada vez más estrictos. Fargeon lamentó el alejamiento de la protectora de sus comienzos, la princesa de Guéménée, cuyo esposo había sufrido, en septiembre de 1782, una ruidosa quiebra de veintiocho millones de libras. El escándalo obligó a la princesa a presentar su dimisión como gobernanta de los Hijos de Francia, cargo en el que la reemplazó madame de Polignac, que alentaba las dilapidaciones y las imprudencias.

MARÍA ANTONIETA VILIPENDIADA

Todo lo que hacía la reina era despreciado y su refugio campestre del Trianón se consideraba la guarida del vicio. Pasaba cada vez más tiempo allí y cada año tenía nuevas ideas para embellecerlo; un templo del amor cuya columnata encerraba una estatua de Cupido de Bouchardon se alzaba en medio de una isla con manzanos del paraíso, rosales bola de nieve y lilas; se había cavado una gruta en la roca a la sombra de pinos, tuyas y alerces. Mique también creó una casa de muñecas, una aldea con nueve casas con techo de paja. La reina podía jugar a ser granjera, mirar cómo ordeñaban las vacas y batir la manteca en una lechería de mármol.

La opinión era cada vez más hostil hacia la «austríaca» y, a su paso, eran escasas las aclamaciones. Libelos y canciones la vilipendiaban. Ella se obstinaba en atribuirlo a la idiosincrasia de los franceses: «Su carácter es muy inconsecuente, pero no es malo; las plumas y las lenguas dicen muchas cosas que no están en los corazones», escribió a su madre, la emperatriz. Era demasiado buena para concebir la maldad y demasiado generosa para imaginar la ingratitud. Como las encantadoras pastoras y los pastorcitos, sus súbditos eran para ella criaturas ideales. Por el contrario, su caridad no era ficticia: en su aldea del Trianón instaló a doce familias pobres y las mantuvo. La frialdad que le mostraban no era nueva: los parisienses habían mirado mal la ceremonia de purificación después del parto que había seguido al nacimiento de su hija, el 8 de febrero de 1779. ¿Qué había sucedido con los miles de «enamorado» que había presentado el duque de Brissac a la Delfina el 7 de junio de 1773? Los jefes de la conjura organizada contra ella vivían en los castillos de la familia real. Mesdames, las tías, acogían de buena gana, en sus salones de Bellevue, todos los chismes ácidos. En el Palais-Royal, feudo de la familia Orleans, se soñaba con un orden político alumbrado por la Ilustración e inspirado por Jean-Jacques Rousseau. Los oficiales que volvían de la guerra de la Independencia norteamericana elogiaban un país donde la libertad y la igualdad abolían clases y privilegios. Según el parecer de muchos, la reina manejaba los hilos de los asuntos públicos para servir a Austria, su verdadera patria. Para esto, hacía nombrar ministros incompetentes y daba pareceres perjudiciales para el país al que llevaba a la bancarrota con sus derroches. En ella se criticaba a «la despreocupada despilfarradora, la castellana eternamente frívola del Trianón, que sacrifica de manera absurda el amor y el bienestar de veinte millones de hombres a una orgullosa banda de veinte damas y gentilhombres».

El partido de la virtud la acusaba de adulterio con el pretexto de que mostraba una inclinación por Axel de Fersen. Ella había conocido a este bello oficial a su llegada a París en 1775. Él tenía todo lo que le faltaba al rey de Francia: prestancia, belleza y pasión. Apenas lo vio quedó seducida. Trató de disimular su secreto, pero la traicionaba el rubor súbito cuando el oficial entraba en el salón donde ella se

encontraba. El embajador de Suecia escribió a su rey ya en abril de 1779: «El joven conde de Fersen es tan bien visto por la reina que ha inspirado desconfianza a varias personas. Confieso que no puedo dejar de creer que ella se ve atraída por él y he visto indicios muy firmes como para dudar». El joven, para no comprometer más a la soberana y para escapar de la maledicencia, fue a luchar a Norteamérica con Rochambeau, después volvió a París, siempre enamorado. Solo había revelado el secreto a su hermana y confidente: «No puedo ser de la única persona de la que quisiera ser, la única que me ama de verdad». De 1785 a 1787 dividió su tiempo entre Versalles y Maubeuge, donde estaba acantonado el regimiento que le había dado el rey, tratado por las malas lenguas de cornudo complaciente. Se decía que hacía visitas secretas a María Antonieta. En una ocasión ella dijo que era su «único amigo sincero». ¿Acaso no había recibido de ella una carta sellada con la divisa *Tutto a te me guida* («Todo me conduce a ti»)? Diversiones inocentes que daban que hablar. María Antonieta actuaba en su pequeño teatro del Triángulo. Ser Colette en el *Adivino de la aldea* de Jean-Jacques Rousseau, ¿era digno de una reina de Francia?

Fargeon presentía que el momento de la igualdad y la fraternidad se acercaba. Más partidario que nunca de las ideas nuevas, se escribía con su hermano Joseph-Jacques-Matheu, miembro de la logia masónica de Grasse, La Nueva Amistad. Ambos condenaban un poder corrompido y una sociedad arcaica y elogiaban la democracia a la antigua.

A pesar de las buenas intenciones de la condesa de Ossun, en 1785 los gastos del guardarropa alcanzaron la suma sin precedente de doscientos cincuenta y ocho mil libras. En manos de la ilustre modista la austeridad costaba fortunas. Las telas simples y ligeras hacían furor: este gusto se había originado en Burdeos, introducido por las criollas de Santo Domingo que sólo llevaban lienzo, lino o calicó. La reina, siguiendo el parecer de Bertin, se apasionó por la muselina blanca y el tafetán plisado. Madame Vigée-Lebrun la representó así y los visitantes maldicientes del Salón «no dejaron de decir que la reina se había hecho pintar en camisa». Los sederos de Lyon decían a gritos que querían su ruina. Después, el desastroso asunto del collar salpicó a María Antonieta con un escándalo que madame Campan resumió a la perfección en algunas palabras: «Una intriga clandestina, preparada por estafadores a la sombra de una sociedad corrompida».

El proceso comenzó el 15 de agosto de 1785 en presencia de toda la Corte. La reina exigía que se juzgara al cardenal de Rohan y se estableciera la verdad, pero el prelado galante pasó por una víctima y los panfletistas lo pasaron en grande. La aventurera, Jeanne de La Motte, fue condenada a cadena perpetua, y fue encerrada después de haberla azotado y marcado a fuego. Mademoiselle d'Oliva, que había representado el papel de la reina deseosa de que le obsequiaran un collar de gran precio del joyero Boehmer, quedó fuera de la causa. La absolución del cardenal

provocó aplausos insultantes para la soberana que, al oír la sentencia, estalló en sollozos.

En la calle la insultaban. Una quarteta dialogada tenía gran éxito:

María Antonieta:

*Vous, la grisette, il vous sied bien
De jouer mon rôle de reine!*

Mademoiselle d'Oliva:

*Et pourquoi non, ma souveraine?
Vous jouez si souvent le mien!*^[3]

El perfumista se asombraba de que criticaran a la reina con tanta malevolencia. Un día que estaba solo en la tienda con el «bello Julien», le preguntó por qué, según él, se calumniaba tanto a la soberana.

—Hay una razón muy simple: el rey no tiene amante. Esa es una desgracia sin remedio, porque es muy probable, dado como es, que nunca la tenga.

Sonriendo ante el asombro del perfumista, el joven fatuo explicó que, según una partitura cantada desde hacía siglos pero nunca escrita, el papel principal de la favorita real era atraer sobre su persona el odio y los celos de las damas de la Corte.

—Madame Du Barry representaba ese papel a la perfección, y no hablemos de las amantes de Luis XIV.

—Sin duda bromea, joven.

—No puedo ser más serio, señor Fargeon. La reina está doblemente protegida por una rival. Se beneficia con la simpatía por parte de todas las mujeres hacia las esposas cuyo marido es infiel. Por desgracia, en la actualidad, los papeles se han invertido y es la reina, no el rey, quien tiene favoritos. Esto atrae sobre ella los celos de todas las que quisieran serlo y no lo son. Todo esto terminará mal.

El 27 de marzo de 1785, María Antonieta tuvo su segundo hijo, Louis-Charles, duque de Normandía. Ese hermoso niño, del que su madre decía que era «fuerte como un hijo de campesinos», no le devolvió el afecto de los franceses. La imprudente tampoco dejaba de dar armas a sus enemigos. Monsieur de Calonne era un ministro demasiado cortesano para no abrir sus cofres a sus fantasías y Rose Bertin se negaba con obstinación a cualquier control. Pedía un precio considerable, «sin ningún detalle, por cada traje o conjunto de baño» que espantaba a los supervisores de Versalles.

Pero la modista tuvo los mismos sinsabores que Fargeon en otra época: atrapada por la locura de las grandezas, en su casa mantenía un tren de vida ruinoso, con un personal muy numeroso. En enero de 1787 se supo que se había declarado en quiebra

y la baronesa de Oberkirch, que nunca le había perdonado su suficiencia, ironizó: «La Bertin, tan orgullosa, tan altiva, hasta tan insolente... está en bancarrota. Es verdad que no es una bancarrota plebeya sino de gran dama. ¡Dos millones, ya es algo para una comerciante en trapos!». Otros aseguraban que esa bancarrota era simulada sólo para cobrar los impagos de la Corte y, en principio, los dos millones que le debía «cierta persona». De hecho, en los años siguientes, Rose Bertin demostró estar tan poco arruinada como para hacer importantes inversiones inmobiliarias en París.

Fargeon admiraba su talento, pero la consideraba una inepta para el comercio y, como todos sus colegas, le reprochaba que acaparara una parte demasiado considerable de los gastos de la reina. Su ruina no lo sorprendió ni lo entristeció. Sus negocios eran muy prósperos, estaba bien en la Corte y tenía un comercio considerable con el extranjero, sobre todo con Inglaterra y América. Una amenaza planeaba sobre uno de sus productos, porque madame Vigée-Lebrun usaba su influencia para que la reina abandonara el uso del polvo. «En 1786, al peinar a la reina —escribió—, le supliqué que no se pusiera polvo y que dividiera sus cabellos sobre la frente. “Seré la última en seguir esa moda”, dijo la reina riendo, “no quiero que digan que lo pensé para ocultar mi gran frente”».

La reina, siempre bella, había perdido para siempre su aire despreocupado. Madame Vigée-Lebrun la pintó, en 1787, rodeada de sus hijos con la mirada velada por la tristeza. La salud del Delfín le provocaba una inquietud justificada, porque al año siguiente, «su aspecto se estropeó». Tenía un hombro más alto que el otro y parecía evidente que el futuro rey de Francia sería jorobado. Sufría una fiebre perniciosa y, aunque lo llevaron a Meudon, conocido por su buen aire, adelgazaba y se temía un desenlace fatal. La reina había perdido a la pequeña princesa Marie-Sophie a la edad de once meses y, muy quebrantada por esa desgracia, escribió a madame Elisabeth: «Lloramos la muerte de mi pobre pequeño ángel. Necesito todo su corazón para consolar el mío». Madre tierna y atenta, ya no se preocupaba por dictar las leyes de la moda y por ser la soberana de los trapos.

LA MANUFACTURA DE PERFUMES DE SURESNES

La calle de Roule se había convertido en un ámbito demasiado reducido y la casa Fargeon debió trasladar laboratorios y talleres a un lugar más amplio y más cómodo. Suresnes tenía la ventaja de estar cerca de la residencia habitual de la reina, que acababa de comprar el castillo Saint-Cloud por consejo de los médicos del Delfín, cuya frágil salud reclamaba un aire más sano que el de Versalles. Además, el lugar se prestaba para la industria del perfume: las colinas de Suresnes en gran parte estaban cubiertas de viñedos, pero también había soberbios campos de esa flor de color rosa suave conocida con el nombre de «rosa de Puteaux», de la que Fargeon utilizaba gran cantidad en sus preparados.

En la primera visita los esposos quedaron encantados por la tranquilidad del pequeño pueblo. Decidieron, debido a la holgura de la que gozaban, comprar varias propiedades. Una de ellas era una hermosa casa de campo en la calle Seine, cuyo boleto de venta se firmó el 31 de enero de 1786: estaba compuesta de «dos cuerpos de habitaciones, uno que daba al río, donde se asentaban varios sótanos en la planta baja y sus dependencias. El conjunto tenía a un lado a los religiosos de Saint-Germain-des-Prés, señores de Suresnes y, al otro, la casa y el jardín del señor conde de Skelton, que residía en el castillo de la Source; en un extremo, el río Sena, el gran camino entre los dos cuerpos y, en la parte de adelante, la calle Seine o llamada des Champs». Equiparon la vivienda con «gabinetes de aseo y salas de baño provistas de muebles y bañaderas de cobre rojo».

En la planta baja se encontraban la cocina, la antecocina, la despensa, el comedor, dos salones, una capilla, el guardarropa y la sala de baño. En el primer piso, no menos de veintiún cuartos tenían su propio baño y guardarropa. El perfumista disponía de un gabinete de trabajo y, para su distracción, de dos salas de billar. Las dependencias incluían un lavatorio, dos leñeras, un invernadero y un naranjal. En la casa que estaba enfrente de la primera instalaron los establos. Luego alquilaron los locales en los que se prepararían los productos de su industria.

Los campesinos de alrededor aportaban personal en abundancia y la «manufactura de perfumes» prosperó muy rápido. El 22 de agosto, amplió sus propiedades con la compra de otros edificios. Jean-Louis Fargeon ya figuraba entre los personajes más importantes de Suresnes, incluso más que el marqués de Châtenay. Tenía un carruaje, domésticos, y poseía platería, joyas y obras de arte. Continuaba activamente sus investigaciones y quería explotar los descubrimientos más recientes para, como decía, «preparar los perfumes a los que la inconstante diosa de las modas otorgaba en ese momento sus favores». Estaba al corriente, por las cartas de su hermano, de los últimos progresos de la técnica de extraer fragancias de las grasas, que daba excelentes pomadas. La ciudad de Grasse había hecho de ellas

una especialidad, al disponer en fuentes de estaño o de terracota barnizada las flores de jazmín y de nardo, así como una grasa animal, la manteca de cerdo, que, al contacto con ellas, se saturaba de su olor. También se machacaban almendras en una pasta de Provenza que se vendía mucho, tanto en París como en Versalles.

Fargeon continuaba sus investigaciones, sobre todo en el campo de la destilación. Fabricaba un aceite fino y delicado de la violeta; uno embriagador, del nardo; uno sensual, del jazmín y uno salvaje, del junquillo. De las flores de su naranjal obtenía un aceite ligero, llamado nerolí o esencia de azahar, que nunca se adhería. Se apasionaba por los trabajos de Denis Papin que, en el siglo anterior, había pensado en utilizar la fuerza de expansión del vapor y buscó, con múltiples tanteos, adaptar al procedimiento de la destilación su «máquina de vapor», que había hecho maravillas en la industria textil. El *Mercur de France* relataba los progresos realizados en este campo y se complacía en imaginar unos semejantes para la perfumería. Instaló, pues, seis calderas y barreños y alambiques de cobre rojo, material importante y perfeccionado. Pensaba que el futuro estaba en «las aplicaciones de la química moderna a este arte del perfume». Van Marum acababa de escribir que el origen del olor podía ser eléctrico; daba como ejemplo el del rayo, que flota después de las grandes tormentas de verano, cuando el aire se ha vuelto menos pesado.

A partir de entonces, las entregas a la Casa de la reina contuvieron más aguas tranquilizantes que espíritus penetrantes y elixires de belleza. El *Journal politique*, también llamado *Gazette des Gazettes*, comprobaba en 1788: «Los comerciantes de París empiezan a quejarse de que no venden, y que ya no tienen crédito en las manufacturas. Esto último es desgraciadamente cierto. Otra particularidad no menos preocupante es que varios señores despiden a mucha de su gente; hay quien despidió hasta cuarenta». La reina había dado el ejemplo: el 16 de enero de 1788 un edicto había suprimido cargos en su Casa por un millón doscientos seis mil seiscientas libras. En junio se observó que, en su visita a los Inválidos, su atuendo era de los más discreto. Sentía llegar la tormenta. Una mañana llamó a madame Adhémar. Encontró a la reina en el Petit Trianon en deshábille y con lágrimas en los ojos. «La he mandado a buscar —le dijo— porque necesito saber la verdad. Todo va mal, veo que las finanzas están en mal estado, y además, se animan a acusarme de arruinar el reino en beneficio de mi hermano; es una enorme falsedad, como también es falso que la duquesa de Polignac saque a manos llenas del tesoro. Monsieur de Calonne está muy preocupado; habla de convocar lo que llama una asamblea de notables. Le pido que me diga qué sabe de todo esto».

Madame de Adhémar no sabía gran cosa, pero intentó tranquilizar a la reina sobre las palabras de un libelo en verso de autor anónimo. A un rey y una reina les anunciaban una muerte violenta.

—Esas amenazas rimadas son espantosas —exclamó la reina—. Pero ¿a quién se

dirigen?

—Esto no puede tocar a Su Majestad —replicó madame de Adhémar—. Se anuncian cosas increíbles, locuras. Si todo eso sucede, será asunto de nuestros sobrinos segundos.

—Quiera el cielo que sea como dice —continuó la reina—. Sin embargo, hay coincidencias extrañas.

Los signos nefastos se multiplicaban. Una noche, madame Campan se encontraba junto a la reina, que estaba sentada delante de su tocador en el que ardían cuatro velas. Una a una se fueron apagando las tres primeras. «La desdicha puede volvernos supersticiosos —observó María Antonieta—, si esta cuarta vela se apaga como las otras, nada podrá impedirme considerarlo un siniestro presagio». La cuarta vela se apagó.

Sin embargo, la buena sociedad se seguía divirtiendo, riendo, gozando de la vida como si nada la amenazara. Lady Kerry, cliente de Fargeon y de Bertin, tenía un salón que estaba de moda, donde se reunía un alegre grupo dos veces por semana a jugar al *creps* y a la *cavagnole*. Entre partida y partida todavía se hablaba de coquetería, del lugar del *rouge* o del último perfume. Fargeon seguía vendiendo sus incomparables popurrís, cuya fórmula perfeccionaba en su laboratorio de Suresnes. Un día supo que el Delfín había echado de su cuarto a madame de Polignac con estas palabras: «¡Salga, duquesa, tiene la manía de usar olores que siempre me incomodan!». La amiga de María Antonieta jamás se perfumaba, por lo que él pensó que la salud del heredero del reino estaba muy alterada.

REPUBLICANO ANTE TODO

El 4 de mayo de 1789 se desarrolló en Versalles, para la ceremonia del día siguiente, la procesión de los tres órdenes convocados para los Estados Generales. Rose Bertin creó el traje que vistió María Antonieta: «La reina estaba arreglada de maravilla; una diadema de diamantes, con su hermosa pluma de garza, el traje violeta y la pollera blanca bordada en plata. El rey llevaba el Regente^[4] en su sombrero». Por última vez, la reina aparecía en toda su magnificencia.

Mientras Fargeon se entusiasmaba con el juramento del Juego de Pelota, del que se había enterado confidencialmente, la hostilidad hacia la reina no dejaba de crecer. Un día, unos borrachos berrearón:

*Louis si tu veux voir
Bâtard, cocu, putain
Regarde ton miroir
La reine et le dauphin.*^[5]

Victoire se escandalizó tanto, que un empleado destapó un frasco de vinagre para reanimarla. A partir de ese momento, sólo vio en los patriotas a «tus amigos los depravados».

Sin embargo, Jean-Louis, republicano de corazón, pero ajeno por naturaleza al espíritu partidista y al odio, no compartía en absoluto los ultrajes de su campo y cuando tenía la ocasión, y la opinión no era riesgosa, afirmaba que la reina era de naturaleza bienhechora y generosa. Fue así como, desde abril de 1788, la pequeña Ernestine Lambriquet, huérfana de una camarera de madame Royale, la hija mayor del rey, se criaba en los apartamentos de la gobernanta de los Hijos de Francia igual que la princesa y le entregaban los mismos artículos. María Antonieta había adoptado o protegido a varios niños pobres. Pero hacía la distinción entre la mujer y la soberana, y afirmaba que cualquier monarquía podía degenerar en tiranía.

—¡Vamos! —objetó Victoire—. ¿Alguna vez el rey fue un tirano?

—Si no lo es, su sucesor puede serlo. Se vio a Cómodo suceder a Marco Aurelio. Es hora de que el pueblo tome las riendas de su destino. ¿Crees que si los representantes del pueblo hubieran podido dar su opinión, habrían dejado a la reina endeudarse enloquecidamente como lo hizo monsieur de Calonne?

Estaba persuadido de que el hombre era naturalmente bueno y que sólo las instituciones lo hacían malo. La toma de la Bastilla le pareció un símbolo bienvenido del final del arbitrio real, pero lamentó que se hubiera manchado con asesinatos. Entró con entusiasmo en la guardia nacional que formaban los burgueses parisienses. Cuando llegó la noche del 4 de agosto todos sus sueños se hicieron realidad. La

agitación se extendía por toda Francia y los nobles habían decidido sacrificar sus privilegios. Encabezados por el duque de Noailles, declararon que aceptaban la igualdad de impuestos y la abolición de los derechos feudales. En una especie de locura de la emulación, todos los imitaban: el clero ofreció renunciar al diezmo y los representantes de las ciudades, a los privilegios provinciales o corporativos. Fargeon aleccionó a su esposa:

—¡Esta vez no hablarás de depravados! ¡Es la San Bartolomé de los privilegios! El pueblo le ha dado al rey el título de Restaurador de la libertad y mañana se celebrará un Tedeum en Notre-Dame. Mi padre me había dicho que un día vería la igualdad entre todos los franceses. Se ha instaurado de manera pacífica y la revolución podrá terminar.

—¡Dios te oiga! Todas estas perturbaciones perjudican el comercio. La perfumería se vende mal.

Habían terminado los pufs extravagantes y los gorros del despertar de la reina. Se llevaban *gorros a la Bastilla* decorados con la escarapela nacional, o *a la ciudadana*, de gasa blanca y una simplicidad antigua. La tela de Jouy triunfaba sobre las sedas, esta vez no por efecto de un capricho real sino porque el boato ya no se toleraba. Las grandes damas extranjeras creyeron prudente abandonar Francia. La nobleza francesa no tardó en hacer lo mismo. Cediendo a las instancias de la reina, la duquesa de Polignac se fue a Alemania en la noche del 16 al 17 de julio. El 8 de agosto se supo de la ida a Bonn de la princesa Luisa de Condé, camino de Coblenza con la princesa de Mónaco y la marquesa de Autichamp. El 5 de septiembre la condesa de Artois salió para Turín. En noviembre se confiscaron los bienes del clero para servir de garantía al papel moneda. La clientela se dispersó por toda Europa. En su tienda, cada vez menos frecuentada, Fargeon vio cómo se alargaba la lista de impagos debido a la emigración. Se consolaba diciéndose que su interés personal debía desaparecer frente al de Francia. Sobre todo, estaba feliz porque ya no tenía que ocultar sus convicciones republicanas. Por consiguiente, no las ostentaba, dado que consideraba que un comerciante tenía que estar bien con todos.

Otros pregonaban su opinión: las modistas vendían cintas «sangre de tejedor», y Rose Bertin, que volvió a descubrir sus orígenes plebeyos, doblaba escarapelas nacionales que vendía al precio exorbitante de dieciocho francos. Damas patrióticas llevaban aros y anillos con un fragmento de piedra de la Bastilla engastado en oro, llamados joyas de la Constitución. Fargeon no quiso seguir el ejemplo de los joyeros y crear una pomada de la libertad o un agua de colonia del *sans-culotte*. Para la casa, la situación no era en absoluto desesperada; conservaba su clientela extranjera y no todos sus nobles clientes habían emigrado.

La marquesa de Tourzel, que había quedado viuda con dos hijos de corta edad a los que educó dignamente, se preocupaba mucho por el bienestar del Delfín, aunque

éste la llamaba «Madame Severa». Las entregas de la casa Fargeon en agosto de 1789 incluyeron varias docenas de guantes blancos, pares de mitones de piel de perro, botellas de lavanda, litros de espíritu de vino, potes de pomada de azahar y pasta de almendras, polvo de azahar y cestas de aromas en tafetán perfumado con polvo de violeta y de Chipre. Fargeon seguía proveyendo a la reina de abanicos perfumados, sin sospechar que, a menudo, los usaba para ocultar sus lágrimas. Creó para ella un vinagre radical o espíritu de Venus del que decía: «Este licor es, tal vez, el más penetrante que conozco. Basta con quitar el tapón del frasco en el que se encuentra para llenar con su olor todo un apartamento, y si se acerca el frasco abierto a la nariz, penetra en el cerebro con tanta vivacidad que pareciera que el cráneo se abre y se separa en dos. Su perfume es de los más agradables».

Desde la caída de la Bastilla, la reina presentía una partida forzada, porque se sucedían las diputaciones para pedir que el rey fuera a París. Para la eventualidad de una invasión del castillo se hizo que madame Campan preparara sus joyas y quemara algunos papeles. El 5 de octubre, la multitud parisiense invadió Versalles y, al día siguiente, los amotinados obligaron al rey a residir en las Tullerías. «El populacho rodeaba y precedía a la carroza de Su Majestad gritando: “No nos faltará más el pan; tenemos al panadero, a la panadera y al pequeño ayudante”. En medio de esa tropa de caníbales se alzaban las cabezas de los guardias de Corps asesinados». Cuando recibieron al rey en el Ayuntamiento, Bailly le rogó que se sentara en un trono «cuando acababan de romper el de sus antepasados».

El antiguo orden acababa de recibir un golpe fatal: el monarca seguía siendo respetado, pero se había dado una prueba de que podían obligarlo moralmente. Esto no desagradaba a Fargeon. Los primeros meses del año 1790 lo colmaron de esperanza: el 14 de julio iba a asistir, con su sección de guardias nacionales, a la fiesta de la Federación. Volvió entusiasmado del Campo de Marte. En agosto, Luis XVI aceptó de mala gana la Constitución civil del clero. El perfumista quedó encantado: por fin ponían en su lugar a la superstición. La Asamblea de los Representantes de la Nación votaba leyes justas: en especial aprobó la que había propuesto el doctor Ignace Guillotin, médico filántropo: «En todos los casos en que la ley pronuncie la pena de muerte contra un acusado, el suplicio será el mismo cualquiera sea la naturaleza del delito del que haya sido culpable. El criminal será decapitado por efecto de un simple mecanismo». La Asamblea votó ese texto.

—Ves —le dijo a Victoire—, en la nueva Francia hasta los criminales son iguales.

—¡Roguemos que la máquina de ese doctor solo ejecute a criminales!

En marzo de 1791 la Ley Chapelier abolió las corporaciones; se disolvió la comunidad parisiense de guanteros, bolseros-cintureros y perfumistas. Fargeon aplaudió la llegada de la libre empresa, aunque sufrió una opresión en el pecho por el recuerdo del orgullo que sintió cuando fue admitido en la corporación. Ésta estaba

endeudada por una razón loable: había ofrecido al rey una importante contribución para construir un navío de primer nivel para la flota de guerra de la que Luis XVI, entre otros méritos poco conocidos, había dotado a Francia. La abolición de sus estatutos daba a los perfumistas la libertad de actuar, pero era un pobre regalo en ese momento de poca venta. Los obreros no la consideraron ninguna ventaja y la huelga siguió siendo castigada con la prisión. En la misma época, muchos obispos y sacerdotes, por orden del Papa, se negaron a jurar la Constitución civil del clero. Fargeon obligó a hacerlo, con la amenaza de despido, al preceptor de sus hijos, que era sacerdote. Victoire lo desaprobó: le dijo que no se podía pregonar la libertad en general y a la vez negarla a la gente sobre la que se tenía autoridad.

EL PERFUME DE LA DESDICHA

A comienzos de junio de 1791, el perfumista recibió un mensaje que le produjo gran emoción: «El señor Fargeon tendrá a bien ir de inmediato a las Tullerías. Se presentará en la puertecita que da al pasaje de los Feuillants. El guardia suizo Parent lo introducirá. En la puerta situada al pie del Pabellón de Flora, del lado del jardín, un lacayo esperará al señor Fargeon y lo conducirá al lugar donde será recibido. No se demore».

Se apresuró a obedecer y, a través de apartamentos casi desiertos, lo llevaron al gabinete de la reina. Ella lo acogió con su acostumbrada benevolencia y le preguntó qué pensaba de los acontecimientos en su condición de burgués de París. No era el lugar ni el momento de proclamar sus convicciones republicanas y no tenía ningún deseo de seguir el ejemplo de Léonard y mademoiselle Bertin, que se jactaban de ilustrar a su real clienta transmitiéndole los rumores públicos. Se contentó con decirle que sus negocios lo alejaban de la política y asegurar su adhesión a la persona de los soberanos, lo que, en su ánimo, no era ser fiel a la monarquía. La reina sonrió con melancolía: no se engañaba. El perfume del Trianón, que había creado con tanto cuidado, flotaba alrededor de ella. Estupefacto, comprobó que había cambiado: en la misteriosa alquimia del agua de olor con la piel, el embriagante aroma del nardo aplastaba a los otros componentes. Sin embargo, había usado con parsimonia la peligrosa flor. Lo que reconocía su nariz infalible no era lo que hubiera querido. ¿Cómo era posible que la reina no percibida esa alteración? En el aroma exquisito se había deslizado algo áspero y brutal, como el anuncio de la desdicha.

Reconoció en el aire otra de sus creaciones: la fragancia viril que le había pedido para regalársela a un «hombre muy elegante». Por cierto, éste había estado en la habitación unas horas antes. ¿Quién era? No deseaba profundizar en ese misterio. Agradeció a la soberana haber mantenido su confianza en él a pesar de la dureza del momento. Antes de irse le dijo que había entregado a madame Campan su último pedido, al igual que el de madame Tourzel. No agregó que eran dos listas extrañamente largas y que había tenido dificultades para reunir todo, porque las materias primas llegaban de manera irregular debido a los disturbios.

No podía adivinar la razón de esas grandes compras: la familia real preparaba el desatino que terminaría lamentablemente en Varennes. Axel de Fersen, para salvar a la mujer que amaba, desplegaba una actividad desbordante y no dudaba en correr los mayores riesgos. A partir de febrero había preparado un plan de fuga. Montmédy prefirió Metz porque estaba más cerca de Luxemburgo. Evitaría pasar por Reims, ciudad de la coronación, donde el rey temía ser reconocido. Se reservó una amplia berlina pintada de verde botella, con la ballesta y las ruedas amarillo limón, tapizada de terciopelo de Utrecht blanco. «Desde el mes de marzo —escribió Madame

Campan— la reina se ocupó de los preparativos de su partida. Pasé esos meses a su lado y cumplí gran parte de las órdenes secretas que daba al respecto. Con pena, la veía ocupada en detalles que me parecían inútiles y hasta peligrosos, y le señalé que la reina de Francia encontraría camisas y vestidos en todas partes».

Lo mismo pasaba con los perfumes, pero María Antonieta, con su incurable ligereza, se había empeñado en llevarlos en su soberbio neceser de viaje, totalmente provisto para la ocasión. Sin duda pensaba, como Montesquieu, que «cuando se ha sido mujer en París, ya no se puede serlo en otra parte». Se logró hacer llegar a Bruselas un baúl entero, pero el neceser planteaba un problema más delicado. Era «enorme y contenía desde un calentador hasta una escudilla de plata». Cuando la reina replicó que quería enviar un presente a su hermana, madame Campan intentó disuadirla, ya que temía que «hubiera gente lo bastante perspicaz como para adivinar que ese presente sólo era un pretexto con el propósito de enviar ese mueble antes de su partida». Se tomó el cuidado de «no dejar huella de los perfumes que podían no ser adecuados para esa princesa», pero la precaución no engañó a una mujer del guardarropa que, el 21 de marzo, denunció al alcalde de París las reales intenciones de su señora. Agregó que «Su Majestad apreciaba demasiado ese mueble como para privarse de él y que a menudo había dicho que sería muy útil en caso de viaje».

Para llenar los frascos de cristal, las cajas de polvo y los potes de ungüentos de su querido neceser, María Antonieta pidió una infinidad de artículos a sus diferentes proveedores. Fargeon entregó, además del perfume del Trianón, su famoso *polvo a la Fargeon*, potes de pomada, algunas botellas de agua de lavanda, *agua celestial* y *agua soberana* que a la reina le gustaba para friccionar sus sienes. Como temía el agotamiento del viaje, agregó a su pedido *agua de flores de azahar* y *espíritu de lavanda*, que se consideraban tranquilizantes, diferentes vinagres tónicos y antiespasmódicos, así como sales revigorizantes y hasta bolsitas de *baño de modestia*. No olvidó la esencia de bergamota ni las pomadas al heliotropo y al limón, además de diferentes aguas cosméticas. Con su delicadeza habitual, se cuidó muy bien de confesarle a Fargeon que le gustaban mucho los *e spíritus penetrantes* y la *crema de rosa de caracoles* de su joven competidor Jean-François Houbigant.

Una extraordinaria acumulación de torpezas precedió y acompañó la «huida a Varennes», pero la coquetería de María Antonieta también desempeñó un papel nefasto. La reina no concebía prescindir de su peluquero. Participaron del secreto a Léonard y se tuvo la imprudencia de confiar a ese gascón charlatán y jactancioso una misión de confianza: llevar un cofre con los diamantes de la reina y avisar a los relevos de caballos cuando se acercaban los fugitivos. Por último, el 20 de junio, la amplia y poco discreta berlina partió con la pareja real, alias el señor Durand y la señora Rochet, sus dos hijos, madame Elisabeth y madame de Tourzel. La partida de la familia real era un secreto a voces y tal vez fue tolerada por los dueños de Francia

porque esperaban sacar una ventaja política. El «señor Durand» fue reconocido varias veces antes de que el jefe de posta Jean-Baptiste Drouet diera el golpe fatal. El peluquero de confianza encontró el medio —¿traición o tontería?— de decirles a los dragones que protegían a Su Majestad que había una contraorden, por lo que abandonaron sus puestos. Cuando los oficiales llegaron de París con la orden de la Asamblea de «detener a todos los individuos de la familia real», Luis XVI murmuró: «Ya no hay rey de Francia». La reina, en un inútil gesto de provocación, tiró el decreto al suelo. El regreso fue espantoso: en medio del calor y el polvo, la berlina se convirtió en una prisión rodante escoltada por la fuerza armada entre los gritos de un populacho enfurecido. A su llegada, la reina, cuyos cabellos «se habían vuelto blancos por la desdicha», dictó un billete para madame Campan: «Le escribo desde mi baño donde acabo de meterme para aliviar por lo meros mis fuerzas físicas. Nada puedo decir sobre el estado de mi alma; existimos, eso es todo». Debía ese pequeño consuelo al arte de su perfumista preferido.

Fargeon estaba encolerizado: se sentía traicionado por la huida de la familia real. Luis XVI se había negado al juego limpio de ser un monarca constitucional a la cabeza de una república de hecho. Se detenía a los sospechosos de haberlos ayudado. La azafata de la reina, madame d'Ossun, arrestada enseguida, dio a los que la interrogaban una hermosa y altiva respuesta: «No conocía el secreto. Y si lo hubiera conocido no estaría aquí; habría precedido a la reina. Si algo me molesta es que la reina no me haya avisado». El perfumista sentía los más vivos temores: la berlina desbordaba de productos provenientes de su tienda. ¿Lo creerían cómplice de una acción en la que, como buen patriota, solo veía un estúpido e imperdonable crimen contra la nación? Pensó que la guerra extranjera era una posibilidad para Francia: iba a poder convertir a Europa a la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los primeros combates fueron desastrosos y la opinión pública se volvió contra el soberano. Como no le gustaban los movimientos de multitudes, Fargeon se quedó en su casa el 20 de junio de 1791, cuando una multitud furiosa irrumpió en las Tullerías. Se vio entonces moverse por encima de las cabezas una guillotina con la inscripción: «Para el tirano» y una horca de la que colgaba la efigie de una mujer con las palabras: «Para Antonieta». El rey se dejó poner el gorro rojo, con lo que perdió su prestigio para siempre. En la calle de Roule los nobles clientes estaban horrorizados. El carnicero Legendre se había dirigido a Su Majestad llamándolo «señor», y había continuado: «Usted es un pérfido, siempre nos engañó y nos volverá a engañar». Se citaba un rasgo de coraje de María Antonieta: al pasar delante de ella, a la que una simple mesa separaba de la multitud enfurecida, una pescadera la insultó. La reina le preguntó si le había hecho algún mal personal y la mujer respondió: «Ninguno, pero usted echa a perder a la nación». «Se equivoca —contestó la reina—, me casé con el rey de Francia y soy la madre del Delfín. Soy francesa y no volveré a ver a mi país. Sólo

puedo ser feliz o desdichada en Francia; era feliz cuando me amaban». La pescadera se deshizo en llanto: «Ah, señora, perdóneme. No la conocía y veo que es buena». Victoire lloró enternecida con este relato. En el pueblo, no había sólo chusma. Ignoraba que lo peor estaba por llegar.

El 26 de julio el manifiesto de Coblenza, que amenazaba a Francia con la invasión, encendió la pólvora. La consigna fue «desarmar la Corte», aliada del enemigo. El pequeño ejército de los federados, o sea unos quinientos marseleses y trescientos bretones, estaba en París, al pie del cañón para alimentar la insurrección. Las secciones parisienses participaron: cuarenta y siete de cuarenta y ocho votaron la inhabilitación del rey. Fargeon, que se cuidó muy bien de confesárselo a su esposa, había seguido el movimiento, pero no estuvo entre los que se lanzaron al asalto de las Tullerías, esa «guarida de nobles y sacerdotes». El 10 de agosto, «profundo volcán de furor», los asaltantes masacraron a la guardia suiza a la que el rey, para cuidar la sangre de su pueblo, había ordenado no disparar. Algunas damas de la reina por un momento estuvieron amenazadas, pero las soltaron, con un despreciativo: «¡Frívolas! ¡La nación las perdona!». La monarquía había muerto. El rey y su familia debieron «ponerse bajo la protección de la Asamblea», es decir, a merced de sus enemigos. El 13 de agosto los cautivos fueron trasladados al Temple.

LAS ÚLTIMAS ENTREGAS

Nadie se animaba a declararse proveedor de la Corte. Fargeon deseaba continuar sirviendo a la reina que, en la prisión, tenía mucha necesidad de sus productos. Llegó a saber que no abandonaba las vinagreras que contenían las aguas revigorizantes que la ayudaban a soportar la prueba, y que también usaba en abundancia aguardiente de lavanda para calmar la angustia, así como pomadas al azahar y la pasta para las manos. Una costurera pudo llegar hasta ella y, aunque Rose ya no estaba en París, la casa Bertin continuó sus entregas hasta septiembre. Fargeon deslizó entre las aguas de olor un frasco del perfume del Trianón en recuerdo de pasadas felicidades. Cuando fue para que le pagaran, un *sans-culotte* se le rió en la cara.

—¿Te burlas, ciudadano? ¿Crees que vamos a perfumar la jeta del cerdo gordo a cuenta de la nación?

Rose Bertin había huido hacia Coblenza, donde la esperaban sus antiguas clientas. Se contaba que había cedido a las exhortaciones de la reina, que temía por su fiel modista. Su partida fue el tañido fúnebre para la elegancia y una gaceta escribió: «Mademoiselle Bertin deja la capital, en París sólo quedará gente mal vestida». Los mejor informados sabían que, en una de sus última entregas en las Tullerías, la reina le había dicho: «Soñé con usted anoche, mi querida Rose; me pareció que me traía una cantidad de cintas de todos los colores y que yo elegía varias, pero, apenas se encontraban en mis manos, se volvían negras».

La atmósfera se hacía cada vez más pesada. Los *sans-culottes* requisaban cada casa y llenaban las prisiones de sospechosos. El rico perfumista se mostraba lo menos posible, porque, por más patriota que fuese, su apariencia y su manera de expresarse hacían que los hombres del pueblo lo miraran con ojos torvos. El 17 de agosto se inauguró la máquina del doctor Guillotin para ejecutar a Laporte, «intendente de la lista civil del ex rey» y a D'Anglemont, «agente monárquico». Se decidió que, desde ese momento, la «guillotina» estaría instalada de manera permanente. A comienzos de septiembre, con el pretexto de liquidar a los enemigos del interior, bandas de degolladores invadieron las prisiones donde se amontonaban los sospechosos. Marsellese y federados mataron salvajemente, durante dos horas, a varios obispos y a ciento veinte sacerdotes en la prisión de Carmes, luego degollaron, en la prisión de l'Abbaye, a los guardias suizos que habían sobrevivido al 10 de agosto. Nadie se salvó, ni los niños detenidos en Bicêtre ni las mujeres de la Salpêtrière. Sacaron a la princesa de Lamballe de la prisión de la Force y la mataron. Refugiada en Turín, había vuelto a Francia en cuanto se había enterado de que la reina, su amiga, estaba en peligro. Llevaron su cabeza clavada en la punta de una pica para que María Antonieta pudiera verla desde su ventana. «¡Pueblo —clamaba Billaud— inmolas a tus enemigos, cumples con tu deber!». Algunos nobles aparentaban no cambiar en

nada sus costumbres y, por puro desafío, iban a la calle de Roule todos los días. Otros habían desaparecido, emigrado o se habían ocultado en sus castillos de provincia.

En la sesión de apertura del 21 de septiembre, la Convención decretó la abolición de la monarquía en Francia. «Los reyes —exclamó el abate Grégoire— son al orden moral lo que los monstruos al orden físico». Se aclamó a los oradores a los gritos de «¡Viva la Nación! ¡Viva la libertad!». Todos los actos públicos debían ser fechados desde el primer año de la República y el sello del Estado tenía estas palabras: «República de Francia». Al igual que cuando la abolición de los privilegios, Fargeon se acordó de su padre. Sin duda, le habría gustado ver que la realeza daba paso a la república, pero ¿el lector de los filósofos se había imaginado así los nuevos tiempos? Por su parte, Victoire vivía acongojada. Su sólido sentido común le había hecho comprender, desde hacía mucho, que en el nuevo orden no había lugar para los ex proveedores de la reina de Francia. Se lo advirtió a su esposo.

—Puedes proclamarte patriota todo lo que quieras, esos depravados no te lo agradecerán. Vienen de la hez del pueblo y sólo saben que somos ricos y que hemos servido a la corte. Haríamos bien en buscarnos un refugio discreto.

—¿Ocultarnos? ¡Deliras, querida! Que yo sepa no somos nobles.

—No, pero eso no bastará para salvarnos de su furia. Ya verás que matarán hasta al rey. Por eso lo han encarcelado.

—En absoluto, es sólo para impedir que hable con los enemigos del exterior. Un día lo expulsarán y se reunirá con sus queridos emigrados. Ya no se lo necesita ahora que el pueblo es soberano.

—Matarán al rey, te lo digo, y nosotros corremos el peligro de sufrir la misma suerte. ¡Esa gente pasea las cabezas en picas!

—¿Alguna vez una revolución se desarrolló sin excesos? Esto pasará. El hombre es naturalmente bueno, como escribió Jean-Jacques Rousseau. Todo nacimiento es doloroso; deberías saberlo porque eres madre. Asistimos al nacimiento de un mundo mejor.

—¡Matarán al rey!

No contestó porque sentía que su fe en la Revolución vacilaba. La sociedad de iguales ilustrados y benévolos soñada por su padre había dado paso a los fanáticos bebedores de sangre del «partido agitador». A partir de ese día no volvió a poner los pies en la sección a la que había adherido con entusiasmo. Y su caso no era único. «En una sección que tiene tres o cuatro mil ciudadanos, sólo veinticinco formaron la asamblea», comprueba un informe de diciembre de 1792. Ese mismo Marat escribía en su periódico: «El aburrimiento y el rechazo han dejado las asambleas desiertas».

Fargeon ignoraba todo sobre la vida que llevaban los prisioneros en el Temple y no sospechaba el maltrato al que los carceleros con gorro rojo sometían a la familia real, que lo soportaba cristianamente. ¿Cómo hubiera sabido que un ex capuchino, el

concejal Mathieu, había ido a decirle a Luis XVI: «La patria está en peligro. Sabemos que nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos moriremos, pero el pueblo será vengado y usted morirá antes que nosotros»?

EL OLOR ACRE DE LA SANGRE

Fargeon se había abonado al mayor número posible de diarios y gacetas porque quería estar perfectamente informado del desarrollo de los acontecimientos. Lo que leía le hacía pensar que Victoire tenía el don de la profecía. Los artículos eran otros tantos llamados al crimen. En secreto se indignaba: habituado al rigor de la química, sufría por las imprecisiones de la política. Presentaban como un tigre sediento de sangre y un nuevo Nerón a un monarca bonachón hasta la molicie, que había dejado matar a sus partidarios por no dar la orden de disparar contra los enemigos, un soberano humano que había abolido la tortura y el horrible suplicio de la rueda.

Cuando descubrieron «el armario de hierro», escondrijo secreto en las Tullerías para ocultar la correspondencia comprometedor con el enemigo exterior, Fargeon se dio cuenta de que el rey estaba perdido. La Convención se había erigido en tribunal. El 11 de diciembre el alcalde de París, Chambon, acompañado por Chaumette, procurador de la comuna, le leyó al soberano un decreto que decía: «Luis Capeto será llevado al estrado de la Asamblea Nacional».

—Capeto no es mi apellido; es el de uno de mis antepasados —contestó el rey.

Al leer el resumen del proceso, el perfumista no pudo dejar de admirar la dignidad con la que actuaba el soberano. Nada tenía que objetar a la frase final del alegato leído por su defensor, Monsieur de Sèze: «Franceses, la revolución que los regenera ha desarrollado en ustedes grandes virtudes, pero cuídense de que no haya debilitado en sus almas el sentimiento humanitario». El humanitarismo había desaparecido de la República. A partir de entonces, ¿quién recogería a los huérfanos y dotaría a las jóvenes pobres como lo había hecho María Antonieta? Pero trataba de salvar las apariencias delante de su esposa. Ella le había preguntado si no tenía piedad de la reina.

—La compadezco de todo corazón, pero estoy de acuerdo con el representante Merlin, que la noche del 20 de junio le dijo: «Señora, lloro por la desdicha de una hermosa mujer, sensible y madre de familia, pero no se confunda, no hay una sola de mis lágrimas para el rey o la reina».

—¡Qué hermoso razonamiento! ¡Como si se pudiera insultar a la reina sin ultrajar a la mujer, o quitarle sus hijos a la madre sin herir a la reina!

El 21 de enero de 1792 a las 10.22 de la mañana, los redobles de tambor y el sonido del cañón le indicaron a María Antonieta que Luis XVI acababa de ser decapitado. Lloró, después se arrodilló delante de su hijo, Luis XVII, rey de Francia. La familia real todavía constituía un valor de cambio no desdeñable con las potencias extranjeras. Se autorizó a la «viuda Capeto» a encargarse «ropas de duelo, calzado lustrado, enaguas de “histaly” y hasta un abanico de tafetán negro». A los treinta y siete años era una mujer vieja, de salud delicada, sujeta a frecuentes convulsiones.

La tienda estaba casi desierta y Fargeon reclamaba sus créditos. Las memorias relativas a los dos últimos años del reinado de Luis XVI se hallaban en manos del ciudadano Henry, liquidador de la lista civil. Fue a verlo y el contador firmó la autorización de pago sin decir una palabra, con gesto profundamente asqueado. El perfumista se estremeció ante la idea de que acababa de convertirse en sospechoso, pero obtuvo el pago de los suministros entregados a los Hijos de Francia el 16 de agosto del año anterior. Se le oprimió el corazón al leer en el recibo «suministros pagados por la República para la Capeto, viuda del último tirano de los franceses».

Cuando volvió a su casa subió a su gabinete de trabajo y consultó los registros donde Victoire había anotado con su habitual cuidado los encargos reales. El primero estaba fechado en 1775 y se extendía durante diecisiete años. Encendió un gran fuego y pasó varias horas quemando esos documentos que se habían vuelto comprometedores. Sin duda, todos los proveedores de Versalles habían hecho lo mismo. Rose Bertin, que compensaba con su valor sus extravagancias y malos consejos de las épocas felices, había vuelto del exilio. Considerada una emigrada, había encontrado confiscados sus bienes. Pudo ver por última vez a la soberana cuando le llevó algunos encargos.

El 3 de julio fue la estación más dolorosa del vía crucis de María Antonieta. Ese día separaron al joven Delfín de su madre. Fargeon leyó con tristeza que en el grupo de brutos que invadió la habitación para cometer ese rapto odioso figuraba uno de sus colegas, junto con un tallador de piedras, un pintor, un abogado y un «lector secretario». Si la hubiera podido ver, le habría sido difícil reconocer a la reina. Su rostro, cuyo delicado colorido había estudiado en otros momentos, se había convertido en el de una vieja. El 2 de agosto, cuando la llevaron a la Conciergerie, que sabía que era la antecámara de la muerte, suspiró: «Ya nada puede hacerme mal». La trataron con el máximo rigor. Su cama era de madera, con paja y un colchón, y tenía una manta de lana agujereada y sucia. Una joven criada de nombre Rosalie alivió lo mejor que pudo los últimos días de la reina de Francia. Hacía un calor sofocante y le faltaba ropa interior. Terminaron por darle algunas camisas, dos pares de medias de seda negra y zapatos. Rosalie le consiguió una mota de cisne, polvos y un frasco de agua perfumada para los dientes. Su último lujo fue tomar agua de Ville d'Avray, la única que soportaba en Versalles.

Se levantaba a las siete de la mañana, se ponía la bata y las pantuflas y «dividía sus cabellos sobre la frente después de ponerles un poco de polvos perfumados». Ya era demasiado, por lo que le confiscaron sus vinagreras, los polvos y la mota de cisne. Su suerte apiadaba a cualquiera que conservara un poco de humanidad. Los gendarmes que conocían su gusto por las flores le llevaban claveles y nardos. Le habían quitado el reloj que le había regalado el rey, luego los tres anillos con dos solitarios de diamantes que adornaban sus manos, los cuales giraba sin cesar para

matar el aburrimiento y conjurar la angustia. Ya sólo tenía vestidos remendados, uno blanco y otro negro, y un pequeño espejo que Rosalie compró en los muelles por veinticinco centavos de papel moneda. El borde rojo y su decoración china pintada en los costados le encantaron. La mujer que había poseído el más bello neceser de viaje del universo acomodaba sus ropas en una caja de cartón.

El 17 de septiembre de 1793 se votó la terrible ley de los sospechosos. Un mes más tarde, la reina subió al cadalso. Fargeon leyó su condena en el *Moniteur*: «Al oír pronunciar su sentencia no mostró ninguna marca de alteración, y salió de la sala de audiencias sin decir una palabra, sin dirigir ningún discurso a los jueces ni al público». Ya no pensaba en distinguir, como había hecho, entre la reina y la mujer, en condenar a una y compadecer a la otra. Leyó con rechazo en el *Père Duchesne* la oración fúnebre vomitada por Hébert: «¡He visto caer en la canasta la cabeza de madame Veto! Quisiera expresarles la satisfacción de los *sans-culottes* cuando la archiduquesa cruzó París en el coche con treinta y seis puertas. Su cabeza maldita por fin está separada de su cuello de zorra. En el aire resonaron los gritos de “¡Viva la República!”».

Mientras Victoire lloraba, el perfumista volvía a ver la imagen de la joven Delfina, resplandeciente de frescura, de gracia y de majestad. La felicidad brillaba en sus ojos y en su sonrisa. Después, había podido medir la sutileza de su gusto, la elegancia de sus modales y la generosidad de su corazón. ¿Qué importaban su coquetería y su ligereza? Las había pagado con el martirio que soportó hasta el final con admirable dignidad mostrándose cortés hasta con el verdugo.

Recordaba su última visita a las Tullerías. Se impresionó por la manera en que el perfume del Trianón se había alterado y, al respirarlo, sintió el presentimiento de la tragedia. ¿Era posible que el ser humano, en ciertas circunstancias, estuviera en olor de desdicha, así como se dice que está en olor de santidad? Recordaba las palabras de María Antonieta: «El nardo ejerce en mí un poder extraño». ¿Por qué le gustaba tanto una flor que se le parecía tan poco y que, cuando se marchitaba, tomaba el olor de la carne en descomposición? El olfato era el más sutil de los sentidos. ¿Percibía lo que la mente no concebía todavía? Pensó en Rousseau: «El olfato es el sentido de la imaginación». ¿La reina había tenido la premonición de su destino?

Después de la muerte de María Antonieta, Fargeon permaneció mucho tiempo postrado en su retiro. No echaba de menos el orden antiguo, pero la Revolución se había manchado con demasiados crímenes para que pudiera esperar en adelante algo bueno. Estaba horrorizado por la manera en que los hombres la habían transformado en odio. El Terror arrasaba y, cada día, se enteraba de clientes y clientas que habían subido al cadalso después de una parodia de proceso. A pesar de sus convicciones, quedó tan trastocado por el final de madame Du Barry, el 9 de noviembre, como por el de la republicana madame Roland la víspera. Después de la muerte de Luis XV, la

favorita volvió, tras dieciocho meses de penitencia forzosa en la abadía de Pont-aux-Dames, a la vida a la que estaba acostumbrada, y había tenido nuevos amores. Le hacían pagar muy caro su pasada felicidad. «Ciudadanos jurados —exclamó el acusador público— se han pronunciado sobre las intrigas de la esposa del último tirano de los franceses; hoy tienen que pronunciarse sobre las conspiraciones de la cortesana de su predecesor. Tienen delante a esta Lais, célebre por lo disoluto de sus costumbres, la publicidad y el brillo de sus desenfrenos, a quien sólo el libertinaje hizo compartir el destino del déspota que sacrificó los tesoros y la sangre de sus pueblos a sus vergonzosos placeres. Tienen que decidir si esta Mesalina, nacida en el pueblo, enriquecida con los despojos del pueblo que pagaba el oprobio de sus costumbres, a quien la muerte del tirano bajó del rango donde el crimen la había colocado...». Seguía el relato de la ejecución de la «mujer Du Barry». El autor contaba con deleite innoble que había lanzado gritos desgarradores y se debatió entre el verdugo y sus dos ayudantes que apenas pudieron sostenerla. Había implorado en el momento en que la ataban a la plancha: «¡Gracia, gracia, un momento más, señor verdugo!». Solo la cuchilla había podido hacerla callar. Indignado, Fargeon hizo una bola con la hoja impresa y la arrojó al fuego que ardía en la chimenea. Victoire disimulaba su angustia con trabajos de aguja. Al ver que estrujaba el papel levantó los ojos:

—¿Qué han hecho ahora?

—Guillotinaron a madame Du Barry.

—Es triste, pero si se animaron a guillotinar a su reina...

Él se calló, no podía explicarle lo que sentía y ella no lo habría comprendido. La muerte de María Antonieta, tan atroz como inmerecida, era la de una soberana y de un régimen aborrecidos. La Du Barry, en cambio, había salido del pueblo y su único error había sido haber amado a un rey. Volvía a verla en su diván, el día en que lo había recibido tan graciosamente. Era la imagen de la dulzura de vivir. Ella había reconocido su talento y se acordaba del estado de exaltación en que estaba al volver a París. La Revolución acababa de matar con ella su sueño de juventud: llevar a la mujer, mediante su arte, al estado de belleza perfecta que había encarnado la favorita. De pronto, se sentía extrañamente cansado. Ya no era el amigo del porvenir y de las ideas nuevas. Era también un hombre del Antiguo Régimen. El refinamiento se consideraba un crimen. Robespierre hacía gala de elegancia y se había hecho pintar una rosa en la mano, pero el Incorruptible no usaba agua perfumada. Aunque se fabricaban algunas que llevaban nombres nuevos y aterradores: *elíxires a la Guillotina* o *Sent-bon* [huele bien] *à la Sent-son*, por referencia al nombre del verdugo. Una pechera o un pañuelo impregnados de esencia de lirio o de agua de la reina podían costar la vida. Ya no había lugar en el nuevo comercio parisiense para un «perfumista de los Capeto».

Empezó a buscar un comprador para su negocio y, para ver a los candidatos, debió ir a París, donde no ponía un pie desde hacía meses. La ciudad, que había sido la más bella y la más refinada del mundo, estaba irreconocible. Pasó delante de una librería que se llamaba *Nuestra Señora de la Guillotina*. Todo era feo, sucio y vulgar en el espectáculo que ofrecía el pueblo soberano. Las fiestas que se sucedían, la fiesta de la Virtud, la fiesta de los Jóvenes o las fiestas de los Viejos, nada tenían que ver con las del Antiguo Régimen. Se cruzó con guardias nacionales vestidos de la manera más ridícula: algunos llevaban un gorro de piel y otros, una crin que caía sobre la cabeza. Un adolescente tenía un traje mitad romano, mitad escocés, con las piernas desnudas y una túnica adornada con nidos de golondrina a manera de charreteras. Arrastraba una pesada espada a la antigua, colgada de un cinturón de imitación de piel. Fargeon no pudo dejar de preguntarle por qué iba vestido de esa manera tan especial.

—Ah, ciudadano, es un traje muy incómodo que nos imponen allí —suspiró el joven—. Sobre todo la espada.

Era un alumno de la *École de Mars* donde formaban, cerca de la puerta Maillot, a los futuros oficiales de la República.

El espectáculo de las mujeres no era más agradable. La moda les imponía ropa sin gracia, bata a la patriota y *toilettes a la Constitución*. El ciudadano escultor Especieux deseaba que los franceses adoptaran como traje nacional «el casco y la clámide como en Atenas». El ciudadano pintor Wicar, alumno de David, aconsejaba a las damas que abandonaran «los chales ridículamente abultados que ocultaban sus encantos más agradables». Fargeon había leído ese extraño consejo, pero no logró ver una sola dama que fuera por la calle con el torso desnudo. Sin duda, las parisienses no eran todavía demasiado patriotas. Las paredes de las casas estaban cubiertas de inscripciones republicanas. En las calles había banquetes patrióticos y fraternales. «En esas mesas lacedemonias —escribía el *Journal de Paris*— no se necesitan manteles, ni servilletas ni nada que tenga que ver con el lujo. En ese estado de simplicidad de edad dorada, ¡cuántos corazones están dispuestos a la fraternidad y a la dulce igualdad! Los padres y madres enternecidos, en medio de sus hijos, gozan con delicia de los primeros frutos de la Revolución». Cuando, de regreso en Chaumont, leyó esas líneas, Fargeon se restregó los ojos. En las calles de la capital no había visto la dulce fraternidad, sino a borrachos berreando insensateces y apestando a sudor. Era una serie de escenas más o menos asqueantes, más o menos grotescas. Era la ebriedad en su forma más indecente. Más allá, en medio de todos los síntomas de la alegría, expresiones de caníbales; en otros lados, proyectos de asesinatos y de incendios.

El perfumista estaba más convencido que nunca de que nada tenía que hacer en ese pandemio. El Terror crecía como un torrente y arrasaba todo a su paso. La lista

de emigrados se alargaba cada día; se diseminaban por todos los rincones de Europa la condesa Béon de Béarn, dama de honor de madame Adélaïde, la marquesa y la duquesa de Choiseul, mademoiselle Dillon, el conde y la condesa de Duras, la condesa de Laage, el conde Auguste de Lamarck, el duque y la duquesa de Luxemburgo, la marquesa de Mabceuf, la vizcondesa de Polastron, el conde de Artois, la marquesa de Tonnerre, la condesa de Vergennes. Fargeon los había provisto a todos de perfumes y muchos de ellos no habían tenido ni el tiempo ni la posibilidad de pagar sus deudas. A veces, un exiliado escrupuloso hacía llegar algunas piezas de oro acompañadas de unas palabras donde pedía elegantemente disculpas por el atraso en saldar su deuda. Fargeon gozaba de una renta de doce mil trescientas siete libras, lo que era bastante para llevar una vida acomodada y seguir pagando el préstamo forzoso de su sección, que había tenido la imprudencia de abandonar.

EL ARRESTO DEL «PERFUMISTA DE LOS CAPETO»

En diciembre de 1793, nivoso del año II, la casa de perfumería Fargeon se convirtió en la firma Mouchet-Moulinet y Cía. Los compradores eran hombres nuevos que no corrían el riesgo de pasar por amigos de los dueños anteriores. Sin embargo, después de la firma del acta, emocionaron a Fargeon cuando le contaron con compasión que habían visto pasar a María Antonieta en la carreta. Se sintió muy aliviado de no seguir siendo un comerciante. Por la venta, había llamado a París al responsable de la sucursal de Nantes. Se enteró de nuevas atrocidades: el representante en misión, Carrier, una especie de loco, había inaugurado su reinado ahogando a veinticuatro sacerdotes, y dos meses más tarde, a otros cincuenta y ocho. «¡Qué torrente revolucionario hay aquí en Loira!», había escrito de la Convención. El negocio con el extranjero era sospechoso y la vigilancia de la policía se había reforzado: los propietarios y los principales locatarios de las casas en adelante eran obligados a «colocar en la puerta exterior, en el lugar que más se viera y en caracteres bien legibles, apellidos, sobrenombres, nombres, edad y profesión de todos los que vivían en su casa». En nombre de la libertad, Francia se transformaba en una inmensa prisión.

El 8 de nivoso, 4 de enero de 1794 según el antiguo calendario, Fargeon esperaba la llegada de un pago procedente del extranjero, en el departamento que había conservado como lugar de paso en París, cuando unos golpes violentos sacudieron la puerta. Abrió y vio aparecer un pelotón de la sección armada. Temía ese instante desde hacía mucho tiempo y no se asombró. En las últimas semanas habían arrestado a muchos antiguos proveedores de la corte.

El jefe del destacamento dio lectura a la orden de la que era portador:

«El Comité de seguridad general decide que el llamado Fargeon, que habita en la calle de Roule, en el número 11, será apresado y conducido a una prisión, que en su presencia serán sellados sus papeles, después del examen y selección de los sospechosos de los que nos informarán. Nosotros, ciudadano Poupard, asistido por los ciudadanos Boulanger, Thomas y Collin, miembros del comité de vigilancia, tenemos la orden de conducirlo a la prisión».

—Los sigo, ciudadanos, pero tengo derecho a conocer los hechos de los que se me acusa.

—Los conoces. ¿No esperabas hoy a cuatro viajeros que vienen de Norteamérica y que deben hacerte un pago de seis mil libras?

—Es exacto, pero esto es regular. Efectué las entregas correspondientes a esa suma y a menudo negocio con el extranjero.

El ciudadano Poupard bromeó.

—Con falsificadores.

—¿Cómo falsificadores?

—Tus norteamericanos traían billetes falsificados, como lo pudo comprobar el consejo general del distrito de Boulogne-sur-Mer. Los emigrados fabricaron esos billetes falsos en Inglaterra con el fin de perjudicar el crédito de la República. Estás acusado de ser cómplice de monederos falsos al introducir su producción en territorio francés.

Fargeon se sintió desfallecer. El crimen de la falsificación de moneda siempre había sido reprimido con un terrible rigor y a los culpables, unos siglos antes, los arrojaban en aceite hirviendo. La acusación era tan absurda que se rebeló:

—¿Yo, falsificador de billetes? ¡Es absurdo!

—Si no los fabricaste, al menos ayudaste a difundirlos, que es un crimen igual.

No podía entender cómo sus deudores americanos, gente perfectamente honorable, podían haberse dejado engañar con billetes falsos. Interrogado sobre su otra casa, exhibió un pasaporte muy reciente de la comuna de Chaumont, de fecha 29 de frimario, así como un documento de miembro activo de la sección local de los guardias franceses y uno de la sociedad popular.

—Ves, ciudadano, que soy un patriota y un amigo de la libertad.

—No veo nada en absoluto. ¿No eres el ex perfumista de la austríaca? ¿No has sacado provecho de su frivolidad y de los vicios de los ex aristócratas? ¿No has contribuido a arruinar a la nación?

—Soy maestro perfumista, en efecto, pero no hice nada de todo eso. Fui proveedor de los ex nobles sin compartir sus opiniones; amo de corazón la libertad.

—Se lo explicarás al tribunal.

En la prisión de Luxemburgo, el carcelero lo arrojó en una celda donde se amontonaban una decena de prisioneros. Para su estupor, a su llegada lo saludaron con una andanada de risas.

—¡Hasta qué punto nos miman! ¡Nos envían al perfumista de los aristócratas!

—Tiene que reconocer que tenemos mucha necesidad de sus servicios.

—Estoy de acuerdo. Antes de cortarme la cabeza quiero que la perfumen con polvo *a la Fargeon*.

—Sea bienvenido, ex perfumista de la corte —dijo uno de los detenidos—. Habría sido mejor que creara el agua de los *sans-culottes* o el *elíxir de la guillotina*.

Muy pronto vio que todos los presentes eran patriotas encarcelados por disensiones de orden político con el líder del momento. Al escucharlos hablar de Robespierre, Fargeon no pudo dejar de pensar que el rey de Francia se había mostrado menos arrogante y tiránico que ese abogado de provincia.

La requisa continuaba en la calle de Roule y descubrieron dos escopetas, una pistola y algunas balas. El 13 de nivoso, a las dos de la mañana, lo sacaron de la

prisión para que diera explicaciones sobre la posesión de esas armas que, evidentemente, iban a servir para un atentado contra el pueblo. Aseguró que a veces le gustaba cazar, pero no le creyeron.

—Sabemos que has escondido otras armas u oro en tu jardín de Chaumont.

—¿Quién les contó esas tonterías?

—Poco importa. De todas maneras haremos una requisita allí.

Tenían listo un coche y se pusieron en camino enseguida.

Victoire quedó conmocionada al ver aparecer a su marido rodeado de ese destacamento, pero no era mujer que perdiera su sangre fría.

—Felicitó su celo, ciudadanos. Nunca se castigará lo suficiente a los enemigos de la República. Sin embargo, mi esposo no está entre ellos; falsas informaciones los han confundido. Siempre odió al tirano.

Fargeon la escuchaba boquiabierto. Pero el ciudadano Bachot, agente nacional, que dirigía la requisita, por naturaleza era desconfiado.

—Todo eso es muy lindo, ciudadano, pero esta casa es demasiado lujosa para ser la vivienda de un patriota.

—La compré cuando la República puso a la venta los bienes nacionales —dijo Fargeon—. Era la vivienda de un emigrado y no soy responsable del lujo escandaloso del que se rodeaba. Siempre abrí mi puerta a los patriotas y equipé a mi costa a cuatro gloriosos defensores de la nación como cualquiera puede testimoniarlo.

—Tenías armas en París.

—Soy cazador. Sólo son escopetas.

Los hombres del ciudadano Bachot precintaron doce muebles y cajones. Al día siguiente se examinaron los papeles en presencia del ciudadano Neuville, presidente del comité de vigilancia revolucionaria de la comuna de Chaumont.

Mientras estaban ocupados en eso, Fargeon tenía prohibido hablarle a su mujer, pero el guardia encargado de la vigilancia era un buen hombre que lo conocía bien y pudieron intercambiar unas palabras. Victoire le aseguró que multiplicaría las gestiones para obtener su liberación.

No encontraron nada comprometedor en los papeles y el 17 de nivoso, a las siete de la tarde, Fargeon fue llevado a París y trasladado a la prisión del Luxemburgo para ser «colocado bajo buena guardia hasta el proceso».

ANTE EL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO

Pasaron las semanas y los meses, y la salud del prisionero se alteró. Lo atormentaban crisis de gota y sufría secuelas de una operación de fístula. Parecían haberlo olvidado, como si el Tribunal Revolucionario tuviera que arreglar demasiadas cuentas políticas como para preocuparse de un perfumista. Estaba informado de lo que pasaba en el exterior por la llegada de nuevos detenidos. Éstos, a menudo, solo estaban de paso y, después de una breve estadía, tomaban el camino del cadalso, de otra prisión o, muy raramente, de la libertad. Escuchaba las conversaciones de los carceleros, que tenían el puesto de guardia muy cerca de su celda. Para su gran sorpresa criticaban a Robespierre, al que acusaban de fundar una nueva religión: «No le cortamos la cabeza a un Capeto —dijo un día uno de ellos— para celebrar las bodas del Ser supremo y de la diosa razón». El Incorruptible no dejaba de fustigar a «los apóstoles impuros del ateísmo y de la inmoralidad». Para Fargeon era un motivo de reflexión: ¿Voltaire había fulminado en vano a la iglesia, a la que llamaba «la infame»?

La guadañadora se había vuelto loca y golpeaba por todas partes. En la convención, Barrère hacía la apología del Terror: «Sólo los muertos —decía— no hablan». En ventoso detuvieron a Hébert y a los suyos, y se necesitó menos de un mes para juzgar y matar a esos fanáticos de la extrema izquierda. Unos días más tarde, Condorcet se suicidó en su prisión. Fargeon, cuando lo supo, se sintió consternado, porque lo admiraba y había leído su notable *Informe y proyecto de decreto sobre la organización general de la Instrucción pública*. Compartía el ideal que resumía en tres palabras: razón, tolerancia y humanidad. El 10 de germinal, 30 de marzo del antiguo orden, una noticia causó sensación en la cárcel: acababan de detener a Danton. En principio, parecía increíble, porque el tribuno se había identificado con la Revolución. No por eso dejaron de guillotinarlo en compañía de Camille Desmoulins y de Fabre d'Eglantine; en un último arrebato de orgullo, le pidió al verdugo que mostrara su cabeza al pueblo porque «ella valía la pena».

Floreal, que en épocas más felices había sido el lindo mes de mayo, aportó un espantoso ramo de cabezas. El 19, entregaron al verdugo un grupo de veintiocho ex recaudadores de impuestos. El tribunal incluyó entre ellos a Antoine Laurent de Lavoisier, que había ejercido ese cargo financiero al administrar la compañía de tabacos. Fargeon había leído los trabajos del gran químico y se había inspirado en ellos. Lavoisier era todo lo contrario de un enemigo de la libertad y encarnaba el progreso de las ciencias. En su laboratorio del Arsenal, lugar de encuentro de todos los químicos, había descubierto el papel del oxígeno en la combustión y definido la composición del aire y del agua. Había puesto su saber al servicio de la libertad, formado a los alumnos del salitre para armar a la nación durante la guerra y se había convertido, de alguna manera, en «la Revolución misma contra el espíritu de la Edad

Media». Habían asesinado a ese sabio patriota sólo por un empleo que había ocupado. Los cargos eran, además, cada vez más delirantes: un aguador llamado Valentín fue condenado a muerte el 28 de pradial por el Tribunal Revolucionario de París como «cómplice de un complot en la prisión de Bicêtre para apuñalar a los miembros del Comité de Salvación Pública de la Convención, arrancarles el corazón, asarlo, comerlo y hacer morir a los más patriotas en un tonel cubierto de clavos».

¿Qué iban a inventar para hundir a un hombre cuyo único crimen era haber perfumado a María Antonieta y a la Du Barry? De noche, Fargeon se despertaba sobresaltado, presa del espanto a la cuchilla, pero con la claridad del día, lo invadían bocanadas de esperanza. El Terror se cobraba demasiadas víctimas como para durar mucho más tiempo. Del 16 de germinal al 22 de pradial, o sea en cuatrocientos treinta días, el Tribunal revolucionario pronunció 1251 condenas a muerte. Luego guillotinaron en menos de dos meses a otros 1376 desafortunados. Los mismos carceleros se cansaban de aquel frenesí asesino. El pueblo miraba con malos ojos el espectáculo de la guillotina y hubo que trasladarla de la plaza de la Revolución a la barrera del Trono, lugar menos frecuentado, para sustraerla de las miradas. Al ganar tiempo, tal vez Fargeon escaparía de la siniestra máquina. Pensó en Victoire, que bregaba en su favor y le había escrito a Robespierre que su marido tenía una «moral republicana muy reconocida, una aversión constante a los aristócratas, una gran solicitud por frecuentar a los patriotas» y que todos sus actos estaban «marcados por el civismo y la humanidad». Él sabía cómo debía sufrir ella por representar la comedia de la patriota para salvarlo, y se sentía reconfortado por la fuerza de su amor.

De pronto, todavía casi imperceptible, sintió el olor agrio del repollo podrido: en el otro extremo del corredor acababa de salir de las cocinas el carro de la sopa. Tamborileó en la pared para anunciar la buena nueva a los ocupantes de la celda vecina. Se esperaba la distribución con incertidumbre, porque a menudo el guardián estaba demasiado borracho para empujar la pesada marmita. En ese momento, la mejor nariz de Francia servía para detectar su cercanía antes que los otros. En ocasiones, Fargeon se maldecía por haber dedicado tantos esfuerzos a afinar su olfato. Desde hacía meses era el sentido que más lo hacía sufrir. Si la nariz daba de verdad acceso al alma, la Revolución debía de tener un alma baja, porque olía a sudor, mal vino, orina y sangre. Se acordó del olor de Versalles. Algunos rincones del palacio apestaban, pero en la larga peregrinación por escaleras y pasillos que le exigían sus entregas, lo reconfortaba a cada instante la estela exquisita de una mujer con quien acababa de cruzarse. Jugaba a analizarla al pasar y se regocijaba cuando reconocía una de sus producciones. Todo eso estaba muy lejos y el recuerdo de los días felices sólo lo hacía sufrir.

En el momento en que se repetía esta triste verdad, oyó el ruido de la pesada llave que entraba en la cerradura de su celda. Por lo común, depositaban las escudillas en el

ancho reborde de la ventanilla que el guardia encargado destornillaba desde el exterior. La puerta se abrió totalmente y apareció un guardián.

—¡Al tribunal!

Fargeon apretó cuidadosamente su alegato, que tenía en el bolsillo. Lo esperaban cuatro guardias municipales a las órdenes de dos comisarios empenachados que dijeron sus nombres: Boulanger y Thomas. El tribunal estaba muy cerca y se iba a pie a través de un pequeño patio. Respiró con delicia el aire tibio de julio y quiso detenerse un instante, pero uno de los guardias lo empujó con tanta fuerza que casi se cayó.

—¡Apúrate, ciudadano! ¡No eres el único al que van a juzgar hoy!

Entró en la sala que, por una cruel ironía, se había rebautizado «de la libertad» después de haberla hecho la antecámara del cadalso.

Los jueces estaban alineados en un estrado detrás de una larga mesa. Lo empujaron hacia el banco que tenían delante. Estaba solo, no había coacusados. Al menos se libraba de la acusación de complot. Detrás de él, una docena de hombres y mujeres esperaban su turno. Sintió su angustia. Por temor a poner mal a sus jueces no se animó a darse vuelta para examinar a los asistentes, que parecían poco numerosos. Se preguntó si Victoire habría podido ir y si había tenido el valor de hacerlo. Debía de estar allí, porque él se sentía extrañamente sereno. Su mujer le transmitía su fuerza. El presidente le pidió que se identificara y dijera su edad.

—Jean-Louis Fargeon, domicilio calle de Roule número 11, miembro de la sección de guardias franceses. Tengo cuarenta y seis años y dos hijos varones, uno de quince y el otro de trece años de edad. Estoy casado y mi esposa está viva. Soy perfumista.

—Ciudadano Fargeon, te han arrestado el 7 de nivoso por orden del comité de seguridad general por un caso de billetes falsos que se les encontraron a unos norteamericanos que habían desembarcado en Boulogne-sur-Mer. Después, un testigo declaró contra ti, por lo tanto debes responder. Hemos enviado a los comisarios a hacer una investigación de civismo respecto de ti.

Vio con sorpresa que se adelantaba el ciudadano Dujardin, un tendero que vivía en una calle cercana a la suya y que presentó contra él la más inicua de las denuncias. Al oír sus palabras se estremeció de cólera. Reunió fuerzas para no olvidar nada de su alegato. Por último, el presidente del tribunal planteó su primera pregunta que ya sonaba como una acusación:

—Ciudadano, has dicho que eras perfumista de la corte y de la nobleza. También lo eras del último tirano de Francia y de la loba austríaca. En consecuencia, serviste antes a la causa de la aristocracia que a la del pueblo.

—Sucedí al señor Vigier, perfumista de la corte de Versalles y conservé su tienda, pero la parte más importante de mi comercio la hago con los comerciantes de Francia

y, sobre todo, del extranjero. Como siempre empleé muchos obreros, he sido útil al pueblo y no a la aristocracia.

—Después de dos años, ¿es exacto que tuviste una bancarrota de trescientas cuatro mil libras? —continuó el director de los jurados de la acusación.

—Mi quiebra fue sólo de doscientos dos mil libras, después de cuatro años de estar establecido, y fue una pérdida considerable. Pedí un plazo a mis acreedores y me lo otorgaron; y después cumplí todos mis compromisos con un trabajo encarnizado. Amplié mi actividad al extranjero para no depender de los déspotas. Comercié mucho con Norteamérica, cuna de la libertad.

—Pero se alega —gritó un jurado—, que distribuiste moneda falsa.

—La acusación es tan ridícula que no se sostuvo ni por un instante contra los norteamericanos sospechosos de ser los portadores. Uno de ellos era Thomas Jefferson, ministro plenipotenciario ilustre por los servicios que prestó a la democracia, que nadie podría sospechar que perjudicara a nuestra República. Fueron reconocidos patriotas y puestos en libertad rápidamente. Después, por reclamo de las sociedades populares, también se devolvió la libertad al ciudadano Chardin-Handecourt y, más recientemente, al ciudadano Lamy, acusados de los mismos cargos que yo. Nunca vi los billetes en cuestión, ni el pago de seis mil libras destinado a mí. Sin duda, fue malversado por los que hicieron correr el rumor infamante de falsificación. Ciudadanos, saben como yo que los enemigos de la libertad tienen la costumbre de calumniar a los verdaderos patriotas.

Hasta allí nada se podía reprochar a sus respuestas. El acusador público se levantó.

—Ciudadano, al comprar un carruaje has tratado de imitar las costumbres de los ex aristócratas a los que servías. No eres patriota.

—Al haber establecido mi industria en Suresnes para el mejoramiento de mi comercio y de la ciencia, adquirí un coche, porque me veía obligado a hacer frecuentes viajes. Es fácil comprobar que nada tenía de lujoso.

Con un tono rencoroso, el acusador volvió a la carga.

—Ciudadano, compraste una tierra en Montigny, cerca de Gisors, que te costó de seis a siete mil libras. La ciudadana que es tu esposa te habría aportado en el matrimonio tres mil libras, y tú, siete mil libras. Esa es una fortuna de privilegiados, mientras el pueblo pasaba hambre. Luego, no dejaste de enriquecerte y de comprar varias propiedades. Además, ¿no tienes en tu familia en Montpellier a algunos ex nobles?

Fargeon sintió en su nuca el viento de la cuchilla. Esa acusación lo llevaba derecho al cadalso. Se preocupó por no transformar su defensa en arena, pero debía golpear fuerte.

—Todas las adquisiciones que hice en este distrito son compras de bienes

nacionales por una suma de trescientas mil ciento veintidós libras, de las que todavía debo más de cien mil. Las dotes no fueron tan importantes como señala; esta denuncia sólo respira malignidad y deseos de perjudicar. Es una gran desdicha que un ciudadano que siempre dio pruebas del más puro patriotismo sea hoy objeto de tales calumnias. En cuanto al ciudadano Dujardin que me acusa, todos nuestros vecinos confirmarán que tiene la mente extraviada y que es víctima de quimeras. Es verdad, tengo un primo noble, Lambert Fargeon, señor de La Lauze. Pero ¿no es posible que la misma sangre corra por las venas sin que por eso se compartan las mismas ideas políticas? Siempre soñé con la soberanía del pueblo y me someto sin murmurar a su censura. ¡Viva la República una e indivisible! ¿Acaso no es lo que he proclamado con fuerza en mi declaración sobre el honor escrita cuando me arrestaron? Nada tengo que agregar, sino para proclamar mi inocencia y reiterar mi confianza en el nuevo orden y en su justicia. Soy un honesto republicano que clama su inocencia y su patriotismo.

—Te llamas patriota, ciudadano. Pero ¿qué pruebas de esto has dado a la República?

—Cuando el estandarte sangriento de la dictadura se alzó, el 17 de septiembre de 1790, ofrecí dos mil cuatrocientas libras para la Revolución y tengo el recibo. A partir de ese momento no dejé de servir a mi patria con todo mi poder. A comienzos de 1792 envié cuatrocientas libras a mi sección para armar y equipar a un voluntario y tomé el compromiso de dar trescientas libras por año mientras durara la guerra. Cumplí con placer este compromiso. Di trescientas libras para la guerra contra los bandidos de la Vendée. También doné para las viudas y equipé a dos voluntarios. A uno de ellos, llamado Vassal, le prometí que si se comportaba con valor y volvía, le conservaría su puesto y sus sueldos. Volvió y cumplí con mi promesa. Desde hace dos años, en Chaumont, departamento de Oise, donde vivo, he dado tantas veces como fue necesario para el reclutamiento de voluntarios. Me requisaron un caballo y doné otro. Con este fin, envié dos caballos para que eligieran el mejor.

—Sin embargo, parece —continuó el acusador público— que has empleado a un ministro de la superstición. ¿Es esto digno del patriota de espíritu ilustrado que pretendes ser?

—En efecto, tuve un preceptor sacerdote para mis hijos. Le hice saber que si no prestaba juramento, nuestros sentimientos opuestos no me permitirían confiarle a mis hijos, y lo prestó. Luego los confié al ciudadano Le Carpentier, patriota declarado, cuyos principios, caros a mi corazón, sólo fueron alterados por la pena que sentí cuando no pudo seguirme al campo donde me retiré. Me sentí consolado carteándome con él y viéndolo en cada uno de mis viajes a París. Anhelando siempre la libertad y el progreso, prediqué a mis obreros el amor a la República. Fui el primero en Chaumont en instaurar el calendario republicano haciendo trabajar a mis carreteros

los domingos y permitiéndoles descansar las décadas.^[6] Les aumenté quince libras por año para disminuir sus reticencias. Aumenté a mis obreros cinco libras ese día para tratar de decidirlos. Pero también le compré a un tal Davy, ex cura, bienes por seis mil libras y aunque en el contrato decía que había recibido esa suma al contado, la había recibido en un pagaré. No le pagué e hice mi declaración a la comuna de Chaumont.

El comisario del jurado de acusación consultó las notas presentadas por el ujier.

—Veo que has comprado por unas ochenta mil libras bienes nacionales, de los que has sacado provecho. Dices que siempre pagaste esas sumas que, sin embargo, prueban que no has dejado de enriquecerte. Eso no es muy de patriota. ¿Has tenido generosidades más grandes con el ejército de la República?

—Sí, pagué las sumas establecidas en diferentes épocas, sobre todo cuando los enemigos estaban cerca de Saint-Quentin, más o menos veinte mil libras el 7 de septiembre de 1793. Como ya lo afirmé, pasaron un gran número de voluntarios. Recibí a muchos y siempre pagué sus forrajes y los alimenté. También contribuí con la compra de tres caballos bien provistos y equipados que la sociedad popular de los *sans-culottes* de Chaumont, de la que soy miembro, compró para ofrecer a la República. Los ciudadanos Ficher, Penal y Bellemin, oficiales del ejército revolucionario, pueden atestiguar mi civismo. Incluso desde la cárcel intenté servir a la República. Con la ayuda de mi esposa, patriota como yo, pude hacer saber al ciudadano Desflandres, administrador del distrito de Suresnes, que mis viejos locales en la actualidad, alquilados al ciudadano Lemoigne-Surigny, se prestaban de manera admirable para la recolección del salitre indispensable en la guerra contra los tiranos. ¡Vean, ciudadanos, cómo el dinero que gané con mi oficio de los ex nobles, me sirvió para ayudar a la República! No, jamás pensé, ni por un instante, en mandar mi oro al extranjero como tantos sinvergüenzas, y esa sola idea me estremecía de horror.

Tuvo la impresión de que su alegato había convencido. No tenía necesidad de consultar su texto escrito, ya que las palabras que usaba para proclamar su inocencia surgían con facilidad de sus labios.

El abogado nombrado de oficio, del que ignoraba hasta su nombre, continuó en el mismo tono. Se había encontrado con Victoire para organizar su defensa y ella le había entregado las pruebas del civismo de su marido que había podido reunir.

—Ciudadanos —lanzó el defensor—, sus comisarios han trabajado desde hace meses con miras a aportar todo lo que el amor a la verdad, la justicia y la imparcialidad pueden sugerir a republicanos que enseñan el amor a la patria y que no conocen otra virtud que la que conduce la inocencia al triunfo y el crimen al cadalso. Y si, como nos gusta creer, el ciudadano Fargeon se ha comportado como actuó en la comuna de Chaumont desde hace tres años, es indudable que muy pronto será devuelto a su familia y a la patria que parece haber amado sinceramente. En las

investigaciones que hicimos y que sometemos a su examen, comprobarán, ciudadanos, que, en la mayoría de los hechos, se ve que surgieron con pureza del humanitarismo, esa virtud de las almas sensibles; y si por alguna razón no quieren considerarlas a favor del civismo de Fargeon, al menos el recuerdo de ustedes reposará con ternura en actos en los que el indigente o el damnificado bendijeron más de una vez la mano caritativa que se tendió hacia ellos. Si, por el contrario, consideran que deben recordarlos en el acto que se les pide que juzguen, saldarán con Fargeon la deuda sagrada del reconocimiento de nuestros pobres y desdichados ciudadanos, que un día podrán decirle: «Ves, ciudadano Fargeon, que las buenas acciones siempre son recompensadas».

El acusado, con los ojos llenos de lágrimas, estaba más muerto que vivo. El presidente hizo un gesto y uno de los guardias le tocó el hombro para invitarlo a salir de la sala. Los jurados de la acusación y los del juicio se retiraron para deliberar. Su suerte se jugaba durante esos minutos que le parecieron una eternidad. Por fin, un guardia lo hizo volver para escuchar el veredicto.

—Ciudadano Fargeon —dijo el presidente— escucha la declaración del jurado: de las investigaciones que hemos hecho y las acciones que hemos escuchado, nada indica tu culpabilidad y han quedado ampliamente demostrados tu civismo y tu inocencia. El Tribunal Revolucionario no desea prolongar tu detención y, como consecuencia de este interrogatorio, proclama tu liberación de inmediato. Se levanta la sesión. Liberen al prisionero y desalojen la sala.

Fargeon ignoraba que en ese 9 de termidor del año II en que le devolvían la libertad la Convención acababa de votar el arresto de Robespierre.

En el patio, Victoire esperaba a su esposo; se arrojó a sus brazos llorando de alegría. En el coche de alquiler que los llevó hacia Chaumont le informó de la caída del Incorruptible. Dos días antes habían decapitado a un Autié, pero no sabía si se trataba del peluquero Léonard o de su hermano. Lo habían llevado en la misma carreta que al poeta André Chénier. Habían guillotinado a la condesa de Ossun, detenida en su domicilio de la calle Varennes con la acusación de haber «participado en todas las conspiraciones urdidas en esa corte tan pérfida como corrompida». Se decía que la azafata de la reina había muerto con el valor y la serenidad de una mártir.

Cuando los esposos llegaron a la pequeña ciudad, ya había caído la noche. La noticia del arresto y la condena de Robespierre se les había adelantado. Se bailaba en las calles a la luz de las antorchas para festejar el final del Terror.

Fargeon sentía renacer la esperanza en él. Después de tantas sangrientas disputas, Francia tal vez conocería por fin los beneficios de la República de los derechos del hombre.

Epílogo

Después de haberse librado de la guillotina, el perfumista de María Antonieta solo tenía una ambición: terminar sus días en paz en un confortable retiro. Pero no fue así y, después de un tiempo, volvió a su tienda de la calle de Roule, a la que los nuevos compradores, que no tenían su reputación ni su experiencia, llevaban a la ruina. Con el Directorio, perfumó a petimetres, jóvenes a la moda y presumidas. Con el Imperio se convirtió en «perfumista destilador con patente de proveedor de la emperatriz». Sin embargo, su salud había quedado arruinada por la prisión y murió el 9 de noviembre de 1806 a la edad de cincuenta y ocho años, en su departamento de la calle de Roule.

Su viuda y sus hijos formaron una sociedad para la explotación de sus productos. Después de la muerte de Victoire, se convirtió en la razón social *Fargeon frères*, pero se disolvió el 17 de julio de 1815. Auguste-Frédéric conservó la tienda de la calle de Roule mientras que Antoine-Louis se instaló con el nombre de *Fargeon jeune* en el número 13 de la calle Vivienne. Se dividieron amistosamente el material, la clientela y se pusieron de acuerdo para explotar juntos las recetas y fórmulas familiares. La apertura de la calle Rivoli obligó a Antoine-Louis a trasladar su tienda al número 319 de la calle Saint-Honoré, donde la explotó hasta 1830. Auguste-Frédéric se convirtió en perfumista del rey y de la «nueva corte», así como de Su Alteza Real, la duquesa de Berry. Traspasó su negocio en 1824 a Jean-Baptiste Gellé. La casa *Gellé frères* tuvo fama hasta 1914 por sus «productos salidos de la ciencia». La fábrica estaba instalada en Neuilly, cerca de la puerta Maillot. Destruída por el bombardeo prusiano de 1870, fue reconstruida en Levallois-Perret, no lejos de la perfumería Oriza, fundada por el primo que había recomendado a Jean-Louis Fargeon a la viuda Vigier.

Entre los proveedores de la reina que escaparon de la guillotina, Rose Bertin se retiró a su casa de Epinay y murió allí en 1813. El despierto peluquero Léonard — cuyo hermano murió con Chénier— pudo emigrar, vivió en Alemania y en Moscú antes de volver a Francia con el reinado de Luis XVIII. Nunca recuperó su fortuna y murió en 1820. La propiedad de Suresnes, que Jean-Louis Fargeon había comprado en 1786, limitaba con el castillo de la Source, que pertenecía al conde de Skelton. Un siglo y medio más tarde pasó al célebre perfumista François Coty, que la convirtió en su casa e instaló en ella su Ciudad de los Perfumes en 1904.

Fuentes y bibliografía

Las fuentes disponibles para tratar este apasionante tema abundan, aunque resultan insuficientes en algunos puntos, en especial, respecto a los gastos de la reina en materia de perfumes. ¿Qué sucedió con la mayor parte de las facturas? ¿Acaso fueron destruidas con el deseo de probar la inocencia de María Antonieta frente a los reproches de dilapidación y frivolidad que pesaban con fuerza sobre su destino? Per mucho tiempo se sostuvo como lugar común que en la corte de Versalles se rociaban con perfume para cubrir los males olores. Esto es verdadero y falso al mismo tiempo. Tanto el aire como el agua eran en aquella época transmisores de enfermedades y epidemias, y el perfume servía como agente antipestilente; pero la revolución higienista procedente de Inglaterra durante el siglo XVIII transformó los hábitos. Además, tal como aparece en el relato, María Antonieta era afectada a los baños y los perfumes.

Jean-Louis Fargeon fue una figura emblemática de su tiempo y del oficio del perfumista. La mayoría de los archivos utilizados para reconstruir su vida son inéditos, como los del *Minutier central des notaires* [Minutario central de los notarios]. El informe conservado en los Archivos de París sobre la quiebra de 1779 es un verdadero hallazgo para el investigador. Allí se encuentra una lista detallada de los productos, tiendas, acreedores y deudores. Además, permite rectificar una información errónea según la cual un tal Jean-Honoré Fargeon habría sido quien había quebrado. Este último nunca existió ni tampoco fue el padre de Jean-Louis Fargeon, a pesar de tener el mismo nombre.

El formulario de Jean-Louis Fargeon, editado con posterioridad al período abordado, ha sido especialmente importante. Su análisis revela que los técnicos, materiales empleados y fórmulas elaboradas datan del tiempo de María Antonieta, contando con legados y ancestros de Montpellier y con algunos productos que fueron el preludio del Imperio.

La fuente principal de la presente obra es la siguiente: Jean-Louis Fargeon: *L'Art du Parfumeur ou Traité complet de la préparation des parfums, cosmétiques, pommades, pastilles, odeurs, huiles antiques, essences contenant plusieurs secrets nouveaux pour embellir et conserver le teint des dames, effacer les taches et les rides du visage*, (El arte del perfumista o Tratado completo de la preparación de perfumes, cosméticos, pomadas, pastillas, aromas, aceites antiguos, esencias con nuevos secretos para embellecer y conservar el cutis de las damas, borrar las marcas y arrugas del rostro), París, año IX (1801).

Anexos

1. Montpellier, ciudad de los perfumes

En Montpellier, todos los comerciantes, o casi todos, vendían aguas y polvos odoríferos. Los boticarios tenían una doble actividad. Desde 1572 poseían sus primeros estatutos y la independencia de su corporación quedó confirmada en 1674. Importaban y fabricaban drogas para los enfermos. Aunque no pertenecían al cuerpo de comerciantes de la ciudad, componían y vendían perfumes. Este fue el caso de su antepasado Jean Fargeon, boticario y perfumista en 1653 de Su Alteza Real mademoiselle Ana María Luisa de Orleans, duquesa de Montpensier.

Los destiladores, droguistas, vendedores de refrescos y licoristas preparaban bebidas, jarabes y licores, pero los procedimientos de destilación eran los mismos para los frutos que para las plantas aromáticas. Los barberos-peluqueros-bañistas, autónomos desde 1691, estaban autorizados a hacer «jabones, esencias, polvos de aromas, pastas y otras cosas semejantes para su uso y su profesión». Por último, los merceros y vendedores de telas y cintas fabricaban y vendían preparados odoríferos y cosméticos. Desde 1551 la ciudad también tenía guanteros que desde 1750 se hacían llamar «guanteros-perfumistas». Al tratar las pieles para la confección de guantes, las curtían con diferentes productos, entre ellos el mirto, que las teñía y las desodorizaba según la práctica italiana. La hoja de mirto secada y luego pulverizada daba un polvo para curtir más apreciado que el que se obtenía de la hoja de roble. Las pieles quedaban perfumadas. Sin embargo, los curtidores fueron más numerosos en Grasse. En 1680 apareció en los registros fiscales el título de comerciante perfumista con el nombre de Marc Antoine Deloche, «comerciante perfumista del rey en Montpellier». La familia Deloche y la familia Fargeon eran las dos más antiguas y de mayor fortuna de su profesión en Montpellier. En noviembre de 1722, se crearon y vendieron seis maestrías de «guantistas-perfumistas en la generalidad de Montpellier». Desde 1669 hasta mediados del siglo XVIII, catorce comerciantes se convirtieron en maestros: esta institución es muy anterior a la de los estatutos de Grasse, que datan de 1724. Desde fines del siglo anterior apareció en la ciudad una serie de pequeños tenderetes con el cartel de perfumistas. Todos comerciantes, desde el creador que poseía su laboratorio y su caldera en la trastienda hasta el simple revendedor. Instalaron sus tiendas en las calles más comerciales de la ciudad. Hacia 1739 había cien perfumistas que contaban al padre, a la viuda que tomaba el relevo a la muerte de éste y luego al hijo. El término «perfumista» era un denominador común de otras varias actividades cercanas como destilador, comerciante perfumista, guantero-perfumista, comerciante de licores y licorista, que también vendían aguas de olor.

2. La paleta de Jean-Louis Fargeon^[7]

Damos a continuación la lista de las especies vegetales y animales de las que provenían los preparados de base que utilizábamos, así como las que entraban en la composición compleja de los productos que fabricábamos en la provincia del Languedoc y de la región de Grasse. Sin embargo, el límite entre las atribuciones de los boticarios y de los perfumistas todavía no estaba marcado con nitidez. Por eso también mencionamos los componentes de preparados como el agua de arcabuzazo, agua vulneraria o agua de melisa, así como de ciertos vinagres con virtudes antisépticas. Estas diferentes especies entran en la elaboración de aguas simples o compuestas, según las miras particulares de cada artista.

El incienso u olíbano proviene de Arabia. Es una sustancia resinosa de un amarillo pálido y transparente. Sus lágrimas son semejantes a la almáciga, pero más gruesas. El incienso es seco y duro, de gusto un poco amargo, moderadamente acre y resinoso, no desagradable y con olor penetrante. Las gotas de incienso son transparentes, oblongas y redondeadas. Se parecen a testículos o mamas, de ahí provienen los nombres de incienso macho y hembra. Este perfume se emplea para expandir un olor agradable en los templos de casi todas las religiones. El incienso de la India o de Moca llega a Europa en los navíos de la Compañía de Indias. Se lo trae en masa y, a veces, en pequeñas lágrimas.

La mirra es una goma resina odorífera, que llega de la India en lágrimas o trozos de color amarillo o rojo, un poco transparente. Tiene gusto amargo, un poco acre y aromático que causa náuseas. Exhala un olor bastante desagradable cuando se la machaca o se la quema. Debe ser desmenuzable y grasa. Los trozos muy transparentes que no son amargos en el interior, sólo son goma arábica. También deben rechazarse los amarrados, viscosos y de olor desagradable.

El benjuí es una resina dura, frágil, seca e inflamable. Su olor es suave y penetrante cuando se la quema, y desprende aroma a vainilla. Chorrea de la incisión de un gran árbol llamado *belzof*, que crece en las islas de Sumatra, Java o en el reino de Siam. Si se la separa en el momento adecuado, esta resina es hermosa y brillante, pero se vuelve marrón y se mezcla con basuras si permanece mucho tiempo en el árbol. El benjuí se sublima en flores plateadas, cuando se lo pone sobre el fuego en una cucúrbita rodeada de arena y tapada por un cornete de papel. Estas flores se emplean en los perfumes. La resina natural, disuelta en espíritu de vino, da una tintura cuyas gotas vuelven turbia y lechosa el agua en la que se las echa. Es lo se llama leche virginal. Las damas la usan como un cosmético.

El estoraque o *storax* calamita es una resina que surge de las incisiones que se hacen en el tronco y en las ramas de un árbol conocido con el nombre de *alibousier*, una especie de membrillero que crece en los bosques de Provenza, Siria y Cilicia, y

cuyas flores son parecidas a las del naranjo. La resina del estoraque calamita es brillante, grisácea, bastante sólida, con un gusto un poco acre pero agradable y un olor a bálsamo del Perú muy penetrante y suave. Se la llama calamita porque en otra época se la traía de Panfilia a Marsella envuelta en cañas (*kalam* en árabe). También existe el estoraque de América que es un bálsamo procedente, con o sin incisión, de la corteza de un árbol de Luisiana que se cree que es el plátano de Virginia. Este jugo resinoso tiene la consistencia de un barniz graso, amarillo rojizo, gusto acre aromático y olor parecido al del estoraque o al ámbar gris.

El ládano es una sustancia resinosa, que se recoge de la jara, pequeño arbusto que crece en Chipre, Candia, Grecia e Italia. Los perfumistas preparan un aceite oloroso que entra en la composición de las pastillas.

El gálbano es una sustancia grasa, dúctil como la cera, semitransparente y brillante. La planta de gálbano, que Dioscórides llama *metopion*, crece en Arabia, Siria, Persia y en varios países de África, sobre todo en Mauritania.

El bálsamo de La Meca es una resina líquida de color blanco amarillento, de gusto acre y aromático, y olor penetrante que se asemeja al del limón. Se saca por incisión de un arbusto, llamado bálsamo verdadero, que crece de manera natural en la Arabia Feliz, Judea y Egipto. Esta especie es muy rara entre nosotros. Las damas que emplean este bálsamo como cosmético hacen con él leche virginal y una pomada a la sultana que son muy estimadas para el embellecimiento de la piel.

El almizcle llega de las Indias orientales y principalmente de Tonkin. El animal que lo proporciona es una especie de gacela o más bien de cabritilla. Lo lleva en una pequeña bolsa cerca del ombligo. El almizcle más puro y el más apreciado por los chinos es el que el animal deja sobre las piedras o los troncos de los árboles contra los que se frota. Esta droga puede ser falsificada. La que no tiene envoltorio debe ser seca, de un olor muy fuerte, color tostado y gusto amargo. Puesta al fuego debe consumirse por entero. El envoltorio que contiene el almizcle debe estar cubierto de pelo marrón; es la piel del animal. Si el pelo es blanco, indica que es almizcle de Bengala, inferior en calidad al de Tonkin.

El licor oloroso que llamamos algalia se encuentra en un bolsillo o bolsa colocado debajo del ano del animal del mismo nombre, que es originario de África y se llama castor en Guinea. Este licor es un humor con la consistencia de una pomada o de la miel y de color blanco. Al envejecer se amarillea y oscurece. Su olor, aunque fuerte, no es desagradable y es más suave que el del almizcle.

El ámbar gris se encuentra a orillas del mar, en trozos más o menos grandes. Es una sustancia liviana, opaca, grasa, de color ceniciento, salpicada de pequeñas manchas blancas, odorífera, pero cuyo olor se desarrolla mucho más cuando se la mezcla con una pequeña cantidad de otros aromas. El ámbar gris exhala un olor terroso, pero, empleado en las mezclas, da una «finura etérea a los perfumes».

El buen ámbar gris arde y se quema, y se reduce a una resina líquida de color dorado. Los perfumistas lo usan mucho. Se lo hace más agradable al olfato si se lo mezcla con una pequeña cantidad de almizcle, algalia o azúcar. El ámbar amarillo, sustancia bituminosa y dura, de sabor un poco acre, se recoge en el mar Báltico, en las costas de Prusia.

El ambrette es un grano con olor a almizcle. Tiene el tamaño de un grano de mijo y se encuentra en el fruto de una planta muy común en el país de Galam, las Antillas, Arabia y Egipto.

El costus oloroso es una raíz exótica que se saca de un arbusto semejante al saúco que crece en la Arabia Feliz, Malabar, Brasil y Surinam. Se la corta en trozos oblongos del tamaño del pulgar. Tiene un ligero olor a violeta. Los antiguos la usaban para hacer aromas y perfumes, y la quemaban en los altares como el incienso.

El cálamo o caña aromática entra en la composición de algunos perfumes; proviene de Egipto o de las Indias. Es el tallo de una planta hueca como un caramillo, del tamaño de una pluma mediana, llena de una sustancia fungosa o blanda, de gusto acre y bastante buen olor.

Los otros perfumes se sacan de las flores o de las maderas. Las flores son típicas de la zona que va desde el litoral mediterráneo hasta la altura de Grasse. Esta es su nomenclatura.

El aloe es el tronco de un árbol que crece en Cochinchina. Se distinguen tres especies. La primera es el calambac de los indios, o tambac: es resinosa y cede de alguna manera bajo los dientes como la cera. Se funde con las brasas como la resina y despide un olor de los más suaves: esta madera es buscada en China y el Japón, donde se vende a precio de oro. Los chinos la queman en sus templos: cuando reciben a una persona con magnificencia y quieren hacer festines suntuosos ponen estos leños en cazoletas. El olor agradable impregna los apartamentos. Esta madera es tan preciosa y tan buscada en ese país que casi no llega hasta aquí. La segunda es la única que se encuentra en las tiendas. Llega de ese país en trozos de diferente tamaño, pesados, rojo amarronado, recorridos por líneas resinosa y negruzcas, llenas de pequeños agujeros, en los que hay una resina rojiza y olorosa: esta madera puesta sobre brasas despide un olor bastante agradable. La tercera especie de madera de aloe es la madera de águila y llega de México.

El been es el fruto de un árbol que crece en Egipto. Se saca por prensado un aceite que es muy bueno para corregir las imperfecciones de la piel. Es muy buscado por los perfumistas. Es excelente para conservar el aroma de las flores, sin alterarlo, ya que no tiene olor, y casi nunca se vuelve rancio. Se ponen las flores en capas en un tamiz de crin y, sobre esas flores, algodón embebido en aceite de been. El aceite absorbe el espíritu rector de las flores, es decir, el elemento en que consiste el aroma. Se vuelve a poner el mismo algodón sobre flores nuevas. Luego se exprime el aceite

del algodón, y adquiere el olor del aceite esencial de las flores.

El sándalo es muy apreciado por los orientales; su aserrín entraba en la composición del incienso y su esencia era la base de todos sus perfumes. El más buscado era el sándalo citrino «de olor suave, pero un poco repugnante para el gusto europeo; su principal mérito es su gran tenacidad».

El palisandro de América del Sur, la madera de Rodas de Oriente, el sasafrás de América del Norte tienen un olor fresco adecuado para los jabones.

La bergamota es una especie de naranja. Su cáscara se usa para hacer cajas de bombones. Se obtiene de ella un aceite esencial y un espíritu ardiente especialmente penetrante. En la familia de los cítricos, también valoro la naranja dulce, la naranja amarga, el limón, la cidra y la lima. La esencia de cidra se extrae de los frutos de la *citrus medica* y se utiliza mucho en las aguas de colonia. La lima es una esencia que se obtiene a partir del fruto de la *citrus aurantifolia* según los procedimientos de prensado en frío o de destilación al vapor de agua. Las plantaciones se encuentran en Provenza y en Italia.

El naranjo amargo o *bigaradio* es una mina de oro para sus productores porque todas las partes del árbol dan su perfume. Este árbol, originario de la India, cubre todas las colinas de Grasse y alrededores. Sus flores dan agua destilada o agua de azahar, esencia de nerolí, aceite o pomada. La hoja proporciona la esencia de naranjo agrio. Los frutos dan esencia de bigaradio, que sirve para la fabricación del agua de Colonia. Del fruto del naranjo dulce se obtiene esencia o esencia de Portugal. El florecimiento empieza hacia mediados de abril, en mayo y dura hasta junio.

Los árabes en 1629 llevaron a Europa el jazmín, una de las estrellas de la producción de Grasse. El *jasminum grandiflorum*, para desarrollarse en esa región, exigía un tratamiento muy especial. Se obtenía injertando un gajo que daba flores desde el primer año. Estas matas tienen de tres a cuatro pies de altura y exigen ser plantadas en las alunas aéreas, pero al abrigo del viento. La floración se extiende de julio a octubre. Las flores se abren a las seis de la tarde y deben recogerse enseguida, en jornadas cortas o al día siguiente a la mañana, después de que desaparezca el rocío. Una sola noche de helada puede arruinar todo.

Este trabajo delicado de cultivo y recolección se convirtió en una especialidad de Grasse y el jazmín de esa ciudad es uno de los mejores debido a la habilidad de la mano de obra. El olor de las flores de jazmín es tan delicioso que se ha tratado de transportarlo en varios fluidos. Sus flores no proporcionan agua de olor para la destilación. La esencia de jazmín que llega de Italia no es más que aceite de been aromatizado con flores de jazmín. Para lograrlo se embebe algodón con aceite de been y se dispone este algodón en capas entremezcladas con flores de jazmín. El algodón se impregna de su olor. Luego se exprime el aceite que es muy aromático y conserva bastante tiempo este olor, siempre que los frascos estén bien tapados. Para

que el espíritu de vino tenga este olor a jazmín, que no se logra mediante la destilación, sólo hay que verter aceite de espíritu de vino sobre el aceite de been aromatizado y agitar esta mezcla. El aroma del jazmín abandona totalmente el aceite graso y pasa al espíritu de vino; pero éste deja escapar este olor con gran facilidad.

El junquillo suelta un olor muy agradable, pero que no gusta a todo el mundo.

Se usa mucho el iris para dar olor a violeta a los perfumes. Esta flor se cultiva en toda Europa, pero la mejor es la de Florencia, en Toscana. Seca, tiene un marcado olor a violeta, que pierde al contacto con el alcohol que disuelve la parte resinosa. El tratamiento apropiado de los rizomas de lirio proporciona productos de gran fineza que se utilizan en numerosas composiciones florales.

Con la rosa, el rizoma de lirio es una de las más antiguas materias primas con olor floral. Sirve a toda esa perfumería llamada «a la violeta» por la que la sociedad enloquecía.

Otras raíces que usa el perfumista: la angélica, cuya raíz da una excelente infusión. El vetiver o raíz de *an atherum muriaticum* es originario de las Indias.

La lavanda. Las flores de lavanda se destilan con vino blanco, aguardiente o espíritu de vino. El perfumista usa este último cuando quiere hacer espíritu de lavanda, que se usa para perfumar el agua para el lavado u otros diferentes usos. Se mezcla su aceite esencial, bien rectificado y destilado otra vez, con un buen espíritu de vino. La lavanda era muy apreciada en la paleta de los perfumistas por su olor franco y vivificante, que los romanos ya utilizaban para sus baños. La lavanda se cultiva en el sur de Francia, pero el calor del clima le da cierta acritud. La lavanda cultivada en Inglaterra era de una calidad excepcional.

El agua de olor que se obtiene de las flores de lis, al calor del baño María, se usaba para avivar la tez de las jóvenes. Les quitaba las manchas de la cara, sobre todo si se le mezclaba un poco de sal de tártaro.

De las flores de mirto destiladas en agua se obtenía un agua astringente llamada agua de ángel. Es muy buscada por su buen olor: las damas la usan para lavarse. Es magnífica para limpiar la piel, afirmar la carne y perfumar.

La rosa es una materia prima importante en la producción de la perfumería. Sirve para hacer agua destilada, esencia, aceite, pomadas y bolsitas. Las nueve décimas partes de la producción de esencia de rosa provienen de los montes Balcanes, cerca de Kizanlick. Esta esencia, cuando es pura, permanece cristalizada a una temperatura elevada, pero la costumbre en el país de producción era falsificarla con la esencia de geranio y también con blanco de ballena para producir una cristalización artificial. También los perfumistas preferían ampliamente la rosa de Provenza o rosa de mayo, *rosa centifolia*. Florece en el mes de mayo y las mujeres y los niños deben recoger las flores a la salida del sol, porque si se recolectan en medio del calor, pierden su suavidad.

El nardo proviene de las Indias. También se lo encuentra en estado silvestre en la isla de Java y en Ceilán. Lo trajo a Europa, en 1594, Simón de Torar, médico español. Esta cebolla, plantada en el otoño, florece al año siguiente. Las plantaciones se renuevan cada año. La floración empieza en junio-julio y se prolonga hasta comienzos de septiembre. El tallo mide un metro y cada día, entre las once y las tres de la tarde se abren dos flores que deben recolectarse enseguida, porque si no, el aroma efímero no se controla bien. Estas flores de bulbos producen una esencia capital para la paleta de los perfumistas.

La casia, de la familia de las acacias, se cultiva de octubre a noviembre. Este perfume vivo y penetrante aporta una nota de frescura muy útil para los perfumistas. Tiene algún parecido con el de la violeta y se lo emplea para sostener el aroma débil de esta flor.

La violeta tiene un olor fino y dulce que gusta cada vez más. Sólo se lo puede obtener por destilación, pero se lo puede recoger por medio de aceites esenciales. Se la planta en Niza y alrededores, debajo de los naranjos o los limoneros, cuyo follaje tupido la protege de los ardores del sol.

El romero da una esencia muy fuerte que se emplea para perfumar los jabones comunes. Este olor es parecido al del alcanfor utilizado para las bodas y los funerales, y es el principal componente del agua de la reina de Hungría.

El tomillo, el serpol, la mejorana, la albahaca florecida, el apio, el perejil, el laurel, el ajeno, el hinojo y la salvia aportan esencias. La menta florece en la misma época que el tomillo, es decir, en el mes de junio. Se la recoge con tiempo seco y cálido y conviene quitar hojas y flores, machacar dos libras y ponerlas enseguida en el alambique. El agua que se recoge tiene un olor y un gusto muy buenos y fuertes. Por eso se necesita muy poco.

Las especias son necesarias para resaltar la suavidad débil de una planta: canela, clavo, macis, nuez moscada, cardamomo, cilantro, etc., son aromas maravillosos para utilizar como tutores a fin de perfeccionar la obra del perfumista. La canela y el cinamomo se destilan de la corteza de dos especies de laureles que abundan en la India y en China. El clavo es el pimpollo de la flor del *caryophyllus aromaticus*, originario de la costa africana y del archipiélago índico. La esencia se emplea para jabones y entra en dosis moderadas en la composición de algunos perfumes como el de clavel, con el que tiene algunas analogías. El macis y la nuez moscada son productos del mismo árbol, el *myristica moschata*, originario de la India. Una es el envoltorio fibroso del fruto; la otra, el fruto. La arañuela o pimienta es la baya de la *Eugenia pimenta* de las latitudes tropicales y, sobre todo, de las Antillas. Dos especies del anís estrellado o badiana vienen de China.

El ambrette viene de América del Sur. El anís, el eneldo, el hinojo y el carvi, de Europa.

3. Los procedimientos de fabricación de los perfumes

A) LA DESTILACIÓN Y LOS VASOS DESTILATORIOS

El único instrumento necesario para la destilación era el alambique, recipiente de cobre estañado, de estaño o de vidrio, siendo este último «el más favorable para la pureza de las sustancias espirituosas». Componían el alambique tres piezas diferentes: la caldera o cucúrbita, el capitel y el refrigerador.

La caldera era una especie de caldero cuya forma recordaba la de un cono trunco y dado vuelta. Se la hundía en un horno hecho de ladrillos hasta que su superficie exterior se apoyara en un reborde que descansaba en la hornalla. Debía tener tanto de diámetro como de profundidad. El fondo, por lo común, era cóncavo, para que tuviera una mayor superficie expuesta al fuego. Esta caldera, bien estañada, tenía, además una garganta que cerraba un poco su orificio, donde estaban colocados dos platillos con dos asas.

El capitel, o tapa de la caldera, era de cobre estañado en los grandes aparatos y de estaño fino en los pequeños. Tenía la forma de un cilindro terminado en un casquete esférico. Abajo de la parte cilíndrica tenía una garganta que entraba justo en la abertura de la caldera.

El casco terminal estaba soldado un poco debajo del borde superior del cilindro. En el centro de este casquete había un platillo. En el costado del cilindro había soldado un caño grueso, ligeramente cónico, llamado *pico del capitel*.

Las sustancias que debían destilarse se colocaban en la caldera, se aplicaba el capitel, se lo sujetaba sólidamente y se lo cerraba. Luego se encendía el fuego. Entonces, por acción del calor, las sustancias se elevaban en forma de vapor al capitel y salían por el extremo de su pico para llegar a la tercera pieza, donde se condensaban y enfriaban. Por este motivo se llamaba *condensador* o *refrigerador*. Primero fue un largo tubo, pero ocupaba un espacio demasiado grande, luego una hélice (el condensador recibió entonces el nombre de serpentina) que se podía limpiar con facilidad después de destilar las materias olorosas. Por fin, se le dio forma de zigzag, que era igual de eficaz, pero más fácil de limpiar.

El baño María era una parte esencial para el perfumista, ya que servía para destilar las sustancias muy volátiles o las que sólo se podían someter a un grado de calor menor que el del agua hirviendo. Consistía en un vaso cilíndrico de estaño, capaz de contener la cucúrbita que entraba justo en el orificio de la caldera y se apoyaba en el *cuello*, de manera que su fondo no tocaba el de la caldera. Así se podía destilar con o sin baño María.

Para destilar de esta manera se colocaban en ese vaso las sustancias elegidas, se las introducía en la caldera y se la tapaba con el capitel. Entonces se vertía agua en la caldera a través del platillo. La parte superior del capitel estaba ahuecada

exteriormente y ese espacio se llenaba con carbón triturado, poco conductor del calor, para impedir que los vapores se condensaran en esa parte y volvieran a caer en la cucúrbita. «Cuando la operación exija un grado de fuego más violento se empleará el baño de arena. Éste es una marmita de hierro capaz de resistir un fuego lleno de arena fina en el que se coloca el alambique, de manera que la arena se eleva un dedo por encima de la materia contenida en la cucúrbita. Este baño puede recibir calor de casi todos los grados, desde el más templado hasta el incandescente y, debido a esto, es muy cómodo. Hasta bastaría para un mayor número de operaciones si el artista, instruido por la experiencia, hubiera adquirido el arte de dominarlo».

El perfumista también recurría a *la rectificación* para obtener líquidos de los perfumes muy puros y muy suaves. Rectificar era someter de nuevo a la destilación líquidos ya destilados. Para lograrlo, empleaba comúnmente el baño María o el baño de arena con alambiques de vidrio.

Los cornetes de vidrio por lo general estaban provistos, cuando tenían gran capacidad, de unos tubos situados en la parte superior de la bóveda, para poderlos llenar con facilidad en el lugar.

Los líquidos se introducían ya sea de una sola vez, con ayuda de un embudo, o varias veces, por medio de un tubo en S que se adaptaba al sistema tubular y que servía al mismo tiempo de tubo de seguridad.

A veces se agregaba un *alargamiento* al cornete. Se llamaba así a un vaso de doble cuello, abultado en el medio, que servía para dar más longitud al cuello del cornete.

Los perfumistas también necesitaban un *matraz*, especie de balón de vidrio de largo cuello o cuello curvo con tubos.

Y finalmente el perfumista usaba el *filtro*. Este aparato estaba compuesto de una tela metálica estañada, galvanizada, plateada o de plata, plegada como un filtro. Tenía el mismo número de pliegues que el filtro de papel, que debían recibir y sostener. Como la superficie del papel se aplicaba sobre la tela metálica y no estaba obstruida ni entorpecida por ninguna adherencia, el líquido tenía el paso libre, lo que permitía que la operación avanzara con una rapidez que no dependía ya del estado de ese líquido. La forma cónica de este filtro acelerador permitía colocarlo en embudos de vidrio o de otro material. Este filtro se limpiaba cómodamente agitándolo en el agua y dejándolo secar en la estufa.

B) EL «ENFLEURAGE», EXTRACCIÓN DE LOS PERFUMES, O MACERACIÓN

Para hacer esto, el perfumista disponía de una caja con el interior de hojalata, para que el borde no transmitiera ningún olor a las flores y no embebiera la esencia. Había que hacer bastidores que pudieran entrar fácilmente con su plato en la caja. La madera debía tener dos dedos de espesor y estar provista de puntas de agujas

alrededor. Se agregaba a este bastidor una tela que pudiera tenderse por encima. Debía ser de algodón y había que preocuparse de lavarla bien, pasarla luego por agua clara y secarla antes de usarla.

Después de impregnar bien las telas con aceite de been, se las escurría un poco, luego se las extendía sobre los bastidores y se las sujetaba a las agujas; luego se ponía un bastidor en el fondo de la caja y encima, la tela. Se desparramaban las flores de donde se sacaría la esencia: se las cubría con otro bastidor, se volvía a poner otra capa de flores y se continuaba así hasta que la caja estuviera llena. Como el bastidor tenía dos dedos de espesor, las flores no estaban apretadas. Doce horas después, el perfumista ponía otras flores y seguía haciendo lo mismo durante varios días. A esto se lo llama extraer el perfume.

Cuando el olor le parecía bastante fuerte, levantaba las telas de los bastidores y las doblaba en cuatro. Luego de doblarlas y enrollarlas varias veces con un hilo, para contenerlas e impedir que se extendieran demasiado, las ponía en la prensa para extraer el aceite. Esta debía ser de hojalata para que la madera no se embebiera de aceite.

El perfumista ponía debajo vasos bien limpios para recibir la esencia, que luego guardaba en frascos tapados para conservarla. En una caja sólo se podía hacer la esencia de una flor por vez, porque un olor estropearía al otro: por la misma razón, las telas que se usaran para lograr la esencia de una flor no podían servir para obtener la esencia de otra, a menos que se las hubiera lavado en agua clara y se las hubiera secado bien. Este era el medio común para obtener el olor de flores que no proporcionan aceite esencial por destilación, como el nardo, el jazmín y otras. Este procedimiento muy útil para el arte del perfumista era también muy lento: se necesitaban de 30 a 35 días para obtener un resultado satisfactorio, durante los cuales se renovaban las flores todos los días dejando la misma grasa distribuida en el vaso. Esta técnica exigía una mano de obra calificada, a menudo femenina. Las flores debían ser tratadas en las primeras veinticuatro horas.

C) EL PRENSADO

El prensado sólo se practicaba con las cáscaras de naranjas y limones. Por lo tanto, este procedimiento sólo se empleaba para extraer la esencia de los cítricos (naranja, limón, bergamota, cidra). Existen varias tradiciones locales. En Génova se frotaban los frutos contra el colador perforado. En Sicilia, se quitaba la cáscara muy fina y se la prensaba en bolsas de tela. En Calabria, lugar de la producción más importante, los frutos se colocaban entre dos cuencos superpuestos provistos de pequeñas puntas: el de arriba convexo, el de abajo cóncavo. El perfumista hacía girar los cuencos en sentido contrario y cuando las cáscaras estaban perforadas retiraba los frutos y los lavaba con una esponja. Esto proporcionaba una esencia considerada muy fina. Podía obtenerse por destilación, pero era muy inferior.

4. Estatutos

ESTATUTOS, PRIVILEGIOS Y ORDENANZAS DE LA CORPORACIÓN DE MAESTROS Y GUARDIAS DE LA MERCADERÍA DE GUANTERÍA Y PERFUMES DE ESTA CIUDAD, BARRIOS Y ALREDEDORES DE PARÍS (REFORMADOS EN 1656)

Artículo 1. Nombramiento y duración de las funciones de los maestros guardianes; 2. Los guardias tienen derecho de acceso y de visitas imprevistas a las casas y tiendas de todos los maestros y comerciantes de la corporación. Pueden proceder a capturar «toda mala obra», que deben comunicar en las 24 horas a la cámara del procurador. Se ordenará entonces una pena de 6 libras de multa, una mitad a beneficio del rey, otra mitad para la corporación; 3. Para ejercer y tener tienda es necesario haber sido cuatro años aprendiz de uno de los maestros. Declaración a los guardias en 15 días. Si se comete falta, multa de 12 libras para el maestro y 3 libras para el aprendiz; 4. Durante los cuatro años de aprendizaje, los maestros pueden tener sólo un aprendiz; 5. Si el maestro despide a su aprendiz «sin causa legítima y razonable», tiene obligación de enviar una carta al aprendiz, indicar en su libro de aprendizaje el tiempo de servicio y comunicación a los maestros guardianes; [...] 7. Si el aprendiz ha cometido alguna falta importante, no deberá recibirse de maestro; 8. Todos los aprendices que se presenten a la maestría deben realizar una obra maestra en presencia de cuatro maestros guardias; [...] 10. Descripción de cinco piezas de obra que el aprendiz deberá producir (guantes y mitones, algunos forrados); 11. El aprendiz recibido de maestro deberá indemnizar a los jurados guardias por su diligencia, a cada uno [...] y pagar el derecho del rey así como el de la caja de la corporación; 12. Para los hijos de los maestros del estado, bastará con hacer y presentar dos pares de guantes a su elección y pagar los derechos; 13. Nadie podrá acceder a la maestría si no pertenece a dicho estado y deberá hacer una par de guantes, etc.; 14. Las viudas de maestros (y comerciantes) podrán tener tienda, pero sólo y exclusivamente hasta que se vuelvan a casar y sólo podrán tener el aprendiz que tenía el difunto, hasta que terminen los cuatro años; 15. Los maestros deben hacer guantes, de cualquier material que sea buen cuero nuevo y leal; [...] 18. En los guantes adornados con bordados y pasamanería, prohibición de utilizar oro falso o plata falsa; 19. Los maestros también podrán vender, en su tienda, todo tipo de perfumes, como ámbar, almizcle, etc.; 20. Los maestros podrán adornar y enriquecer todo tipo de mitones y todas «las piezas que cubran la mano» (para gente del exterior, se supone); 21. Los maestros podrán suministrar y vender en su tienda todo tipo de cueros y pieles (al detalle); 22. Ningún maestro podrá tener más de una tienda o tenderete, salvo temporalmente en el caso de mudanza (debe declararse); 23 y 24.

Prohibición de venta ambulante y venta y exposición los domingos y fiestas de la Iglesia; 25, 26 y 27. Obligación de controlar («visitación») las mercaderías que salen de la ciudad o son transportadas por comerciantes foráneos; [...] 30. Los que no son maestros no podrán cortar ni coser los guantes. Las mercaderías empleadas serán requisadas; 31. Nadie podrá adornar o embellecer guantes que no hayan sido hechos por maestros guanteros (ref. a la ordenanza del 14 de abril de 1473).

Firmado: *Pasquier, Hugues de Senlis, Allard, Chastellain, J. Lorfebvre, Norgué, A. Vollard. Visto por nosotros, Consejero del rey, Dreux d'Aubray. Registrado (en el parlamento el día 23 de mayo de 1656. Sigue la «confirmación del rey»).*

5. La fabricación del guante

El maestro guantero-perfumista empezaba por preparar las pieles, haciendo que tuvieran el mismo espesor, lo que se llamaba «rozar a mano». Luego, arrollaba todas las pieles, las sumergía en agua y las mantenía de esa forma hasta que hubieran absorbido suficiente líquido. Luego las extendía o las «ponía a lo ancho» y la extensión de la piel decidía la longitud de los guantes. Después, las estiraba a lo largo y daba a las grandes piezas de un guante ya cortado la forma y tamaño adecuados. Guardaba su molde en un paño donde conservaban su humedad hasta que pudiera armarlos. Ponía los pequeños trozos de piel cuadrados entre los dedos del guante. Después, determinaba las hendiduras: la del medio establecía el largo y las otras dimensiones del guante, luego las otras se hacían en función de los dedos. Les daba a éstas su longitud rebajándolas. O sea, las roía con las tijeras para quitar lo superfluo de la piel. Colocaba las piezas en el brazo. Doblabla el guante en dos, le colocaba las piezas entre los dedos y lo enviaba a la costurera. Ésta cosía los guantes con seda o con una especie de hilo muy fuerte que se llamaba hilo para guantes. Cuando los guantes volvían de la costurera se los cepillaba con un cepillo que no debía ser duro ni blando. Luego se los frotaba con blanco de España y se les quitaba lo que sobraba. Se los cepillaba y los guantes estaban listos para ser engomados. Para hacerlo, había que disolver goma en agua, filtrarla a través de un lienzo y batirla con una vara hasta que se blanqueara y espesara. Cuando parecía tener la consistencia ligera, se extendía el guante en un mármol, se empapaba una esponja sólida y se lo engomaba en toda su superficie. Esta operación estaba destinada a fijar el blanco que se le había pasado. Había todo tipo de guantes: los guantes de pelo (con la parte del pelo hacia afuera), los guantes sobre la piel (lo inverso de los anteriores), los guantes rozados o no (guantes de pelo a los que se les ha quitado la flor o que eran de superficie brillante o fina), los guantes doblados llamados a la inglesa, los guantes del halconero, los guantes simples o bordados con hilos de oro, los guantes gruesos, los forrados, los semiforrados, los rellenos, los glaseados y los guantes perfumados.

6. La Casa de la reina y sus proveedores

La Casa de la reina tenía alrededor de cuatrocientos cincuenta miembros, sometidos a la autoridad, en las primeras épocas del reinado, de la princesa de Chimay, dama de honor de la reina, y luego de madame de Lamballe. De las quince «damas de palacio», la decana era la condesa de Tayllerand y la subdecana, la condesa de Adhémar. Luego seguían las duquesas de Duras, de Luxemburgo, de Luynes, la marquesa de la Roche-Aymond, la princesa de Hénin y de Berghes, la duquesa de Fitz James, la vizcondesa de Polastron, la condesa de Juigné, la vizcondesa de Castellane, la princesa de Tarente, la condesa Eugénie de Grammont, la marquesa de Maillé y la duquesa de Saulx.

El guardarropa estaba dirigido por la azafata de la reina, y la «cámara de los dineros» dependía de un caballero de honor, el duque de Saulx-Tavannes. Sin embargo, en la realidad el poder pasó pronto a las manos de la princesa de Lamballe, para quien se restableció el cargo de «superintendente de la Casa de la reina». En efecto, la superintendente tenía prerrogativas muy amplias. Nombraba todos los otros cargos, plazas y empleos de la Casa, juzgaba de manera soberana en discusiones y litigios, podía suspender, poner multas y hasta despedir a los titulares de las otras funciones. Este cargo lo había ejercido la princesa de Clermont hasta su muerte, en 1741. En ese momento, a pedido de la reina, que consideraba exorbitantes los poderes de la superintendente, Luis XV lo suprimió. En 1774, María Antonieta pidió que lo restablecieran para su amiga, la princesa de Lamballe. Recibía los juramentos de los oficiales, arrestaba y firmaba el registro de la platería y los gastos de la Casa.

La dama de honor debía velar por que la reina estuviese decentemente vestida, para lo que le proporcionaba los trajes y vestimentas para su uso. Tenía autoridad directa sobre las cuatro primeras doncellas, mesdames de Misery, Campan, Thibault y Jarzaye, personajes importantes porque se encargaban de la caja de la reina, de los pagos de las pensiones y gratificaciones, y se les confiaba los diamantes. En número de doce, se las elegía entre las familias ricas de las finanzas, gran burguesía y pequeña nobleza. La dama de honor invitaba y escribía en nombre de la reina. Hacía la relación de los gastos y decidía las gratificaciones. Controlaba y hacía un excelente informe de los bailes, las fiestas y las veladas, las comedias, los viajes, los adornos, las joyas y los muebles. También el supervisor general, monsieur de Silhouette, había reducido sus beneficios al hacer que el rey ordenara que la «renovación general de los objetos» ya no se realizara anualmente, sino cada cinco años. Los pagos de la Casa de la reina incluían los gastos fijos de funcionamiento (sueldos de los oficiales, presupuestos asignados a cada departamento) y algunos gastos extraordinarios que no habían sido previamente presupuestados.

La Casa de la reina empleaba doce doncellas, un jefe de guardarropa, un primer

ayuda de cámara, dos ayudas de cámara comunes, un ujier común, cuatro ujieres por turnos, dos ujieres *de gabinete* y dos *de antecámara*, catorce ayudas de cámara rotativos, seis criados de cámara, un ayudante de guardarropa común, dos ayudas de guardarropa, un guardamuebles común de la cámara, dos ayudas de cámara tapiceros, un relojero, un peluquero-bañador, Léonard François Autié, dos peinadores a comisión, Léonard Autié y Villanoué, una bañadora, una azafata del guardarropa y un mozo de guardarropa. A ellos se agregaban un sastre para los trajes de amazona, dos mozos de cuerda de la cámara, dos pañeros, una lavandera de la ropa interior de la reina, cargo que se otorgó a los hijos del señor Bonnefoy du Plan, mademoiselle Ronchereuil, que retiraba la bacinilla de la reina, dos frotadores y un ayudante, un bibliotecario y lector, el abate de Vermont, una lectora, la condesa de Neuilly y su adjunta madame de Laborde, un secretario de gabinete, monsieur Campan, esposo de la primera doncella. La salud de la reina se confiaba a un médico, monsieur Lassone hijo, un primer cirujano, monsieur de Chavigna, un cirujano común, dos cirujanos hijos, un cirujano partero, monsieur de Vermont, un boticario y un enfermero.

El servicio de mesa, con diferentes denominaciones y funciones, abarcaba sesenta y tres cargos. La caballeriza ocupaba a setenta y cuatro personas. La reina, además, mantenía a un escultor, monsieur Rousseau; un pintor decorador, monsieur Le Riche; un pintor de miniaturas, monsieur Dumont; un maestro de danza, monsieur Gardel; un maestro de música, monsieur de Lagarde; un maestro de clavecín, monsieur Henon; un fabricante de instrumentos músicos y un luthier, y a su joyero monsieur Boehmer. Además, había unas trescientas personas empleadas que vivían de los favores de la reina y que se sucedían por determinado tiempo, que podía ser un año, un trimestre o una quincena. Todo este personal obedecía a un ritual minucioso: si la reina pedía un vaso de agua, el criado de cámara presentaba a la primera doncella un plato bermellón donde había un vaso tapado y una pequeña jarra, pero si aparecía la dama de honor, la doncella estaba obligada a darle el plato. Si la hija del rey o la señora condesa de Artois entraban en la habitación en ese momento, debía entregárseles ese plato antes de llegar por fin a la reina.

La Casa de la reina se proveía con ochenta y siete «comerciantes que seguían a la corte»: joyeros, sombrereros, costureras, vendedores de joyas y de modas, perfumistas, sastres o tintoreros. Los principales figuraban en el *Estado de los mercaderes, proveedores, obreros y obreras del guardarropa de la reina*. En él se encontraba, sobre todo, como comerciante de telas que también proveía al guardamuebles real, Le Normand, cuya tienda *Au Grand Ture* está situada en la calle Saint-Honoré enfrente de la calle de la Echelle, así como Lévesque y Barbier para las sedas y puntillas; Alabat para los forros; Graze para las telas extranjeras y Marie, en Versailles, para las «ocasiones apremiantes».

Los comerciantes de modas eran, además de mademoiselle Bertin, que estaba por

encima de todas las otras, madame Pompée; mademoiselle Fredin, con la marca *L'écharpe d'or* en la calle de la Ferronnerie; mademoiselle Quentin de la calle de Cléry; monsieur Richard de la calle de Bac, que proveía también a la princesa de Conti; la señorita Picot y la dama Berthelot para las «blondas» (encajes de bolillo) y los abanicos. La dama Hamell proveía las cintas. El señor Beaulard figuraba en la lista con la mención «accidentalmente». Era el principal competidor de mademoiselle Bertin. Madame Eloffe sucedió a madame Pompée. Era costurera de lencería y comerciante de modas en su taller de Versalles, en la calle de la Orangerie, donde la reina «incurría en gastos considerables». Madame Payen, al igual que los señores Mirvault y Gerdret, proveía de sedas y puntillas, y el señor Boulard suministraba las medias.

Además de Jean-Louis Fargeon, la reina tenía como perfumistas y guanteros al señor Prévost, sucesor de la viuda Huet. Hacía comprar algunas «pomadas y flores de azahar» en la casa Beauclin, de la calle Croix-des-Petits-Champs. Dubuisson, en la calle Cizeaux, proveía los *rouges*. Estaba asociado con la Montensier, que había recibido de María Antonieta, como privilegio, la dirección de los teatros de Versalles y del Palais-Royal en París. Montensier había creado su propia casa de maquillaje, en el número 27 de la calle Grenier-Saint-Lazare. El *rouge de* mademoiselle Martin destronó a todos los otros hasta el punto de que la comerciante sólo aceptaba atender en su tienda del barrio del Temple a las cabezas coronadas y a algunas damas privilegiadas. Tissot, maestro perfumista en Versalles, proveía «las pastas para manos y otras cosas prensadas».

Agradecimientos

Que todos aquellos que pusieron su «piedra en el edificio» encuentren aquí, por su ayuda valiosa, la expresión de mi reconocimiento:

Christine Albanel, presidente del establecimiento público del Palacio de Versalles y Xavier de Bartillat, director general de las Éditions Perrin, Béatrix Saule, que dirige esta colección, por la confianza que me otorgaron.

Al palacio de Versalles: Pierre Arizzoli-Clémentel, director general, y a los profesores que me guiaron por los apartamentos privados de la reina.

No puedo olvidar la disponibilidad del personal y de las instituciones donde realicé mis investigaciones:

Archivos Nacionales, con F. Mosser, N. Chaoublier-Grimbert y la señora Bimbenet; Biblioteca Nacional, con Béatrice Torrión.

Archivos de París.

Archivos de Suresnes, con el archivista municipal Haude de Chalendar.

Archivos de Montpellier.

Biblioteca histórica de la ciudad de París, con la señora Morlet.

Biblioteca de Versalles, y en especial a Jean-Michel Roidot, jefe de conservadores.

Museo Internacional de la Perfumería en Grasse, y la jefa de conservadoras Marie Grasse y su equipo.

Que todos los que han participado en esta obra, tanto en Perrin como en el palacio de Versalles, se sientan agradecidos por igual por su colaboración.

Mi gratitud está dirigida en especial a Francis Kurdjian, perfumista-creador en Quest International, pero también «perfumista a medida» para nuestros contemporáneos en busca de valores y emociones olfativas. Con su pasión y su talento, hace revivir y nos ha permitido sentir la estela de la reina, así como su guante perfumado. A falta de ser el perfume de la reina, en el sentido arqueológico del término, este perfume evoca el efluvio que la reina debía de dejar a su paso y que para nosotros es como un alma que vuelve. Nuestras conversaciones y su manera de abordar la creación de este perfume también fue para nosotros una ayuda preciosa para la dimensión psicológica de Jean-

Louis Fargeon y el desciframiento de algunos datos técnicos contenidos en el *Tratado de perfumería* escrito por Jean-Louis Fargeon y que ha sido la base de este trabajo de reconstrucción.

No puedo olvidar a:

Ángel Díaz de León, Karine Jouvion y los equipos de Quest International, Menneould du Chatelle y Frédérique More (Hermès), Paul y Philippe Joucla (Tanneries Lauret), Martine Uzan (Givaudan), que me dieron su apoyo y, más aún, su entusiasmo; como Gaëtan Bonini y J. Basso-Bert, que facilitaron mis investigaciones.

Y, por último, mis agradecimientos muy personales a: Béatrix Saule, jefa de conservadores del palacio de Versalles y directora de la colección «Les métiers de Versalles» y a Sylvie Messinger, responsable de las publicaciones del palacio de Versalles. Su paciencia, su apoyo y su exigencia dieron grandeza a este perfumista.

Pero también, y sobre todo, tengo que agradecer a Patricia Bouchenot-Déchin, por la que todo se logró y que supo convencerme de que su «jardinero» debía dar nacimiento a un «perfumista».

En cuanto a mi familia, grandes y pequeños, les digo a todos: ¡gracias!



ELISABETH DE FEYDEAU (Mauriac, Francia, 1966). Doctora en historia y profesora en la Escuela de perfumistas de Versailles. Es una experta en la historia de la perfumería en su país.

Fundadora de la sociedad Arty Fragrance, también se desempeña como consejera cultural de las grandes casas de perfumes (Chanel, Guerlain, entre otras). Ha sido delegada de la exposición Parfum Promenade, que tuvo gran éxito en las Galeries Lafayette (de París) en 2001.

El perfumista de María Antonieta ha sido galardonada con el Prix Guerlain en 2005.

Notas

[1] El olor de sus ramos me hizo creer por un momento. <<

[2]

*Pequeña reina de veinte años
que a la gente tratas tan mal
volverás a cambiar de patria. <<*

[3]

María Antonieta:

*¡A usted, costurera, le sienta bien
representar mi papel de reina!*

Mademoiselle d'Oliva:

*¿Y por qué no, mi soberana?
¡Usted representa tan a menudo el mío! <<*

[4] Diamante célebre que integraba el tesoro real de Francia. Hoy se puede ver en el Museo del Louvre. (N. de la E.) <<

[5]

*Luis, si quieres ver
bastardo, cornudo y puta
mira tu espejo,
a la reina y al Delfín. <<*

[6] La década republicana constaba de diez días y sustituía a la semana. (N. de la T.)

<<

[7] Extractos de su libro *El arte del perfumista*. <<